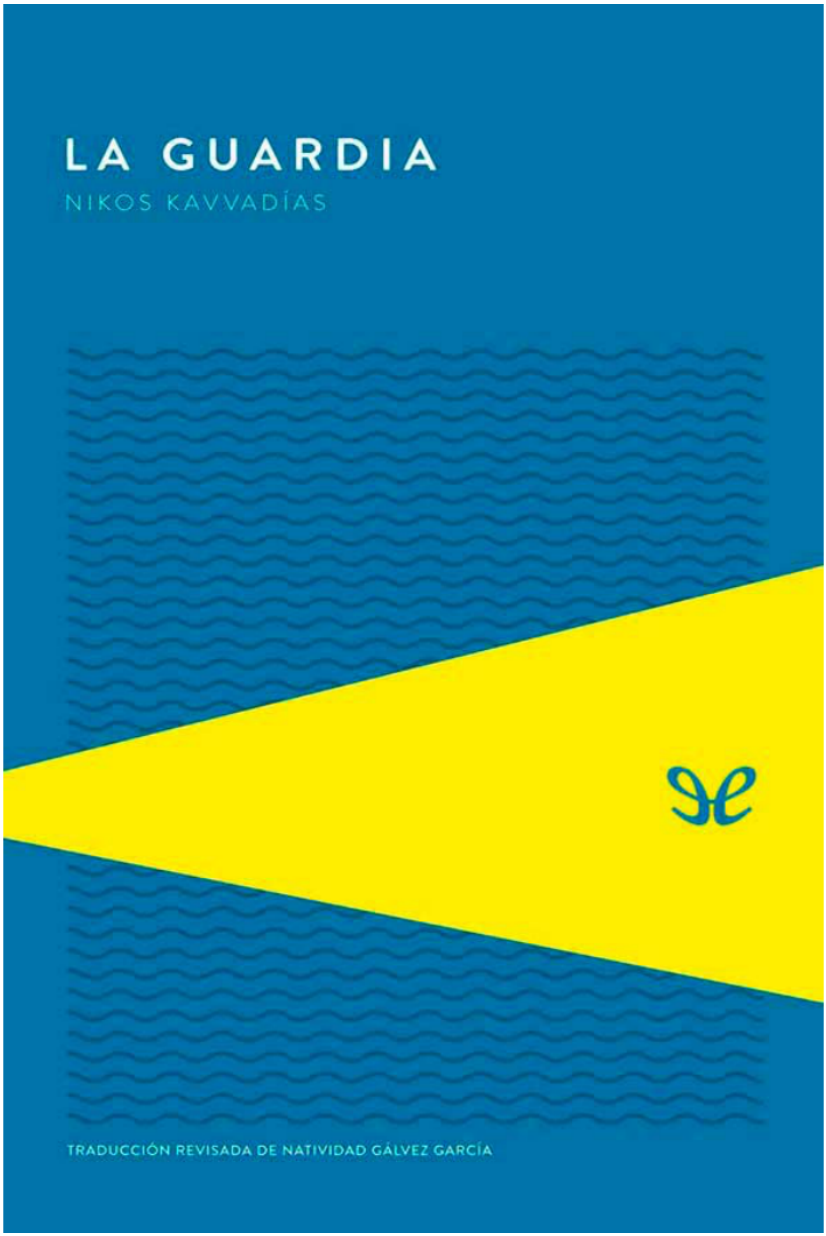
LA GUARDIA

NIKOS KAVVADÍAS



TRADUCCIÓN REVISADA DE NATIVIDAD GÁLVEZ GARCÍA

El viejo carguero Pytheas navega hacia las costas chinas en su periplo sin fin mientras la tripulación conversa para matar las largas y fatigosas horas de guardia. Los marineros llenan el silencio de alta mar con sus voces roncas y melancólicas, hablando sin pudor de sus miedos, sus amores, sus aventuras, sus deseos; se interrumpen, se interrogan y entre exabruptos hablan de puertos y prostitutas, de fracasos y despedidas, de viajes y mares. Nikos Kavvadías volcó sus vivencias como marinero en esta odisea moderna que discurre entre la bruma del pasado y la soledad. Con una sutileza y una sensibilidad poéticas que contrastan con el mundo obsceno y duro en el que nos introduce, esta novela, la única que escribió Kavvadías, se ha erigido merecidamente en un hito de las letras griegas.

Nikos Kavvadías

La guardia

ePub r1.0
Titivillus 11-12-2022

Título original: Βάρδια
Nikos Kavvadías, 1954
Traducción: Natividad Gálvez
Fotografía del autor: Filippos Chatzopoulos
Corrección: Raúl Alonso Alemany y Miquel Saumell Santaeugènia

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Panayís Yannoulatos

Ferdinand: ¿Está muerta?
Bosola: Así lo quisisteis. Volved aquí los ojos.
Ferdinand: Ya la veo.
Bosola: ¿Y no lloráis? Otros pecados solo hablan; el asesinato chilla.
El agua humedece la tierra. Pero la sangre la salpica y mancha
los cielos.
Ferdinand: Cubridle el rostro: me ciega los ojos; ha muerto joven.

La duquesa de Malfi, John Webster

PRIMERA PARTE

—¿Quién?

Una mano levantó la trinca de la puerta por fuera, la entreabrió y permaneció a la espera.

—Soy yo, oficial Yerásimos, el agregado, quiero hablar con usted. ¿Se ha acostado?

—¿Qué diablos quieres, hombre? Hemos estado cuatro horas arriba y te acuerdas ahora. Entra y ponle la trinca a la puerta.

El primer oficial del *Pytheas* [1] estaba sentado en un sillón giratorio atornillado al piso. No llevaba más que los calzoncillos. Las piernas cruzadas. Se frotaba el tobillo con la palma de la mano. El cuerpo le brillaba por el sudor. Cuarentón, moreno, de ojos grandes.

—Bueno, dime, ¿pasa algo arriba?

Diamandís, el agregado de puente, se quedó parado ante él como un tonto. Buena planta, grande y rubio. Se limpió la frente con el revés de la mano. No sabía por dónde empezar. Balbuceó:

—Mire…, oficial Yerásimos… No sé, pero… me ha salido algo.

—¿Dónde, pedazo de bestia?

—Abajo…, como un grano… pequeño… No me duele, pero… qué sé yo…

—Maldito seas, hijo de perra.

Tabaleó los dedos en el extremo de la mesa y se quedó callado.

—Anda a buscar al radiotelegrafista. Y si está durmiendo, lo despiertas.

—Y con esto, ¿qué va a pasar?

—Haz lo que te digo, mentecato.

El primer oficial se quedó solo. Se secó el cuello con un pañuelo de color caqui. El camarote medía dos por tres. Portillas encima de la litera. Una mesa de despacho, un canapé y un estante con algunos libros. En el tabique, atornillada a una consola, colgaba una lámpara de petróleo. El ventilador giraba caldeando el ambiente.

Se levantó y apagó la parpadeante lámpara. Por las portillas

entró la dudosa claridad de un alba de longitudes orientales.

Arrancó una hoja del viejo calendario de Brown y vació las colillas del cenicero. Las envolvió y las tiró por la portilla. No calculó bien, el paquete golpeó en la chapa, y se desparramaron todas por el suelo.

—Me cago en la puta —gruñó.

Se agachó a recogerlas. Antes de que hubiera acabado, la trinca volvió a levantarse.

El radiotelegrafista entró en primer lugar. Más bajo de lo normal y con poco pelo. Llevaba un pantalón caqui sujeto a la cintura por un solo botón. Los demás se le habían caído. Una de las orejas, más grande que la otra, le colgaba un poco.

—Buenos días, ¿qué pasa?

—Ojalá pasara algo. Pues nada, que este pájaro se ha pescado vaya usted a saber qué. Échale un vistazo tú, que entiendes de estas cosas.

Diamandís se mantenía algo apartado, con la cabeza gacha; parecía un Donatello.

El radiotelegrafista se sentó en un taburete de lona.

—Bájatelos.

—¿Yo? —Parecía estar perdido.

—Venga, hombre, que no hay chicas delante. Así, acércate más. Oficial Yerásimos, enchufa la lamparilla portátil y tráela aquí, que le enfoque las piernas. Enciende todas las luces. Estupendo. ¿Cuándo estuviste por última vez con una mujer?

—En Argel, cuando cargamos el carbón. Hace un mes y…

—¿Cuándo te diste cuenta?

—Hace dos noches, nada más zarpar de Sabang.

—¿Qué es lo que te has puesto?

—Yodo.

—Quítatelo todo: la camiseta, el pantalón y los calzoncillos.

—¿Todo?

—Como te parió tu madre.

Bajo la vacilante luz de la miserable lámpara eléctrica, el cuerpo del muchacho apareció blanco como la nieve, de cintura para abajo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó mientras le observaba la espalda, el pecho, la cintura y las piernas.

—Diecisiete… cumplo ahora.

—Felicidades… Dime una cosa, Diamandís, ¿era negra?

—Sí.

—¿Guapa?

—Mucho.

—¿En una casa?

—No. Yo subía por las calles de la casba. Allí, en la calle del Mar Rojo, iba a comprar un brazalete para mi hermana, y ella me gritó: «*Esma… Taále*». Entré. Lo hicimos en un abrir y cerrar de ojos, ni siquiera nos echamos en la cama. ¿Crees que será algo malo?

—Bueno, ahora vete a dormir. No se te ocurra tocarte. Simplemente, ponte agua con sal y un algodón, y déjatelo puesto. Por la noche, manzanilla caliente. Y lávate las manos. Yerásimos, ¿cuándo llegaremos a Shantung?

—Como pronto, dentro de seis días.

—Y dime una cosa, ¿te duele?

—No, solo algún pinchazo de vez en cuando.

—¿Dolor de cabeza?

—No. Bueno, sí. Ayer al mediodía, después de comer. Algo así como un peso en las sienes. ¿Qué puede ser?

—Tranquilo, vete a dormir. Y lo dicho, en cuanto toquemos puerto, directamente al médico. Son cosas normales.

Diamandís se marchó sin despedirse. El crujido de sus sandalias sobre la chapa se fue debilitando hasta desaparecer del todo. El primer oficial y el radiotelegrafista permanecieron un instante en silencio. Después, aquel tomó la lámpara portátil, la depositó sobre la mesa y la apagó.

—¡El muy bastardo! ¡El muy hijo de perra! ¿Te das cuenta…? Se fue a comprar un brazalete por los callejones. ¿Cómo se me pudo escapar el mariconazo? No puedo entenderlo. Habíamos estado trabajando como negros aquel día, y no se me ocurrió preocuparme por él.

—¿Tienes alcohol? —preguntó el radiotelegrafista.

—Sí.

—Échame en las manos. Gracias.

Se dirigió hacia la puerta.

—No te vayas, hombre. ¿Quieres tomar algo? ¿Un *kirsch*?

—No, no bebo.

—¿Un *whisky*? ¿Un *brandy*?

—Nada.

—¿Así que lo has dejado del todo? Difícil me parece.

—Hace ya tres años.

La mirada del radiotelegrafista se posó en una botella que había en el cristal encima del lavabo. Tomó un vaso y lo llenó hasta la mitad.

—Pásame el yodo —dijo en voz baja.

El otro se lo alargó sin decir palabra.

Diez…, veinte gotas. El agua se tiñó de color. Se lo bebió de un trago. Tosió un poco. Después murmuró:

—¿Te acuerdas, Yerásimos?

—Sí…

—Te lo recordaré, por si lo has olvidado. De esto hace dieciocho años. Ni uno menos. En aquella isla del Golfo. Nos escapamos ante las narices del capitán, a plena luz del día, igual que Diamandís, al que antes insultabas. Borrachos como cubas. Llegamos al poblado de las negras. Leíste entre risas una inscripción: «*SUPPLYING OF INTOXICANTS TO NATIVES IS STRICTLY FORBIDDEN*». Cada uno llevábamos escondidas dos botellas de *whisky* peleón. Después yo leí otra: «*BEWARE OF NATIVE WOMEN. ALL ROTTEN HERE*». En aquel mismo momento, nos pararon las inglesas del Ejército de Salvación. La vieja flaca de los dientes mellados y la chica de ojos verdes.

»Muy enfadada nos preguntó: "¿Adónde vais?". "De mujeres", respondimos. "Vergüenza debería daros. Volved a vuestro barco", nos replicó. Y uno de nosotros dos, no recuerdo bien quién, le replicó: "Nos volvemos…, nos volvemos si os venís con nosotros". Y les hiciste un gesto con el dedo corazón.

»Entonces la vieja nos escupió por entre sus dientes mellados: "*Hell damn you both, dirty dogs*!". Me pareció que la joven se sonreía.

»Y nos fuimos con las negras. Allí, los dos, en la choza de bambú. Estaban desnudas, con unos andrajos de colores en el pelo. ¡Y aquel olor! Nuestras manos recorrían sus cuerpos. Unos pequeños senos que bizqueaban, como de goma. A la segunda vuelta, nos las cambiamos. Yo tomé a la tuya. A los veinte días, en Vizcaya, se presentó el mal. Después nos separamos.

El primer oficial lo interrumpió con un movimiento de la mano,

cogió una cajetilla de cigarrillos ingleses y le ofreció. El radiotelegrafista hizo ademán de encender una cerilla, pero se detuvo bruscamente. El oficial se le había acercado.

—Dame la mano, la derecha. Ábrela.

El otro la abrió, mirándolo sin comprender:

—¡Ah! Mira lo que ha venido a recordar. Cosas de críos.

Una fina línea blanca comenzaba en el dedo gordo y llegaba hasta la muñeca.

—Preferiría que no hubiera sucedido.

—Pero ¿qué mosca te ha picado tan de mañana? Ya ni siquiera me acordaba.

—Yo sí que me acuerdo. Me ha atormentado a menudo por las noches, durante la guardia. Fue en Huelva… Aquella gitana inmunda, con los pies descalzos y llenos de polvo; el sudor le apestaba a mosto. Te prefirió a ti. Todavía no puedo comprender por qué saqué la navaja que tú mismo me habías afilado tres horas antes en la piedra de la máquina. Ni por qué tú agarraste la hoja. Y, mira por dónde, nos volvemos a encontrar esta noche. Desde que embarcaste en Port Said nos habremos saludado una o dos veces. Cuando de pronto te vi en la escala, me dio un vuelco el corazón. Hace tiempo que quería hablar contigo. ¿Me la sigues guardando?"

—Venga, Yerásimos, pareces un niño. Oye, dime, ¿cómo es que se fue el otro radiotelegrafista?

—Se le había aflojado un tornillo al pobre. Tenía pánico a los tiburones. «¡No tiréis los restos de comida al mar!», les gritaba a los marineros. «Los atraéis, a los muy cabrones, los reunís a nuestro alrededor». Después parece ser que sufrió un calambre en el brazo y no podía transmitir. No hacía más que desmontar el manipulador y frotar los contactos. En plena Navidad desmontó toda la cabina de radio y colocó todas las piezas sobre la bodega. Bajó al mar la antena grande y se puso a sacarle brillo. Acabáis todos tarumba… No me interrumpas, déjame terminar. Aquella tarde en que te herí, me escapé y me enrolé de marinero en un barco español. Me enviaste mi cartilla con la licencia en toda regla y no dijiste ni pío. ¿Y eso?

El radiotelegrafista sonrió y respondió:

—No solo no lo he olvidado, sino que, además, te debo un favor. Eras el doble de grande que yo. Y bien fornido. Si me llegas a dar

dos hostias, o te mando al otro mundo o me busco mi perdición.

Se quedaron un momento en silencio, mirando al suelo.

—¿Sigues pintando? —preguntó el oficial—. Recuerdo que estabas obsesionado. Pintabas con un carbón hasta en la chapa del barco, y el contramaestre te corría por los pasillos.

—No.

—¿Por qué?

—Pues… He perdido dos colores: primero, el verde, y después…

—Bueno —le interrumpió Yerásimos—, ¿qué va a pasar ahora?

—¿Con Diamandís? Pues, en cuanto arribemos, directamente al médico. Si da positivo, le vamos a poner el culo como un colador a fuerza de bismuto y penicilina. ¿Tú te hiciste una buena cura?

—Sí. Durante cuatro años toda clase de remedios, y este año ya van ocho millones de unidades del nuevo. ¿Y tú?

—Dos años, pero de forma irregular. Pensé que sería mejor volverse loco por culpa de la enfermedad que por los medicamentos. Extraña dolencia. Mientras tienes el chancro crees que te estás pudriendo, que apestas, que de un momento a otro se te va a caer la nariz. Con el primer pinchazo desaparece, y te olvidas de todo. Y después te martiriza durante toda la vida. El mínimo dolor de cabeza, un grano, un mareo, y te dura meses el miedo. ¿A ti no te pasa, Yerásimos?

—Sí, pero me lo tomo a guasa. Además, creo que ya estoy bien. Después de un tratamiento tan largo y con los nuevos medicamentos…

—Yo creo que nada lo mata. Mira lo que me dijo una vez un médico chino en Qingdao: «¿Sabes por qué se toman los cuatro medicamentos? Porque el gusano se habitúa al primero y se lo come. Lo mismo pasa con el segundo; con el tercero siente pesadez de estómago; y con el cuarto se amodorra. Pero no se muere: está dormido». Yo así lo creo, y que digan lo que quieran. El mejor remedio es el calor. Por eso prefiero pasar la mayor parte del tiempo en el trópico. ¿Has visto a los negros de Jamaica, de Port Sudan o de Buchir? Las piernas llenas de marcas, pero cicatrizadas, ni una nariz corroída. Se mueren de viejos. Así que a los trópicos todo el tiempo. ¿Sabes?, me da pena el chaval, parece un buen chico. ¿Quién se ocupa de él?

—El capitán. Es su tío. Tiene una madre viuda y hermanas, el

muy cabrón. Esperan que las mantenga. Si se entera su tío, se arma.

—¿Qué clase de persona es el capitán?

—Un burro. Sigue tu mismo sistema en cuanto a la terapia. En el mar Rojo se tapa con una manta de lana. Tiene un radiador eléctrico y el condenado lo enciende aquí, en estos mares.

—¿Es buen marino?

—No sabe hacer la o con un canuto, el muy bestia.

—¿Es cefalonio?

—¡Qué va! Ni él mismo sabe de dónde es. Su mujer es hermana del patrón. ¿Comprendes ahora? Jamás se le ve en el puente. Me envía las órdenes con el camarero. ¿Nunca has hablado con él?

—No, anteayer vino por primera vez a la puerta de la cabina de radio. «Vas a coger tortícolis», me dijo, «te has puesto el ventilador justo encima de la espalda». Me pidió alguna revista. Le dije que no tenía, y se marchó. Apestaba a farmacia. Bueno, seguro que ya te he desvelado. Voy a sacar las baterías. ¡Menudo trasto de instalación me ha tocado! Adiós.

—Si quieres, sube durante mi guardia, y hablamos. De doce a cuatro, para recordar viejos tiempos.

—Allí estaré.

Se marchó. El oficial se quedó solo. La luz se apagó repentinamente. Se desabrochó los botones del pantalón y se tumbó boca arriba en el canapé. Los zapatos golpearon el suelo. El reloj marcaba las seis menos cuarto, hora local.

El *Pytheas*, un carguero de cinco mil toneladas, *standard* de la Primera Guerra Mundial, con calderas y motor de doble expansión, navegaba a siete nudos en las proximidades de Singapur. Por las portillas entraba una luz débil y enfermiza, con olor a fenol.

PRIMERA GUARDIA

—No lo fuerces, ¿entendido? Vas dando bandazos a derecha e izquierda, y por eso va escorado. Con tus golpes de timón, hemos consumido una tonelada de carbón. Te lo tengo dicho un montón de veces, requiere suavidad. Si hubiera corrientes, todavía, pero así…

—No es culpa mía, oficial Yerásimos. No hay quien lo gobierne. Llevamos dos pies más de calado en la proa.

—Así que ahora me vas a enseñar a navegar, Polijronis… ¿Dónde está Diamandís?

—Ha ido a ver las millas —murmuró el relevo.

—Pero ¿quién se lo ha mandado? ¿Qué millas?

—No sé.

—Me parece que aquí todos nos tocamos los huevos. —Se apoyó en la barandilla, cogió los prismáticos y dijo: —¿Pilotando así, puedes ver bien la luz verde?

—Sí.

—Mantente igual, sin perderla de vista.

—Sin perderla de vista.

El radiotelegrafista subió sin que lo oyeran y se detuvo junto a él:

—Hola. Te he enviado el informe.

—Sí, lo he recibido. Algo se está cociendo en el cabo de Hong Kong.

—Aún estamos lejos. Hasta que lleguemos allá arriba…

—Todo llega. Dime una cosa, ¿tú cuándo duermes?

El radiotelegrafista se encogió de hombros:

—Una o dos horas al mediodía, y otro tanto al amanecer.

—¿Tan poco?

—Durante unos cuantos años, me tocó hacer la peor guardia en los paquebotes, de doce a cuatro, y no la cambiábamos. Perdí el placer del sueño, de despertarse y volverse a dormir un rato…

Diamandís subió, como un ladrón, abotonándose la bragueta. Escupió la colilla, la aplastó con el pie y se acurrucó en el alerón.

—Conque en los paquebotes, ¿eh? Cuenta, cuenta —dijo el primer oficial.

—Montones de gente, barullo, un puerto cada día. No se ahorra un céntimo. Toda se te va en taxis. Las parejas se meten mano delante de tu camarote y no te dejan pegar ojo. Tienes y no tienes camarote.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya me dirás dónde van a dormir, si no, los enchufados que viajan en cubierta. ¡La de veces que me ha tocado dormir en las butacas! ¿Nunca has trabajado en un paquebote?

—Una vez, por seis meses, pero lo pagué caro.

—¿Por qué lo dices?

—Termina tú y después te lo cuento.

—El pasajero. Eso sí que es carga. Peor que el mineral o el grano de lino. Aunque lleves a tu mejor amigo, a tu propio hermano, como quien dice, y te hayas desvivido por él durante todo el viaje, en cuanto sale del barco, si te he visto no me acuerdo. Ni siquiera se despide. Parece mentira, ¿eh?, pues se olvida de ti, sí señor.

—A lo mejor no es culpa suya. A lo mejor está aturdido.

—Y la tripulación, niñatos vestidos con el traje de salida tres horas antes de que se divise el puerto. Con todos los malos hábitos de los pasajeros: «¿Cuándo llegamos?, ¿a qué hora?, ¿habrá marejada?, ¿habéis recibido el parte meteorológico?». Corruptos, miserables. Como cuervos en la barandilla, esperando la carroña. Pobre de la huérfana que viaje sola, de la infeliz viuda que vaya con el hatillo en la mano.

—Un momento. ¡Diamandís!

El agregado apagó el cigarrillo y se acercó.

—Te tengo dicho que no fumes durante la guardia. Corre al proyector y pregúntale a ese marinero de agua dulce que se nos va a cruzar el nombre y el destino. Despacito, para que te vea.

—¿Y después?

—Después me harté del Mediterráneo. Me embarqué en un buque de los grandes, con una compañía que cubría la línea de Australia: Génova, Port Said, Adén, Colombo, Freeman y Melbourne. Treinta días de travesía. Eso era disfrutar del mar. ¡Si hubieras visto cómo embarcaban los emigrantes en Génova! Los altavoces vociferaban en cinco lenguas. Una confusa y variopinta

muchedumbre, cada cual con su religión, y todos sin fe. Iban a empezar de nuevo. Muchos llevaban aún el número del campo de concentración en el brazo. Mujeres que se iban contigo por un cigarrillo, por una copa, por nada, porque les daba pereza negarse. En cuanto llegábamos al último puerto, me echaba a dormir y, cuando despertaba, se los había tragado a todos la bruma de Yara-Yara.

¿Dónde se había metido aquel estruendo, el zumbido que durante tantos días me había acunado, que detestaba y me atraía al mismo tiempo? Cubiertas desiertas, sillas rotas, periódicos en todas las lenguas, libros hebreos, peines, sobres vacíos… Bueno, ya sabes. Y, después, la manga a presión lo barría todo de un golpe.

—Me imagino lo que harías con las judías. No te lo has debido de pasar nada mal tú.

El radiotelegrafista permaneció callado. Prendió una cerilla, la levantó por encima de él, como si tratase de distinguir a la débil luz de la llama los ojos del oficial, y la apagó sin encender el cigarrillo.

—No, nunca en el mar. Llevo veinte años entre chatarra y nunca he mancillado mi litera. Trae mala suerte. Cuando me gustaba alguna, y a ella le apetecía, nos íbamos a algún hotel del puerto, nunca a bordo.

—Rarezas. Todos los que trabajáis de radiotelegrafistas estáis zumbados. La corriente os afecta a la cabeza. ¿Por qué te hiciste radiotelegrafista? Ibas para capitán.

—No iba para nada. Solo quería navegar. Los que comenzaron conmigo recibieron su título al cabo de cuatro años. Y tú no has sido menos. A mí me gusta la proa. Estar despreocupado. Muchos capitanes paisanos nuestros comenzaron a darme consejos. Otros se reían de mí y me señalaban con el dedo. Me picó el amor propio. Me preparé para obtener el grado de oficial de segunda. Entonces me encontré un día con un armador primo de mi madre. Era la única persona que me comprendía y me perdonaba. Siempre me daba trabajo, sin preguntarme por qué navegaba. Se lo conté. «Hazte radiotelegrafista», me dijo, «antes que destrozar una proa, más vale que te cargues una emisora». Bebía bastante, ¿comprendes? ¿Tú has obtenido el grado de capitán?

—No —susurró—. Todavía no. Y no sé si lo conseguiré alguna vez.

—¿Por qué dices eso? Conoces tu oficio como pocos.

—Como si eso tuviera algo que ver. No es suficiente. ¿Nunca te han contado? ¿No has oído habladurías?

—No.

—Entonces, escucha. Obtuve el título de oficial de tercera mientras hacía la mili. Cuando me licencié, me embarqué de tercerito. Al cabo de dos años, ascendí a segundo, sin examen. Volví a zarpar y estuve navegando dos años y medio. Me faltaban seis meses para conseguirlo. No tenía dinero ahorrado, pero deseaba el título. No es que me fueran a colocar de primero con veintiocho años y sin padrinos, pero lo quería, así, sin más, por el gusto de tenerlo en el bolsillo. Un pariente lejano me recomendó, y me embarqué como segundo en un paquebote. A mí tampoco me gustaban los paquebotes. Me daban asco. Cubríamos. Cubríamos la línea de Alejandría - El Pireo - Bríndisi. No tardé en aprender a trapichear para sacarme unas perras. Que si una redecilla para el pelo, que si una bata de seda, unas piedras para el mechero, un poco de papel de fumar… El contrabando no es pecado. Lo compras con tu dinero. No robas a nadie. Drogas, ni hablar. No me lo permitía mi orgullo. Mientras no perjudiques a los demás, pensaba, no tienes nada que temer. Salía a dos o tres mil dracmas por viaje. Bastante dinero para la época. Al cabo de tres meses, había reunido el dinero necesario para la academia, y hasta me sobraba. Teníamos un pequeño solar en Atenas, un terrenito de nada. Pensé que era el momento de levantar cuatro paredes, que la vieja tuviese dónde cobijarse. ¿Te acuerdas de mi madre?

—Sí. Comimos una vez en tu casa. Recuerdo que mató un gallo. Nos bebimos un buen Robola, que se nos subió a la cabeza. No le quitábamos el ojo de encima a aquella chiquilla que se había traído del pueblo.

—¡Angélica!

—Sí, esa. Todo un bombón, y tu madre, como quien no quiere la cosa, la mandó a hacer unos recados. Una mujer lista.

—¡Y que lo digas! Un mes antes de desembarcar ya había reunido veinte mil dracmas. Y, ahora, a dar el golpe, pensé. Lo invertí todo. Al cabo de tres días, lo habría multiplicado por diez. La vieja (Dios la tenga en su gloria) se había olido algo y no me perdía de vista. «Por el alma de tu padre, por el mar en que

navegas, corazón mío, no te metas en negocios sucios», me decía.

»Lo negué todo y la recriminé. Volvimos de Alejandría un jueves por la mañana. Una vez fuera de la aduana, con la mercancía asegurada, un poco más allá de la iglesia de Ai Nikolaos me detuve a respirar. Se acabó la pobreza, me dije. Empecé a hacer cuentas… Cómo me encontré en la cárcel al mediodía, cómo pasé por la justicia (dieciocho meses de cárcel), todavía no me lo explico. ¿Un chivatazo? ¿Delatada la mercancía? ¡Si dijeras que había hecho daño a alguien! Envidia. Desde luego, tal palo no me lo esperaba. Menudo palo. Me quedé sin blanca, te digo, más pobre que las ratas. Con veinticinco dracmas en el bolsillo y mil que me tenía guardadas mi madre. ¡Qué valor demostró! Dura como una roca. En el momento en que me metían entre rejas, me sonreía. Una sonrisa triste, pero sonrisa al fin y al cabo. La dejaban verme una vez a la semana. Nunca me reprochó nada: "Ánimo", me decía, "estas cosas pasan. Cuando salgas, que Dios lo quiera pronto, lo olvidaremos todo".

»Cómo salió adelante, nunca lo supe, ni tampoco se lo pregunté. Un domingo de invierno, al mediodía, vino con una fiambrera. Bañada en sudor, toda sofocada, con su viejo vestido negro y los zapatos agujereados y polvorientos. "Te he traído tu comida favorita: cocido de gallina. Cómetelo ahora, que no se enfríe", me dijo. Le contesté: "Escucha, madre, nos lo vamos a comer juntos; si no, no pruebo bocado, y me vas a decir enseguida por qué has venido andando".

»Puso el grito en el cielo: "Hijo mío, tú no estás bien de la cabeza. Llevo comiendo desde que me he levantado. He venido en el tranvía. ¡Andando iba a venir! ¿Te has vuelto loco o qué?".

»Por primera vez (estoy seguro de ello), mentía. Faltaban las patas y la cabeza de la gallina. Al levantarse para irse, me puso en la mano un billete de veinte dracmas y cinco cigarrillos negros de Kalamata: "Volveré el jueves, hijo, es fiesta y dejan entrar. Ten ánimo".

»A través de los barrotes de la ventana, la vi avanzar encorvada. ¿Quién me mandaría mirar? Unos niños jugaban en la calle. De repente, tropezó con una piedra y cayó de rodillas. Entonces un bastardo, un gamberro, un hijo de puta de unos ocho años, se le acercó por detrás y la empujó. Cuando me recuperé, había doblado

ya la esquina. Los infames seguían riéndose. Dos días más tarde, me llamó el director por la mañana. Se me puso un nudo en la garganta.

»—En fin, somos seres humanos… —me dijo en tono paternal—. Todos acabaremos igual.

»Me atreví a preguntarle quién la había recogido, a dónde la habían llevado.

»—Pues el Ayuntamiento. ¿Quién si no?

»Cuando salí de la cárcel, no encontré ni una cacerola en la casa. Me enrolé como marinero en un barco panameño. Volví a los tres años y trasladé sus huesos al pueblo. Le hice una tumba de mármol, y alrededor pusimos macetas con flores, que tanto le gustaban. Hace ya once años que se nos fue la cefalonia. Desde entonces no he vuelto a acariciar a un niño. No doy caramelos ni a mis sobrinos. Solo patadas, en cuanto tengo ocasión. Son unos desalmados, los niños.

Se dio la vuelta para ver al radiotelegrafista, pero ya había bajado las escaleras sin dar los buenos días.

—Diamandís, releva las guardias y vete a ver las millas.

Una aurora amarillenta; la cara del primer oficial pálida como la cera.

SEGUNDA GUARDIA

—¿Por qué estás tan pálido?

—La cabeza, oficial Yerásimos. Me va a estallar. Siento unos pinchazos tremendos encima del ojo derecho.

—Eso es del calor. Yo también. Tómate una aspirina y se te pasará.

—Llevo tres desde esta tarde. Pero nada. Y eso no es todo: se me está cayendo el pelo. El peine se queda llenito de pelos al peinarme.

—¿Has visto al Marconi?

—Ahora acabo de pasar por la cabina, está trabajando. Si al menos supiera lo que tengo…

—Sea lo que sea, pronto vamos a tocar puerto. No se muere uno así por las buenas. Esta noche es un verdadero horno. No se mueve ni una brizna de aire. Mira, ahí está. Prepara dos cafés, Polijronis, con poco azúcar. ¿Cómo te ha ido la guardia?

—De pena, el receptor está lleno de parásitos. La cabina de radio es un infierno. Dondequiera que toques, está ardiendo. Y por si fuera poco, cortáis el agua. Peor, imposible… Hay un tifón más arriba. Te he mandado el aviso.

—No te preocupes, estamos muy abajo aún. Ni las ramificaciones nos alcanzan. Y, al paso que vamos, se van a formar muchos más, pero se disiparán. ¿Tienes miedo?

—¿De eso? Si me ahogara ahora mismo, me importaría un pimiento. A mí solo me dan miedo las enfermedades.

Diamandís se acercó un paso y aguzó el oído.

—Y las mujeres —añadió el radiotelegrafista.

El primer oficial respondió con malicia:

—Si no te has curado de la primera, no temas a la segunda.

—No me has entendido. Es la postración lo que me asusta. Enfermedades con las que se puede navegar, como la nuestra…

—Habla más bajo, el infeliz está con la oreja puesta. Decías algo de las mujeres.

—Sí, que me dan miedo.

—Quien más, quien menos, las teme. Y, sobre todo, a las de los puertos.

—Esas son las mejores. ¿Sabes de alguien que haya pillado una enfermedad en una «casa»? ¿Por qué te crees que las llaman las «pulcras»? Pues porque se lavan nada más terminar el trabajo. Recuerdo a una de esas, en una tarde en Las Vegas. Me quité la camisa, llevaba la camiseta hecha jirones. Atraje a la mujer hacia mí para acariciarla y me dijo: «Eh, no tengas tanta prisa».

»Me quitó a la fuerza la camiseta y se puso a remendarla. Cuando le pagué, se ruborizó como una colegiala y me dijo, con el dinero en la mano: "Si no tienes más, no importa. Quédatelo y, si vuelves, tráeme unas pasas de Corinto".

»Me negué y le di un puñado de billetes. "Entonces, hazme el favor de comprarte una camiseta. Si te viera tu madre con esas pintas, se echaría a llorar", me dijo.

»¿Te das cuenta? Las que me dan miedo son las otras, las honradas, las que no se acuestan por dinero; las que han recibido educación; esas con las que uno se casa.

—¿Tú no piensas casarte?

—No. Pobres marineros. He visto a las mujeres bajar al muelle antes de arribar el barco y esperar de pie a pleno sol o bajo la lluvia. Las he visto despedirlos cuando zarpaba, atormentadas, destrozadas por los abortos, con una caterva de niños tironeándoles de las faldas. Frustradas. Tú ya me entiendes. El marido está ausente, así que cuando se presenta un espabilado, caen a la primera. Y, mientras tanto, los cornudos se debaten con el mar y con los vientos. Conozco a un montón que han sido contagiados por sus mujeres. Ni me hables de ello.

—Eres injusto —gruñó Yerásimos entre dientes—. Eso son patrañas. Se cuentan por miles las honestas, las que respetan el pan que comen, las que paren, bautizan y entierran ellas solas a sus hijos. Pero, dime una cosa, si nos ausentamos durante cuatro o cinco años, ¿qué quieres que hagan? La carne es la carne…

El radiotelegrafista sorbió un trago de café y escupió en la palma de la mano.

—¿Te has encontrado algo? Espera, voy a encender…

—Es igual, deja, no malgastes cerillas. Con este calor no hay ni moscas ni cucarachas, y un escorpión, imposible, no cabría en la

taza. Pues bien, mi madre tenía un tío capitán. Apuesto y rico: tenía cuatro barcos. Cuando ya era cuarentón, se casó con Safirió, una mocita de dieciocho años, huérfana, de una buena familia venida a menos, bastante guapa. Se trajo obreros de Patrás para restaurar la casa de sus padres y la dejó hecha un palacio: caoba y cristal por todas partes. Pasó un buen tiempo con ella y después se embarcó en su mejor caique, tras regalárselo y bautizarlo con su nombre. Iba y venía. Una madrugada zarpó para Savona. A medianoche, introdujo la llave en la cerradura y se la encontró a horcajadas con un tipo de Calamata, de pelo rizado y engominado como un mariquita, que recorría Cefalonia vendiendo cretona y peines. El susodicho trató de saltar por la ventana en pelotas, pero mi tío lo agarró por los pelos y se lo impidió. Safirió, atónita, se tapaba la cara con las manos. Entonces, su marido puso la mesa para los tres, encendió lámparas y candelabros, descorchó una botella de *pommard*, sirvió jamón y caviar, y los obligó a sentarse a la mesa.

»"Comed", les dijo, "tenéis necesidad de reponer fuerzas".

»La sirvienta apareció en camisón junto al quicio de la puerta.

»"Vete a la cama, rufiana, y ni una palabra de esto, porque te retuerzo el pescuezo".

»Al servir el vino, se le derramó sobre el mantel de lino ruso, tiñéndolo de rojo. Mojó los dedos y se los pasó a ambos por la frente: "¡Suerte!", exclamó. La mujer le dijo: "Constandís, mátame de una vez si quieres, pero no me atormentes así. Échame a la calle, haz que lo proclame el pregonero, pero deja que me vista".

»En cuanto amaneció, echó de una patada al calamataniense, tras haberle cortado las patas del pantalón, se tomó el café y se fue al casino, donde tenía reservado su propio narguile. Esa noche se acostó con ella, y también al día siguiente. Se la estuvo tirando durante un mes, y, al amanecer, se iba a visitar sus fincas.

»"Constandís", le dijo Safirió una tarde. "Todos los días te dejas dinero debajo de la almohada".

»"No me lo dejo", le respondió. "Siempre pago a las putas con las que me acuesto".

»Un día, a la hora de comer, mi tía vomitó sangre en la mesa y murió poco después. El capitán no permitió que nadie entrara en la casa. La amortajó él solo y, a media noche (al día siguiente la enterraban), le levantó las faldas (nos lo contó algún tiempo

después la criada, que estaba espiando) y le escupió en la entrepierna mascullando: "¡Zorra, más que zorra!". Yo lo conocí ya muy viejo, centenario. Se pasaba el día sentado en un taburete a la puerta de su casa contemplando el mar. Así son las mujeres.

El primer oficial respondió bruscamente:

—Buen tipo tu difunto tío… ¡Todo un valiente! Si ella hubiera tenido una buena dote y parientes, seguro que habría sabido taparlo, pero, mira tú por dónde, fue a desahogarse con una huérfana. Podía haberla denunciado, o haberla matado, como haría un hombre. Estoy seguro de que tu tía está en el Cielo. En cuanto a él, harías bien en encenderle una vela de vez en cuando, porque debe de andar arrastrando el rabo por ahí. Y no un rabo de espantar moscas, sino de diablo…

El radiotelegrafista trató de encender una cerilla, una segunda, una tercera, una cuarta. El agregado se le acercó tímidamente, con el mechero en la mano:

—Maestro las… Tengo dolor de cabeza desde ayer… y se me cae el pelo. ¿Cree que será…?

—Gracias, Diamandís. Bonito mechero. A la primera. Hum, en el puerto se verá. Pero no debes tener miedo.

El agregado se retiró a la caseta del timón. No se oían más que los pistones del motor subir y bajar. Hubo un largo silencio. De repente, el radiotelegrafista comenzó a toser. Una tos seca e irritante. Sacó un pañuelo y se lo llevó a la boca.

—La tos del fumador —murmuró—. Hace años que la tengo. El tabaco se estropea con la humedad. Fumamos paja. Si estuviéramos ahora en el local de Sajaratos o en un café francés, o en una cervecería inglesa, podríamos volver a sentir el verdadero aroma del tabaco. El café que tomamos no tiene aroma, y lo mismo sucede con el té. De la comida, mejor no hablar. Se me llevan los demonios cuando atracamos en un puerto, y la gente viene de fuera a comerse, entre alabanzas, los famosos espaguetis de a bordo.

Dejó de toser e introdujo la mano en el bolsillo en busca de cigarrillos.

—¿Y por qué no lo dejas, si te hace daño? —dijo Yerásimos.

—Y a ti también te hace daño, y a todo el mundo. Pero no lo deja ni uno entre mil. Escucha una cosa, si alguna vez me encontrara en una isla desierta, sin tabaco y sin mujeres, y me

dieran a elegir entre las dos cosas, elegiría el tabaco. El tabaco.

—Tonterías. Nadie sabe qué haría en semejante caso.

—Pues yo me he encontrado en un caso parecido y te diré que elegí el tabaco.

—Por lo que dices, veo que quieres mucho a las mujeres, más de lo necesario. Quizá te hayan hecho alguna jugarreta, por eso estás amargado y hablas así, pero ya se te pasará.

—Todo lo contrario. Es una bendición de Dios verlas desnudas. Pero siempre que les pagues o te paguen. Es lo mejor. ¿No estábamos juntos aquella noche, en Amberes? Habíamos reservado el Rigel. Nos quedamos solos con una docena de chicas que estaban bailando el cancán sobre las mesas. Al amanecer nos pusimos a hacer cuentas. Tanto las bebidas, tanto los platos rotos, tanto cada chica. Seis meses de paga. Estoy seguro de que no nos tacharon de tacaños cuando nos fuimos. Para mí, las mujeres de verdad son las que están encerradas en aquellas jaulas del Tardeo. O las de Yokohama, sentadas en banquetas en los escaparates; las de los burdeles populares de

Fu-Chu

y las de las mugrientas casas de Massawa. Recuerdo una choza de bambú, a catorce millas de Colombo. La cingalesa, que andaba desnuda a gatas, mostrando sus maravillosos dientes amarillos. Una esterilla en el suelo, un cántaro con agua, una astuta mangosta para las cobras, un basilisco con los ojos de colores para los mosquitos y unas hierbas que ardían constantemente para ahuyentar con el humo a los escorpiones. Tumbado boca arriba, destrozado por las guardias, la humedad, la bebida y el cuerpo de la mujer que dormía junto a mí, miraba el techo de caña. Había un escorpión abotargado, presto a caer entre mis ojos. Lo veía, pero no podía moverme. Me dormí. Siempre he aborrecido esas manidas palabras: «Déjame, no quiero… Dime primero que me quieres, que nunca me abandonarás». Y cuando has terminado, no poderte marchar enseguida, estar obligado a consolarla, como si le hubieras dado una paliza, como si la hubieras ofendido. Me dan náuseas.

»Las únicas lecciones que he recibido en mi vida me las han dado siempre las llamadas mujeres públicas. Cuando era un crío, iba a un burdel de mala muerte en Atenas, el de Sakula, en el Gasómetro. Me acostaba con una esmirnea fea a quien llamaban la

Mora. Afable y compasiva, no dejaba irse a un mendigo sin limosna. Me guardaba caramelos y pasteles. Pon atención: una noche, un chófer me llevó a su casa pasada la media noche para fumar hachís de Brusa. “Verás a mi chica”, me dijo. Fuimos. La Mora estaba esperándonos. Solo le faltó lavarnos los pies. Me marché por la mañana. A los pocos días me pasé por el burdel de Sakula. En cuanto la Mora me vio, corrió hacia mí llevando a otra mujer de la mano. “Te presento a la cretense, es mucho mejor que yo”, me dijo.

»Me quedé extrañado, sin comprender. “Sí, Nicolasito”, me dijo. “Nosotros hemos comido del mismo plato y no debemos volver a acostarnos juntos. Que te vaya bien. Y ven con Mijalis a comer cuando quieras”.

»Fui su padrino de bodas, en una iglesia de las afueras de Atenas. Ella iba sin pintar, llevaba un traje antiguo reformado y no paró de llorar mientras el cura salmodiaba. Me la volví a encontrar una noche, durante la Ocupación, después del toque de queda, buscaba una farmacia de guardia para su hijo. Y otra cosa: en algunas ciudades cerca de la frontera, cuando muere un soldado, estas mujeres, las “malas”, piden permiso para amortajar al muerto y velarlo. Lo acompañan hasta la iglesia y se quedan fuera. Y le llevan trigo cocido a la tumba; durante un tiempo…

Dejó de hablar y encendió un cigarrillo.

—Se apagan, los cabrones —murmuró.

—Es la humedad. Dondequiera que te apoyes, te empapas —dijo el primer oficial—. ¿Has terminado? Una puta es una puta. La han educado así, es a lo que está acostumbrada. Puede que tengan buen corazón, no digo que no. Muchos se casan con ellas. Como queridas se portan de maravilla, pero como esposas ya es otra historia. Son tres los oficios que necesitan carné: el suyo, el de comediante y el nuestro. Palangana, tablas y puente. Toda la gente puede cambiar de trabajo como de camisa. Nosotros no.

La campana repicó tres veces; después, una sola. Un marinero pasó junto a ellos y descendió la escala.

El radiotelegrafista se metió la mano por la abertura de la camisa:

—Me está devorando la urticaria con este calor. Te pones polvos de talco y se convierten en barro. Desde pequeño eres terco como una mula, Yerásimos. Bueno, para terminar con esta historia. Estaba

a bordo del *Estrella Polar*, que cubría la línea El Pireo - Salónica. Delante de la despensa, sentada sobre su baulito, estaba una de ellas. Más fea que Picio. No tardó en abordarla un marinero.

»"Vamos a tener mar gruesa, ¿quieres que te busque una litera?".

»"No".

»Por la noche le llevó un plato de comida.

»"No quiero".

»A media noche volvió a acercársele:

»"¿Un cigarrillo?".

»"¡Que no, sátiro! ¿No ves que estoy fumando? Y eso no te lo pienso dar, métetelo en la cabeza. He dejado Los Juncos y voy para El Vardar. Si te gusto, ven a verme allí. Pero aquí, nones. ¿Le has pedido alguna vez queso al tendero al encontrártelo un domingo por la calle? Anda, vete a entretener a una de las pasajeras de primera clase y déjame en paz".

»Mientras tanto, en el camarote del capitán, una dama respetada por todo el mundo en su país, con cuatro hijos y un apuesto marido, tenía las piernas más levantadas que las orejas de una liebre. ¿Has pensado alguna vez lo que dan las prostitutas por cuatro perras? Se echan encima a lisiados, tuertos y jorobados, a tipos que huelen a muerto, con fístulas en el cuerpo, a los locos, a todo el que no encuentra una mujer que lo acaricie. Viven en los burdeles, y las llamamos "públicas". A las otras, las que están fuera, ¿cómo deberíamos llamarlas? A ver si encuentras la palabra.

El primer oficial volvió la espalda y se metió en la caseta del timón.

Amanecía. Un viento cálido comenzó a soplar por la proa. De la camareta salió un marinero abrochándose el pantalón. Tras él, un maquinista.

TERCERA GUARDIA

Mar sosegada, olas grandes pero inofensivas penetraban por el estanque de proa y se batían un instante sobre la bodega para terminar sumiéndose por los imbornales. El *Pytheas* sumergía un instante la proa para volver a levantarla enseguida. Hacía veinte horas que duraba este juego.

Vanguelis, el contramaestre, de Farsa, se dirigía al primer oficial con su engolada voz:

—Todo como has dicho. Las cuñas están ajustadas. Dos trombas de agua habían arrastrado la balsa. La hemos asegurado. He llevado a la popa los refuerzos del timón. *All right*. Va más hundido de la cuenta, pero la hélice se sale del agua. Lo nunca visto. Y cada vez más forzado.

—Está bien, Vanguelis, ve a acostarte.

De vez en cuando relampagueaba por el este.

—¡Diamandís!

Se aproximó.

—Despierta a tu tío y dile que el tiempo se está avinagrando, que suba si quiere.

«¿Que suba a hacer qué?», pensó. «A hacer porquerías. ¿Será cerdo? ¡Mira que mear en el puente!».

Diamandís llegó jadeante.

—Oficial Yerásimos, me ha dicho que no puede. Se ha puesto una bolsa de agua caliente en los riñones. Que hagas lo que te parezca y que se lo mandes decir.

El primer oficial sopló el audífono del cuarto de máquinas y gritó:

—Reducid revoluciones a la mitad.

Enseguida el barco comenzó a estabilizarse. El cabeceo disminuyó, como si de pronto reinara la calma. El radiotelegrafista subió y se detuvo un momento para habituarse a la oscuridad.

—El boletín de Hong Kong, toma.

—¿Qué dice?

—Que el tifón ha cambiado de rumbo, de Palawan a Mindoro. Aquí, entre nosotros: está bastante lejos.

—Que se vaya al diablo —murmuró el primer oficial—. No nos faltaba más que eso. ¿Acaso tenemos barco para ir contra corriente? Claro que, a decir verdad, ni con un último modelo soporta terquedades el mar. Lo importante es coger velocidad para alejarse del festín. ¡Pero con esta chatarra! Cuarenta años lleva danzando. Ha tenido suerte, eso es todo. Toquemos madera. En Vizcaya, hace seis meses, acabábamos de doblar el cabo de Ouessant cuando el mar comenzó a cabalgar sobre el aire. Se hundieron cuatro barcos; dos de ellos, nuevos. En el mar Negro, hace dos años, la tempestad se calmó a tiempo. Nornordeste de través. Tuvo compasión de nosotros, de lo contrario no nos habríamos librado. En mayo del 46, nada más entrar en Sídney se desencadenó un tifón sobre Tasmania. O Dios se apiada de nosotros, o el diablo nos tiene olvidados. Pero estoy seguro de que un día nos vamos a pique.

—He venido a por la situación —le interrumpió el radiotelegrafista.

—Ah, sí. Vamos. ¿Has comprobado el goniómetro?

—Sí. Es un viejo sistema, pero hace su trabajo. Vamos.

Entraron en el *charter room*.

—Diamandís, ponte a la brújula, y ya te avisaré.

El muchacho levantó la tapa y la colocó en el suelo. Al agacharse, la brújula le iluminó la cara delgada y sin afeitar, la piel tersa.

—Medio cuarto a babor, cayendo.

—Medio cuarto a babor —dijo Diamandís.

—Otra cuarto, hasta llegar a nornordeste.

—Nornordeste —repitió el timonel.

—Ahora, recto.

—Recto —volvió a decir el timonel.

—Y ahora, Diamandís, baja y dile al cerdo de tu tío que hemos reducido velocidad y tomado la situación; y prepáranos dos solos casi sin azúcar.

Salieron de la caseta del timón y se dirigieron al puente de estribor. El radiotelegrafista sacó los cigarrillos.

—No lo enciendas, espera a que vengan los cafés. ¿Tienes idea de por dónde se sale el alma del ahogado?

Sonrió.

—Por detrás. Me lo dijo mi madre una vez que no paraba de darle la lata para que me dejase embarcar.

—Si es que le da tiempo a salir, porque cada marinero tiene su tiburón. Y si consigues escapar es mucho peor. Te esperan hospitales de tercera clase, pasillos que apestan a lejía, camas pegadas unas a otras y moscas montándose delante de los moribundos. Lo que yo temo es la tierra firme. El fondo del mar está limpio. Y si te atrapa un pez, es algo que conoces, que tú también te comes cuando estás vivo. Ya me entiendes…

El primer oficial bostezó.

—Vaya tema de conversación que has sacado. Un canto fúnebre. Habla de cosas más alegres, hombre. Si estuvieses casado y tuvieras hijos, harías lo imposible por volver a casa a disfrutar de los tuyos y a morir entre ellos. No dices la verdad. No crees en lo que dices. Simplemente, te gusta decirlo. ¿Nunca te has enamorado?

Tardó en contestar. Se acercó a la garita y escribió algo con la uña en el cristal cubierto de vaho.

—La verdad es pecado. Es la más grosera, la más inhumana de las mentiras. Solo debe decirse para salvar la cabeza de la horca, solo entonces.

—¿La has dicho alguna vez?

—Solo una y todavía estoy pagando por ella.

—¿Y salvaste alguna cabeza al decirla?

—Perdí la mía.

—Venga, cuenta.

—Tenía quince años… Estudiaba primero de bachillerato, del antiguo. Era mentiroso, putero y ladrón. Todas las tardes iba a Los Juncos. Vendía algún libro por aquí y por allá, le metía mano a la cartera de mi padre e iba tirando. Entonces abrieron una «casa», la de Atenea, cerca de la estación. A setenta dracmas. Siete veces más que en Los Juncos o en casa Arjondo. ¡Pero qué chicas! Una de Salónica, que acababa de empezar la carrera… Se me puso difícil la cosa. La calderilla no me daba ni para ir una vez por semana. Entonces me acordé de aquel anillo mala sombra que mi madre no se ponía nunca. De oro, con diamantitos pequeños. Lo había visto muchas veces en su armario, envuelto en un papel, separado de las otras joyas. Lo mangué con toda facilidad. Eran las fiestas y

teníamos vacaciones. Salí a buscar a un primo mío mayor que yo, un genio de la estafa. Nada que hacer. Fui a buscar a un cambista, y me puso en la puerta. Otro me daba cien míseras dracmas. Lo mandé a tomar viento fresco y me largué. Qué importa, pensé, esta noche le daré salida. Al subir las escaleras de mi casa, oí a Cocó, el viejo papagayo, gritar una palabra habitual en él: «¡Ladrón…, ladrón!». No era la primera vez que se la oía, pero, no sé, en aquel momento me dio mala espina. Al entrar en el recibidor, comprendí que la había armado. Melí, una guapa sirvienta que teníamos, estaba de pie, llorosa, con el hatillo en la mano. A su lado, mi madre le decía fuera de sí: «Si me dices la verdad, no te pasará nada».

»Comprendí. Dudé unos instantes, pero ya había pasado esa edad en que todos los niños son unos malvados. Tenía una vieja cuenta pendiente con Melí. Se lo había pedido muchas veces, y ella siempre me había rechazado. Es más, había ido con el chivatazo a mi madre. ¡La de bofetadas que he recibido delante de ella! La odiaba. Pero, así, sollozando y enrojecida, estaba más guapa que nunca. "¿Qué pasa?", pregunté. Mi madre me respondió: "Anda, pasa y siéntate a la mesa". "No me muevo de aquí. Primero decidme lo que pasa. A lo mejor yo sé algo", repliqué

»La cefalonia me miró de reojo y dijo: "Ha desaparecido un anillo. Esta mañana lo he visto con mis propios ojos. En mi habitación no ha entrado nadie más que ella, a barrer. Ahora vete a comer". Metí la mano en el bolsillo de mi chaleco y lo saqué. Lo levanté en alto, sosteniéndolo con dos dedos: "Míralo…".

»Los ojos de Melí, sus bonitos ojos llorosos, se abrieron de forma extraña. Los de mi madre se volvieron minúsculos como bolitas: "¿Dónde lo has encontrado?". No olvidaré nunca su tono de voz. No estaba enfadada. Estaba desesperada. Le dije: "No lo he encontrado. Lo cogí esta mañana. Te lo robé para venderlo. Tómalo".

»Me abalancé hacia el pasillo y tropecé con mi padre, que se acariciaba la barba sonriendo. Mi padre…, el contrabandista de Lao Yang, el tahúr de Tianjin, el tendero de Pasalimani, ya en las últimas, el hombre menos compasivo que he conocido, me perdonó en aquel mismo instante. Pero la cuenta con mi madre quedó abierta.

—¿Y Melí?

—Melí… Yo fui el que quedé humillado ante ella en el lavadero. Y aunque había sido mi madre quien la había llamado para que presenciase el castigo, en cuanto terminó conmigo la echó con cajas destempladas, como si hubiera venido por iniciativa propia. Unos días más tarde, un domingo en que todos estaban ausentes, se me acercó mientras yo estaba estudiando. Sentí que su aliento me acariciaba, me quemaba. Olía a perfume barato.

»"¿Estás estudiando?".

»"Sí".

»"¿No vas a salir?".

»"No".

»"¿Quieres que me quede contigo?".

»"No".

»Me acarició la cabeza.

»"Si quieres, no salgo… Gracias por lo del otro día. Y lo que quieras de mí, ya sabes…".

»"Sí, cuando vuelvas cómprame el *Eva* en el quiosco del tío Yorgos".

»"¿Eso es todo, señor?".

»"Nada más".

»Se marchó.

—¿Y no has vuelto a robar después de eso?

—Sí, muchas veces. Cuando nos separamos en España, me embarqué de oficial agregado en un paquebote. Era responsable de una de las bodegas. La Nochevieja de 1929 desembarcamos a media noche en el Pireo. Los cargadores abrieron una caja de despertadores franceses. Cogimos uno cada uno y la volvimos a clavar, con sus cintas y todo. Me metí el mío en el guardapolvo azul, subí al puente y enfilé hacia mi camarote con la intención de ponerlo a buen recaudo. Llevaba unas chocolatinas en el bolsillo para regalárselas a Amersa, una amiga de Mitilene. Ante la puerta de la primera clase estaba el capitán charlando con Makrís, el contable. Me llamaron. Permanecí algo retirado. «¿Has despachado la caja número tres?». Respondí: «Sí. En estos momentos están cerrando las escotillas».

»Mi tío me dijo entonces: "Acércate más. ¿Habéis estibado bien las cajas de los relojes?". "Sí, capitán Yorgos", contesté. "Bueno, pues vístete y vete a ver a tu madre".

»Respiré, y ya me disponía a partir cuando, bien porque me persigue el diablo, bien porque los cargadores le habían dado cuerda para gastarme una broma, un tremendo estruendo salió de mi guardapolvo. El despertador sonaba a todo meter. Antes de que tuvieran tiempo de darse cuenta, subí a cubierta y lo escondí.

»Nada más abrir la puerta de mi camarote, mi tío me espetó: "Bastardo de mierda, maldito ladrón. Da gracias a que es el día que es".

Yerásimos se reía.

—Pues, créeme, aquel despertador sigue funcionando después de dieciocho años. ¿Tú has robado alguna vez?

—Yo también he metido mano en alguna de las cargas que recibía. Una vez forcé una caja de zapatos ingleses. Eran marrones, de piel de cerdo. Por la noche, llamé al bodeguero para repartírnoslos. Estaba orgulloso. Pero el otro, un ladrón de marca, les echó una mirada, meneó la cabeza y dijo: «Pedazo de bestia, bruto. Vaya una metedura de pata. Todos son del pie derecho». Yo le contesté: «Ya encontraremos la caja que tiene los del pie izquierdo».

»Pero qué va. El fletador conocía su oficio. En el siguiente viaje volvimos a cargar cajas de zapatos en el mismo puerto. Sacamos algunas para ver. Todos negros del pie izquierdo. El fletador, que era judío, los enviaba a través de dos o más compañías, mezclando las cajas.

—Vaya, hombre, ¿y qué hicisteis con ellas?

—Espera y verás. Se las vendimos a un tipo del Pireo de esos que hacen toda clase de trabajos. A los quince días vino a buscarnos al muelle: «Si tienes todavía de aquellos zapatos desparejados, te los compro», me dijo.

»Me quedé con la boca abierta. Él añadió: "No me mires como un idiota. No se me ha escapado ni un solo tipo con muleta. He visitado los lugares que frecuentan los tullidos, la sede de su asociación, he calzado a todos los mutilados, y han quedado la mar de agradecidos".

El *Pytheas* se sumergía suavemente en mares taciturnos. El viento parecía ir perdiendo fuerza.

El oficial Yerásimos entró en la caseta del timón, encendió la luz y volvió a salir. Vino a sentarse junto al radiotelegrafista. Prendió

un cigarrillo y comenzó a hablar:

—Te he preguntado antes si has amado alguna vez.

—No, no recuerdo. Iba siempre con prisas. Todo el tiempo con una maleta en la mano. Detrás de la puerta de mi casa había siempre un macuto de marinero preparado. No he tenido tiempo. ¿Y tú?

—¿Yo? Me dejé enredar una vez. Todavía me escuece. Estuvimos amarrados cuatro meses en Saigón. Desde el primer día, todos se echaron una querida. Unos se la llevaban al barco; otros iban a sus casas. Un capataz chino me sirvió de intermediario en la compra de una, como entonces era costumbre. Me llevó a uno de esos barrios bajos que apestan a ajo y huevos podridos. El cabeza de familia debía de tener siete hijas, eso sin contar los hijos.

»Me dijo:

»"Elige. Y, si quieres un chico, no tengas vergüenza, pero yo te aconsejo que te lleves a esta", me dijo señalando a un retaco de trece años, sucia y despeinada. "No la veas así, en dos días estará hecha un pimpollo. ¡Tao!", la llamó; la pequeña se acercó con la cabeza gacha. "¡Has visto qué ojos! Mira, toca, ¡como el caucho! Solo le falta comida".

»Pagué quince dólares, y nos marchamos. La llevé a un local donde se encargaron de lavarla y vestirla. Al cabo de una hora estaba irreconocible. Tenía la cara reluciente. Mientras nos dirigíamos al puerto, iba agarrada de mi chaqueta y daba saltitos para alcanzarme. Entramos en una pastelería. Se comía los pasteles con las manos y reía. Había anochecido. En un puesto callejero regateé un brazalete de coral, pero ella escogió una pelota y una peonza y dejó el coral. Al subir al barco, nos vio el capitán Yannis, el de Spartia[2], que Dios tenga en su gloria. Nos hizo un gesto de desaprobación: "Pedazo de cabrones, me habéis convertido el barco en un parvulario. Vais a tener que pagar un chelín con noventa por su comida, tenedlo en cuenta". Dirigiéndose al jefe de máquinas, añadió: "Hoy estos cerdos se han liquidado una lata de petróleo para despiojarlas".

»Cuando nos tendimos en la litera, comprendí que era la primera vez que la pequeña se acostaba con un hombre. Dobló el brazo derecho para taparse la cara; le rechinaban los dientes (no sé si todas hacen lo mismo la primera vez, no me ha vuelto a pasar); con

la otra mano jugueteaba nerviosa con la cruz que me colgaba del cuello.

»"¿Por qué lloras, Tao?", le pregunté en mi tosco inglés.

»"*No, no Sorr, go on… Please put on the light*".

»Se levantaba antes de que amaneciese, me hacía un té, me lustraba los zapatos y después arreglaba el camarote. No conocía ni la proa ni la popa. Hasta aprendió a cocinar. Con decir que el capitán Yannis, aquel animal, le traía caramelos y manzanas acarameladas… Las del resto de la tripulación eran vagas y guarras; se pasaban el día tumbadas en los camarotes o en la proa rascándose la entrepierna. Un día fletamos para Burdeos. De pronto, vio a sus compatriotas recoger sus atavíos y bajar la escala con el ceño fruncido. La noche anterior yo había comenzado a prevenirla. Estuvo llorando toda la noche. Tenía derecho a llevármela conmigo, puesto que la había comprado. Pero el capitán no quería ni oír hablar de ella. Y, además, ¿adónde podía llevarla? Acababa de obtener el diploma, y la cefalonia de mi madre no habría aceptado una cosa así. Hablé con el capo que había hecho de intermediario.

»"¿Y por eso te preocupas? Puedes venderla a un burdel en menos que canta un gallo", me dijo el *coolie*[3] con una sonrisa burlona, "y recuperar tu dinero".

»Se me pusieron los pelos de punta. "Llévala a su casa… Aunque lo mejor es que la dejes en el muelle, y que decida ella sola".

»Por la tarde le dije que se vistiera. Se puso ropa europea, un traje verde y unos zapatos de tacón, y emprendimos la cuesta arriba. El sudor le bañaba la frente. Los dientes no paraban de rechinarle, como la primera noche. El *riksa*[4] se detuvo delante de su casa. De pronto, me tomó las manos y me las apretó con fuerza… Se quedó en el umbral de la puerta. Dirigió la mirada hacia la esquina de la sucia calleja. Entramos. El viejo nos miró con desconfianza. Rompimos el contrato. La vi jugar nerviosamente con los trozos de papel. Tenía que irme y, sin embargo, permanecía mudo; sentía las piernas pesadas como el plomo. Tao cayó de rodillas y se colgó de mi chaqueta… Solamente escuché, antes de doblar la esquina de la calle, una especie de acorde desafinado, como cuando el viento rasga los toldos. Eché a correr y no paré hasta unas dos millas más abajo. En la calle Catinat me detuve ante la tienda de juguetes y bisutería. Me apoyé en una columna y

vomité. "*Chólera…, chólera*", gritaron unos chinos y salieron corriendo.

»Zarpamos al día siguiente. He vuelto muchas veces a Saigón. El capataz había muerto. En el barrio donde se encontraba su casa habían hecho un parque y levantado unas escuelas francesas. La busqué por todos los burdeles, cabarés, clubs y fumaderos de opio que encontré, pero nada. Solo su llanto me sigue visitando por las noches.

—¡Está escorando a la derecha! ¡Me cago en sus muertos! Vuelve a retomar el rumbo.

El audífono del cuarto de máquinas silbó.

—Sí, mantened la marcha. Si amaina al amanecer, le daremos caña.

Cerró la tapadera y se dio la vuelta.

—¿Dónde está Diamandís? ¿Dónde anda ese bastardo? Hace una hora que se ha esfumado. ¿Dónde coños está el imaginaria? —Sacó el silbato y pitó.

El radiotelegrafista echó el aliento sobre el cristal de la garita y escribió algo con la uña. El imaginaria subió por la escalera de babor y se introdujo a hurtadillas en la caseta del timón. Lo mismo hizo Diamandís por la de estribor. El cabreo del primer oficial se había apaciguado.

—¿Por qué te escondes, hombre?

Ninguno respondió.

El radiotelegrafista llamó al agregado. Hablaron en voz baja.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Ayer lo vi por primera vez.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—Se lo dije ayer…

—En cuanto termines la guardia, ven a mi camarote.

—Yo también iré —dijo el primer oficial—. ¿Invitas?

—No tengo gran cosa, pero os espero.

Yerásimos permaneció un instante inmóvil mirando al frente. Después se acercó a la garita, encendió una cerilla y empañó el cristal con su aliento. Pegó los ojos al cristal para ver mejor.

—El muy cabrón… —murmuró—. El muy hijo de puta…

Limpió el cristal con la manga y se volvió hacia el timonel.

—Todo a estribor. Atento al verde que se nos cruza. A estribor, mantén el rumbo que pase el de la luz verde.

El camarote del radiotelegrafista. Bajo de techo, alargado y angosto. Una litera deshecha. Un lavabo sucio, con un cubo de agua turbia debajo. Arrimada a la mampara, una mesa llena de libros, papelotes viejos, cajas de cerillas, una cartera vieja, una tabaquera china y cigarrillos esparcidos. Un cenicero repleto de colillas. Más cigarrillos sueltos sobre la cama, en el suelo y encima de la silla. La repisa del lavabo está llena de medicamentos. Opobyl, sales de Karlsbad, sales de fruta y yodo. De una cuerda que atraviesa el camarote de un extremo a otro, cuelgan unos calzoncillos mal lavados, una camiseta y un par de calcetines. En el suelo hay un cartón de Craven A abierto; un poco más allá, una caja medio vacía con manzanas y naranjas desprende un ligero olor a moho. Las paredes están cubiertas de reproducciones en color de la revista *Life*.

El radiotelegrafista, desnudo de la cintura para arriba, se estaba empolvando los granos que le cubrían la espalda y el pecho. El primer oficial apareció en la puerta.

—Siéntate —le dijo el otro—, ya he terminado.

—Pero ¿es que hay sitio? Esto está hasta arriba de porquería. ¿Cada cuánto te hace la limpieza el camarero?

—El pobre viene siempre cuando estoy durmiendo. Pero mejor así. Cada vez que me lo limpia, me trastoca el orden del cuarto. Las peleas con mi madre surgían siempre porque me había tocado algún libro o algún papel… Coge un cigarrillo. ¿Te pelo una manzana?

—No.

—¿Quieres piña tropical?

—¿Con qué agua, con la del cubo en que te lavas los pies, o con la de esa botella que no la limpia ni la sosa cáustica? Dame un cigarrillo, anda. Pero, bueno, ¿qué pasa con todos estos cigarrillos desparramados por todas partes? Y siempre lo mismo. Te he observado muchas veces. Cuando te encuentras con alguien, paquete va y paquete viene. ¿Los has robado, o es que te los regalan? No entiendo tanto derroche, ¿a cuento de qué?

El radiotelegrafista lanzó los polvos de talco sobre una estantería y se sentó en el taburete. El oficial se había tumbado en la cama y

había doblado la almohada para apoyar la cabeza.

—¡Qué cosas preguntas! Si fuera otro, le contestaría: pues porque me da la gana. Ya conoces los problemas del tabaco, unas veces no tienes, otras…

—Los conocí en la cárcel.

—Pues es peor cuando estás fuera. Durante la guerra de Albania, llevaba dos días perdido de mi unidad. Empapado, en ayunas y sin tabaco. Había amanecido. Un día espléndido, el de San Nicolás. Los rayos del sol se desparramaban sobre la hierba mojada. Caminaba tirando de una mula hambrienta. De repente, apareció un soldado en mi camino.

»"¿Cómo es que vas en ese estado?", me preguntó.

»"¿Cómo quieres que vaya? ¿No habrás visto el tercer batallón de camilleros?", pregunté a mi vez.

»"Sí, acampa a tres horas de aquí, en el monasterio de Pépelis. Según vas, todo recto".

»Hice ademán de seguir, pero él me dijo: "Espera". Abrió el macuto y me dio un pedazo de pan. Entonces fue él quien hizo amago de irse, pero se dio la vuelta, abrió un paquete de tabaco negro y me dio un cigarrillo. Me lo puse en la palma de la mano y me quedé mirándolo. Me dejó otro al lado y se marchó sin más. "¿Cómo te llamas?", le grité. "Espera, hombre, ¿cómo te llamas?". Me contestó haciendo bocina con las manos: "Soldado, me llamo. Date prisa, no se te haga de noche. Se van a ir de allí".

»Me quedé mirándolo hasta perderlo de vista. Metí el pan en el macuto y me tumbé debajo de un árbol. Encendí el cigarrillo…

—Ven, Diamandís. *All right*. Ahora agacha la cabeza. Un poco más.

Bajo los rubios cabellos del muchacho, que empezaban a clarear, había como una película blanca.

—También el mar hace que se caiga el pelo, Diamandís. ¿No lo habías oído nunca? Bueno, de una vez por todas, no veo nada que te pueda inquietar. ¿Cómo va el chancro?

—Igual. De vez en cuando, sangra.

—Eso es porque está cicatrizando. Sabes muy bien por dónde estamos navegando, por qué climas de mierda. ¿Qué otra cosa podías esperar? En el puerto se te pasarán los temores. Iré contigo al médico. Después me invitarás a una copa. Ahora vete a dormir. Y

si aparece alguna chica en tus sueños, échala para que te encuentres como nuevo al llegar al puerto.

—¿Y el dolor de cabeza? —preguntó el muchacho mientras se vestía.

—Todos estamos igual. Anda, vete.

Pronto se perdieron sus pasos sobre la chapa del puente.

—¡Nuestra condecoración! Te lo dije desde el principio. Y va empeorando. ¿Tienes penicilina?

—Sí.

El radiotelegrafista comenzó a rascarse la cabeza con nerviosismo:

—Pero es mejor no darle nada. También tengo una caja de bismuto, pero no es bueno. ¿Y si no es esa la enfermedad? ¿Acaso soy médico? A la primera inyección responderá negativamente, si es que la tiene. Nos podemos meter en un lío, ¿comprendes? Sin embargo, esa marca… *Di Castel* la llaman. Está más claro que el agua. ¡Está muerto de miedo!… Yo también lo estaba al principio. Creía que se me iba a caer la nariz.

—Y yo, que me quedaría ciego. Por mucho que me meta con él, le tengo cariño al cabrón. Hace bien en tener miedo. ¿Conociste a su padre?

—No, solo de oídas.

—Se volvió loco en el puente. Ya se habrá enterado. En pueblos como el nuestro es imposible ocultar esas cosas. La gente tiene la delicadeza de susurrártelas al oído. Así, para hacerte un favor. ¿Te gusta Cefalonia?

—Sí, como lugar, sí. Pero les encanta tomarla con los locos y con los tullidos. Es algo que no me cabe en la cabeza.

—Tonterías… En todos los pueblos del mundo se ríen de los locos.

—No, en el nuestro los vuelven locos para tener de qué reírse.

—Exageras. Eres más terco que una mula. ¿Qué estábamos diciendo del tabaco?

Yerásimos bostezó y se frotó los ojos:

—Déjalo para mañana, así tendremos algo que contarnos. A ver si dormimos un par de horitas.

El primer oficial se levantó y se sacudió la ceniza del pantalón.

—Voy a echar un vistazo arriba. Ya sabes, el viejo se distrae

algunas veces sobre la batayola.

—¿Se duerme?

—No exactamente. Cómo decirte… Se embota.

—El pobre. ¿Cuántos años tiene?

—Ya tiene más de sesenta y cinco. ¡Cómo pasa el tiempo! La tira de años de capitán, y antes fue marinero, Yemitsís…

—Buenos días, me voy a imitar a los muertos.

Al marcharse el oficial, corrió la desteñida cortina carmesí.

CUARTA GUARDIA

Qué, si el Cardiff se hunde,
y qué, si el Buenos Aires arde,
pero al pobre Skipper Straad
¡que Dios lo guarde!

Llevaba lloviendo desde por la mañana. El primer oficial hacía la guardia en la puerta del puente cubierto, con un chubasquero. De vez en cuando, cogía los prismáticos, pero los volvía a colocar inmediatamente en la caja.

—Imaginaria…

—Soy yo, oficial Yerásimos, Polijronis.

—Anda abajo a apagar las luces del salón. Molestan delante. Después, pásate por donde el radiotelegrafista y dile, si no tiene nada que hacer, que suba. Y no tardes.

—*All right*, oficial Yerásimos. Voy.

—Diamandís, echa un vistazo a las luces de situación y, luego mira al frente con atención. Si vas a orinar, ven a decírmelo. ¿Por qué no llevas chubasquero?

—Tengo calor.

El primer oficial levantó el cristal de la cabina y lo limpió por las dos caras. Se quitó el chubasquero, lo colgó de un clavo, y se quedó inmóvil mirando al frente. Recordó las lluvias de su pueblo. Dos, tres, cuatro días. Era en la época en que se abrían los odres, y fermentaba el queso, la del aceite nuevo y el vino rosado con olor a barril. El colegio estaba a una hora de camino. Él se quedaba en casa leyendo un Robinson de hojas desgastadas. Olía a buenos guisos. Esperaban carta y dinero desde Marsella, Argentina o Canadá. Uno de esos días llegó la noticia de que su padre se había ahogado en las inmediaciones del Bósforo. También con lluvia salió él una mañana, a los dieciséis años, a hacer su primera travesía.

—Esta lluvia está cargada de enfermedad —murmuró.

Polijronis subió armando un gran alboroto.

—No las he *apagao*, porque el oficial está leyendo. He *corrío* las cortinas. Si te molestan, dice que las apaga. El Marconi no deja de aporrear el martinete. Menudo follón *tie organizao*. No hay quien pare. Me *paíce* a mí que este se va a volver tarumba. Como el otro

chalao. He *estao* un buen rato oyéndole hablar solo. Agarra un periódico, lo abre y después lo tira. Y esas tías en cueros que ha puesto en las paredes de ese establo que *tie* por camarote… Está de atar. Este se nos tira un día por la borda, que te lo digo yo…

—¿Le has dicho que venga?

—No, cuando me acerqué, me hizo una señal de que me fuera. ¿Es paisano nuestro?

—Sí, de Erissos. Pero nació en estos parajes a donde ahora vamos.

—Entonces… ¿sus padres eran chinos?

—No, hombre, no, cefalonios.

—¿Has visto qué pinta lleva? En la bragueta no le *quea* ni un botón de muestra. Y eso que dice que ha *estao* años en barcos de pasajeros. ¿Así se paseaba a bordo?

Se volvió de pronto y vio al radiotelegrafista a su lado.

—¡Cómo le va a su señoría! Acabo de llegar, pero como no parabas de hablar…

—Anda, prepáranos dos cafés. Coge de mi camarote el bote que tiene el bueno. Y no le pongas mucho azúcar —dijo el primer oficial.

—¿Hago *pa* mí también?

—Sí, pesado, pero ¡ojo!, que a ti te gusta hecho jarabe.

—¿Qué hora tienes? —preguntó el oficial.

—Las dos y cinco. A medianoche, cuando me disponía a subir, ha venido la fiera [5] a la cabina. «¿Puedes sintonizar con el Pireo?», me dice. «Lo intentaré». «¿Y con Londres?». «Algo mejor». Me ha dado dos ciempiés [6] para la compañía. Una algarabía que no hay quien la descifre. Ahora acabo de terminar. Y anda que no había interferencias ni nada… La antena está que echa chispas. ¡No ha encontrado mejor momento! Se me ha puesto la cabeza como un bombo. ¿Qué te decía Polijronis?

—¿Qué me va a decir, el pobre?… Es un animal. Está como una cabra. A los doce años estaba de grumete en un caique de Farsa y se cayó del mástil. Además, su mujer lo abandonó tres días después de la boda, eso lo terminó de rematar. Y es bastante joven. Treintañero. Me pregunto por qué la casarían con él, siendo como era guapa y habiendo terminado el bachillerato en el Argostoli. Él regresó después de la Ocupación; había trabajado como un burro,

estaba forrado de libras de oro, ropa y provisiones. La familia de la chica, muerta de hambre. Así, se lo explica uno. Lo curioso del caso es que ella también lo quería… ¡Bah! ¡Mujeres! No había pasado ni una semana, y ya había vuelto a su casa.

—Bueno, pero ¿no explicó el motivo?

—No sé, dice que la tenía grande.

—¿Qué dices? Razón de más para no marcharse. Estás bromeando…

—También dijeron… *Chisst*, que viene.

Polijronis subió trayendo en una bandeja que pendía de un asa central el cacillo y las dos tazas. Colocó las tazas sobre el parapeto y las llenó.

—¿Y el tuyo? —preguntó el primer oficial.

—He *dejao* un poco de fondo; me lo beberé en el cacillo.

—¿Cuántas cucarachas nos tocan a cada uno? —volvió a preguntarle.

—No me ha *dao* tiempo a contarlas al caer.

Comenzó a beber dando ruidosos sorbos.

—Oye, Polijronis, ¿por qué no te casas? —le soltó a bocajarro el radiotelegrafista.

Polijronis permaneció inmóvil con el cacillo delante de los labios. Intentó distinguir en la oscuridad los ojos del que le había hablado. A continuación, sorbió los posos del café y respondió:

—¡Bah! Ya me he *casao* una vez, paisano, pero no hubo suerte. Nos divorciamos.

—Vuelve a casarte. No será por falta de mujeres…

Yerásimos le dio un codazo, pero él se apartó y continuó hablando.

—¿No quieres tener hijos, abandonar la mar…?

—Maestro, me dan miedo las mujeres: las escotillas y las mujeres. Son igual de resbaladizas, y puedes romperte la crisma con ellas. Dos veces es *demasiao*.

—¿Y cómo es que te separaste? ¿Así porque sí?

—¡Uff!… Qué quieres que te diga. ¿Crees que en tres noches me dio tiempo a saber qué demonios le rondaban por la cabeza?

—Quizá la primera noche…

El primer oficial carraspeó dos o tres veces:

—Escucha, Polijronis…

—Discúlpame, oficial Yerásimos, ya me voy. Pero, como ves, no es culpa mía; aquí mi paisano me está preguntando…

—Deja al hombre en paz, Yerásimos. Ahora no tiene nada que hacer. Nosotros que sabemos más tal vez podamos encontrar una explicación.

—El que se pica… No he dicho nada. Yo simplemente estoy aquí dejándome los ojos de tanto mirar al frente. Ni siquiera pongo atención a lo que habláis. No me tengáis en cuenta.

El primer oficial se alejó un poco.

A Polijronis le vino como anillo al dedo; se acercó al radiotelegrafista y comenzó a hablar rápida y atropelladamente, mirando de vez en cuando al primero de soslayo:

—Bueno, maestro, ya que estamos, te diré lo que pasó *dende* el *prencipio*. Por mis muertos que no se lo he *contao* ni a mi *mare*, que ha hecho *to* lo posible *pa* sonsacarme. Ni siquiera al cura. Pero no se te vaya a escapar palabra, porque esta panda de chulos está a la que salta.

—Que no somos niños, Polijronis. Si tienes miedo, no me lo digas y en paz.

—Bueno, el caso es que después de haber *comío* y habernos *bebío* un tonel de Robola, me agarra mi madre aparte y me dice: «No la fuerces, te lo digo por tu bien, las cosas con tiento».

»Nos fuimos a casa. Cuando entramos en la habitación, ella se sentó en la cama, y yo cerré la puerta con llave y la dejé encima de la cómoda. De repente, se levanta y me dice:

»“Abre la puerta, Polijronis, si no, me marcho ahora mismo”.

»Me quedé de piedra…

»“Pero ¿por qué?”, le pregunto.

»“Tengo miedo, te digo. Abre la puerta”.

»“¿Que tienes miedo de mí, Marioleni?”.

»“No sé, abre la puerta y apaga la luz”.

»Hice lo que ordenó. Yo, *dende* pequeño, *dende* que fui por primera vez a Los Juncos y, luego después, cuando me largué al extranjero, fuera *ande* fuese y estuviera con la mujer que estuviese, cerraba la puerta con llave y dejaba la luz *encendía*. Bueno, *pa* no cansarte, *na*. Pasó una hora, dos… Empezó a amanecer. *Na* de *na*. La primera vez que me pasaba una cosa así. Con la luz del alba pude verle la cara. Más amarilla que el azufre de Catania. Hasta que

en algún momento, no sé bien cómo, me rozó con la planta del pie, así como quien no *quie* la cosa…

—Polijronis, las millas —rugió el primer oficial.

—Un momento, que termine, oficial Simos, y voy.

—Largo de aquí…, las millas… Me cago en tu maldito orgullo… ¡Cernícalo!

Polijronis se precipitó escaleras abajo. Durante cinco minutos tan solo se oyó el vaivén del motor y el reborboteo del agua en el casco del buque.

—Setenta y cinco y media.

—Bien —respondió con suavidad el primer oficial.

—Como te iba diciendo… —continuó Polijronis.

—Polijronis —volvió a interrumpirlo—, acércate a mi camarote y tráeme el libro rojo que tiene un ancla en la tapa. Échate un trago de ron y ven luego a coger un rato el timón, que Dionisio pueda ir a orinar.

—¡Bah! No quiere. Ya se lo he *preguntao* y no quiere.

—Haz lo que te digo, no te vaya a…

Polijronis se detuvo un momento, indeciso, y se marchó volviendo varias veces la cabeza y murmurando:

—Pero, bueno, ¿a este le ha *dao* un telele o qué? Es la primera vez…

Hacía tiempo que había parado de llover. Tan solo relampagueaba. Nicolas se había sentado en el arcón de los salvavidas. Recordaba aquel mediodía en Burdeos, en que fue con la joven vendedora de cigarrillos al Oceania Bar. Ella tenía prisa, pues había dejado la tienda sola. Llevaba un chal rojo sobre los hombros. Fue en una habitación justo detrás de la barra.

«*Gauloises bleues vous plait s'il*». Se le escapó. Desde entonces no puede fumar cigarrillos franceses, ni Gitanes ni…

Yerásimos está vuelto de espaldas mirando a su interior y al frente. El *San Paoli*… Aquella muchachita rubia… que no tenía…, se seca el sudor con el pañuelo empapado… sexo.

La mano del radiotelegrafista se posó con suavidad sobre su hombro.

—Date la vuelta, Yerásimos. Échate un cigarrillo.

—Un momento… Espera.

—¿Qué tienes? ¿Quieres que me vaya?

—No, quédate, que ahora vendrá el chiflado ese a que le hurgues en la herida. He estado admirando tus artes todo el rato…

—Te equivocas. Era mi propia herida la que hurgaba, con la horquilla de Polijronis.

—Tus asuntos no los tocas porque te escuecen. Un pozo profundo eres tú.

—Entonces, ¿crees que le he preguntado por curiosidad o para reírme de él?

—A todos nos encantan estas cosas, pero no lo confesamos. ¡Y cómo ha mordido el anzuelo! Sin cebo alguno. Eres un maestro.

—Te equivocas. Le habría hablado a cualquiera que le hubiera preguntado en ese momento.

—Ya… Le ha preguntado un montón de gente, y solo tú has ido a encontrar el momento oportuno.

—Dime una cosa: ¿Marioleni se ha vuelto a casar?

—No.

—Pero ¿se han divorciado?

—No se lo he preguntado.

—Estoy seguro de que si Marioleni se casa por segunda vez, al cabo de menos de una semana, el marido la dejará por la misma razón que ella dejó a Polijronis.

—Cuentos. El calor te ha afectado a la cabeza.

—Escucha: le voy a hacer que se siente a escribirle una carta.

—No sabe escribir.

—Entonces se la escribiré yo. Te apuesto cincuenta rupias a que le telegrafía. «Vas a ver».

—¡Vaya cabeza que tienes! ¿No sabes que las cefalonias son más tercas que una mula?

—¿Y qué quiere decir cefalonia, casiota, quiota…? Una mujer es una mujer. Toma un cigarrillo.

—Acabo de apagarlo. Tú los desperdicias, los tiras a medio fumar…

—A medio, sí… ¿Has llegado a fumar colillas? Colillas ajenas, de otros, quiero decir. Eso sí que es miseria.

Se acercó al oído del primer oficial.

—Te voy a confesar una cosa, pero no te rías: de vez en cuando,

por la noche, tiro un paquete entero al mar. Es mi deuda.

—¿Con el soldado?

—Y con la mujer…, con una mujer. Fue en aquella época en que bajaron tanto los fletes, durante la gran crisis… ¿No te estaré aburriendo? Si quieres, me voy.

—Que no, hombre. ¿Qué quieres, hacerte de rogar? Venga, cuenta.

—Me quedé en tierra, en Amberes. El primer mes fui tirando como pude. Después llegó un invierno bastante riguroso. Trabajé dos semanas como remachador en un barco quiota. Me moría de frío sobre el andamiaje. Tan solo me levantaba la moral la idea de que embarcaría con ellos. Pero me la dieron con queso y me quedé en el muelle viéndolos virar rumbo a la Argentina. Comía en la fonda de nuestro paisano. ¿Te acuerdas de él? Un día ya no tenía para pagarle. Le dije: «Apúntalo, y en cuanto embarque, arreglaremos». Me contestó: «Ya lo sé, pero, como ves, la caja la lleva Gladys. Yo aquí no pinto nada».

»Su mujer era una golfa de mucho cuidado, un hipopótamo que le zurraba y todo. Empecé a vender mis cosas: el reloj de oro, los gemelos… Vamos, que me quedé a dos velas. Justo en el peor momento di con un tipo de Ítaca que resultó ser un lince en el juego: “Me ayudarás a desplumarlos”.

»¿Qué podía hacer? Acepté. No tuvo que esforzarse demasiado en enseñarme. Íbamos a establecimientos que tenían buena pinta. Él se sentaba a una mesa, y yo a otra. Por allí se dejaban caer algunos griegos comerciantes de tabaco, representantes y estudiantes. “Necesitamos un cuarto. ¡Eh, tú, niño bonito! ¿Sabes jugar a las cartas?”. “Un poco”. “Vamos a jugarnos la calderilla, anda”.

»Yo me hacía el remolón. “Para pasar el rato, venga, hombre”, me decía él.

»Antes de que se dieran cuenta, los habíamos desplumado. Una buena pasta. Pero me estafaba en el reparto. Calderilla. Pero ¿qué podía hacer? Fue entonces cuando encontré alojamiento en el Skipper Straad. ¡Dónde si no! Allí, entre los burdeles, los cabarés de baja estofa y las fondas. Un cuartucho en una buhardilla, nada caro. No podías ir a dormir antes de las ocho de la tarde. A las siete de la mañana comenzaba a sonar una campanilla sobre tu cabeza y no paraba hasta que te largabas. Todo el hotel retumbaba. A las siete y

diez debías estar en la puerta. Y, entonces, otro tipo de gente comenzaba a subir las escaleras. Ya sabes, los trabajadores nocturnos que venían a dormir. Vigilantes, camareros, putas, *cocottes*, cabareteras… Al salir, veías rostros carbonizados, congelados, caras a las que se le había corrido la pintura para ir a quedarse en otras mejillas arrugadas y cuarteadas por el viento y la sal. Venían a dormir a nuestras camas, deshechas y aún calientes, tal y como las habíamos dejado. Desde el primer día comprendí que compartía la cama con una chica de la noche. Unas medias colgadas de un clavo, un par de zapatos de tacón deformados, con unos lacitos desgastados, unas bragas debajo de la almohada, horquillas desparramadas y unas peinetas rotas, aderezadas con falsa pedrería. Pero, sobre todo, el olor de su cuerpo. Yo apoyaba la cabeza en la funda de la almohada, siempre con la marca de la suya e impregnada de la grasa de su cabello, que debía de ser negro y largo. Comprendí que me sería imposible conocerla. Y, sin embargo, lo deseaba. Era una antigua norma del local que el cliente nocturno no conociese al diurno. Así que comencé a buscarla, a tratar de encontrarla.

Yerásimos lo interrumpió con su tos:

—Si no la conocías, ¿cómo la ibas a encontrar? Es como buscar una aguja en un pajar… Has podido pasar por delante de ella e incluso haberle hablado sin darte cuenta.

—Imposible. No me la encontré en ningún sitio. Aunque hubiera pasado a diez metros de mí, la hubiera reconocido.

—¿Y cómo coños?

—Escucha. Dos facultades he adquirido en mi vida. Una, ya la he perdido, era que podía identificar, por el tambaleo de un borracho, la bebida que lo había embriagado. Y también por el aliento. Me podías mezclar en un vaso cuantas bebidas quisieras, y te las nombraba una tras otra. Ahora, desde que dejé la bebida, ya no puedo. La otra… me acompaña aún. Su pérdida supondrá para mí la muerte.

Se detuvo un momento.

—¿Y bien?

—Tápame los ojos o méteme de noche en una habitación oscura, haz pasar por mi lado a cinco, diez, cien…, a cuantas mujeres quieras…, y te adivino la nacionalidad de cada una.

—Ya, un poco más y me dices también la edad… ¿A ti te ha examinado algún médico últimamente?

—Simplemente, por el olor del cuerpo, por su apariencia.

—Termina con lo de Amberes.

—Pues bien, por aquellos días había reñido definitivamente con el tipo de Ítaca. En el reparto me embolsé un buen dinero y empecé a administrarme. Partía los cigarrillos en dos y vivía a base de pan y queso. Tenía que pasar el invierno bajo techo, y no bajo un puente. Una noche en que me iba a dormir sin un cigarrillo en el bolsillo, me encontré un cenicero lleno de colillas, manchadas de lápiz de labios de color rojo fuego. Son para tirar, me dije, les quité el papel y metí el tabaco en la pipa. Otro día encontré encima de la mesa dos o tres cigarrillos arrugados pero intactos, estaban un poco deslucidos, como si unos dedos nerviosos los hubieran manoseado o se hubieran quedado sueltos en el fondo de un bolsillo. Me quedé bastante rato mirándolos, pero no me atreví a cogerlos. No he conocido mayor tormento. Nada más despertarme, alargué el brazo… ¿Y si me meto en un lío?, pensé. Salí pitando. A la noche siguiente me los encontré en el mismo sitio, y en el extremo de un papel, con letra retorcida, ponía: «*Can to smoke… For you*». Y, desde entonces, cada noche me encontraba algo distinto: un bocadillo, una manzana mordisqueada, una botella con una mezcla de restos de bebidas y cigarrillos. Los calcetines, lavados y remendados; los pañuelos, planchados. Sentía que alguien me ayudaba, que estaba de mi parte. Así llegamos al mes de febrero de aquel terrible invierno. Entonces vino el *Argonauta* a descargar mineral, con mi tío al mando. Al ver en qué lamentable estado me encontraba, me dijo: «Te llevaré conmigo, pero a ver si sientas la cabeza de una vez».

»Me lancé como un desesperado a los espaguetis. Le conté que estaba hasta el cuello de deudas y que debía pagarlas. Me dio un anticipo. Entonces fui a la mejor floristería de Amberes, cerca de *Longue rue des images*, y compré las flores más caras que había: dalias. Después, una gran caja de bombones, y me puse en camino hacia el Skipper Straad. Iría a mi cuarto…, a nuestro cuarto…, las depositaría sobre la mesa, en el mismo lugar donde había encontrado los cigarrillos. No, las flores mejor sobre la mugrienta cabecera… Me sentía un poco ridículo con todo aquello en la mano.

Cien metros antes de llegar, en uno de aquellos callejones, una gorda, con un cigarrillo en la boca y una flor artificial en el pelo, me cortó el paso:

»"¿A quién se las llevas, Bob? ¿A tu novia?", me dijo entre carcajadas.

»"Déjame pasar", y la aparté con suavidad.

»"Anda, invítame a tomar algo".

»"Luego, ahora tengo prisa".

»"Un minuto nada más. No te voy a entretener".

»Volví a negarme. Me empujó y, de repente, me encontré dentro de un tugurio.

»Una copa… y otra… y otra más. Todavía tengo tiempo. Aún es de día…

»No recuerdo cuántas tomé. Solo recuerdo que la policía me recogió al amanecer de entre el barro. A mi lado había unas flores pisoteadas. Alguien había robado los bombones. A mediodía, partimos para Hull. ¿Has dicho algo?

—No… Bueno, sí… ¿Qué perfume llevaba aquella mujer?

—¿La del tugurio?

—No, la del hotel.

—Styx, de Coty.

—Mal rayo te parta, desgraciado. Te mereces un tiro, pero con una pistola cargada de mierda…

QUINTA GUARDIA

El tercer oficial encendió la luz de la cabina, se sacó del bolsillo un papelito doblado, lo desplegó y le dio una fotografía al marinero que pilotaba. Tenía veinticuatro años, fornido, moreno y guapo de cara.

Linacherás la cogió y la miró entornando los ojos. La luz se apagó de repente.

—Es guapa, pero ya que lo quiere así…, no le des más vueltas. Mujeres hay a patadas… Si yo tuviera tu edad…

El tercer oficial cogió la fotografía y trató de escudriñarla en la oscuridad.

—Mejor será que la tires, oficial Pandelís, que vaya a reunirse con tus primeros zapatos. Y no vuelvas a pensar en ella.

—Se dice pronto, Linacherás. Ten en cuenta que compré las alianzas en Colombo. El oro allí era barato. Le compré una turmalina verde y rosa, una preciosidad. Vuelvo a bordo y, el mismo día, recibo la carta.

—¿El otro es guapo, joven?

—Sí, acaba de salir de la Escuela Naval. Un alferecito.

—Ah… Ya veo. Nuestros galones no valen un pimiento, son de carnaval. Mejor que hayan salido así las cosas, oficial Pandelís. Yo sé lo que me digo. Ojalá me hubiera dejado a mí la mía antes de llevarla ante el altar. Sería otro hombre.

—Algo he oído… ¿Te has divorciado?

—Pregunta mejor cómo me he divorciado. Me hice contrabandista por ella. Construí una casa en Tamburia [7] y la convertí en un palacio. Le llevaba de todo. No le faltaba de nada… Dejé el paquebote y me embarqué en un carguero. Sus cartas rezumaban miel. Estuve ausente dos años. Una tarde de invierno regresamos al Pireo. Acabamos muy tarde. Pasada ya la medianoche, cargado como un mulo, me dirigí a casa. Una manzana antes de llegar, me detuve para cambiar de mano porque los bultos me hacían daño. Delante de mi casa había un tiarrón tirando

piedras a la ventana. ¿No me habré equivocado? ¿Qué querrá ese cabrón a estas horas? Y, de repente, agarró los pomos de la puerta y comenzó a darle patadas gritando:

»Sal de ahí, ramera infame, que no tienes palabra, y que salga también el maricón que tienes ahí metido, que le voy a partir la cara. Me acerqué:

»"Paisano", le dije, "¿te pasa algo?".

»"Métete en tus asuntos", me respondió sin volverse.

»Lo agarré por el hombro:

»"¿Te pasa algo?".

»Se volvió enfurecido:

»"Apártate, si no quieres pagar tú los platos rotos. Tengo una cuenta que arreglar con la patrona".

»"De acuerdo, pero ¿qué culpa tienen las puertas y las ventanas, que no las dejas en paz?".

»Se abalanzó sobre mí:

»"Lo voy a destrozar todo, y a ti, la cabeza, por meterte donde no te llaman".

»"Tienes razón", le dije apaciblemente, "pero todo lo que estás arruinando lo he construido yo, trabajando a destajo, ¿me entiendes?".

»Se quedó boquiabierto y murmuró reculando:

»"Y cómo iba a saberlo…".

»Dobló la esquina y desapareció.

»Dejé el macuto y la maleta en el suelo. Me senté en el poyete y esperé. Otra puerta no había. Dieron las dos de la madrugada. Oí descorrerse el pestillo y abrirse la puerta. Me retiré. Lo vi salir… Un vejestorio barrigón. No se percató de mi presencia. Dejé pasar cinco minutos y metí la llave en la cerradura.

»"¿Quién es?".

»"Soy yo, Stamatis".

»Dio un grito y se lanzó a mis brazos.

»"Ay, mi maridito, mi dueño y señor… Me consumía esperándote, pobre de mí, me moría de ganas de verte".

»Quiso conducirme a la alcoba. Yo la arrastré al comedor. El humo se te agarraba a la garganta. Dos platos con restos de comida, una botella de vino…

»"Vamos a ver", le espeté. "¿Desde cuándo fumas tú?".

»“Ha sido nuestro padrino… Pasó temprano a preguntar por ti y lo invité a cenar. Uf, se ha marchado a eso de las nueve”.

»“¿Y esto? ¿Qué es esto?”.

»Y le muestro un cigarrillo que se había caído del cenicero y estaba quemando el mantel.

»“¡Pero, bueno, no has hecho más que llegar y ya estás refunfuñando! Me he fumado un cigarrillo porque no tenía sueño… Nunca estás en casa…”. Y se echó a llorar.

»“Y el tiarrón ese que estaba aporreando la puerta en plena noche y que te ha puesto de puta para arriba, ¿acaso era tu padrino? ¡Basta!”.

»Se puso lívida.

»“No te entiendo. ¿Estás borracho o los viajes te han trastornado el cerebro? Por tu bien te lo digo, siéntate que te prepare una tila”.

»La detuve con un gesto:

»“Dos palabras solamente… Te lo puedes quedar todo…, la casa y los muebles… No quiero discusiones ni alborotos. Pasa mañana por el abogado a echar una firma. Se acabó. Yo iba a los burdeles en cada puerto. Estamos en paz, y adiós, muy buenas”.

»Se quedó petrificada.

»“Déjame al menos la ropa sucia, que te la lave, y mañana te la llevo”.

»“No hace falta que te molestes. Deben de dolerte los riñones de tanto traqueteo”.

»Cargué con mis cosas y fui a llamar a la puerta de una armenia con la que había tenido relaciones antes de casarme. Me acogió sin hacer preguntas.

—¿Y cómo terminó la cosa? —preguntó el tercer oficial con voz cascada.

Linacherás levantó el brazo e hizo repicar la campana que pendía sobre su cabeza.

—No la he vuelto a ver… Tan solo me he enterado de que un chófer le sacó toda la pasta. Después se hizo del gremio… Entró en Los Juncos.

—¡Qué horror! ¿Y no te ha afectado? ¿No te ha dolido?

—¿Dolerme? ¡Qué cosas dices!… La carne ajena no duele. Si se tratase de mi madre, todavía… ¿Recuerdas al otro radiotelegrafista? Ja, ja, ja. Dos días antes de llegar al Pireo, todos los casados

telegrafiaban a sus señoras. El Marconi salió un día al *gross bunker* [8] y gritó: «El siguiente telegrama, rápido…, que tengan tiempo de largarse los jinetes».

»Le llamábamos chalado, pero de eso nada.

El tercer oficial salió del puente y se detuvo a sonarse la nariz con los dedos. Luego se sacó el pañuelo. Permaneció un largo rato tratando de distinguir el mar en la oscuridad. La campana tocó cuatro dobles. Relevo de guardia.

—Nordeste y nada a estribor.

—Nada a estribor —se oyó la voz del primer oficial, que entraba de guardia.

El imaginaria trajo el café y lo depositó sobre el arcón.

—Lo he dejado ahí. No lo vayas a volcar.

—Vale —le respondió el primer oficial.

Diamandís llevaba un chaquetón de cuello alto.

—Pero, bueno, solo te falta coger un pico para partir el hielo. ¿Por qué te da por arroparte así? ¿O es que te estás aplicando el tratamiento de tu tío? Te vas a asfixiar.

—¿Qué tratamiento, oficial Yerásimos?

—Nada, no he dicho nada… Ven que te enseñe una cosa: ¿ves el lucero del alba? Esta noche se ve la mar de claro. Dejémoslo que se levante un poco más.

Sorbió unos tragos de café.

—Tráeme el sextante. No enciendas la luz. Mira, ya lo tengo… Déjalo. Diamandís, corre al cronómetro.

—Listo… Listo… Listo.

Lo trajo al horizonte…

—Punto. El imaginaria a las millas.

El lucero parecía el ojo de una puta satisfecha. El otro ojo se lo había saltado el chulo con el dedo.

—¿Qué estás mirando? —preguntó al radiotelegrafista, que se mantenía algo apartado.

—Estoy buscando la Cruz del Sur. Antes la encontraba solo.

—A estas horas ya se ha puesto. El de la guardia anterior ha debido de verla un instante. Estamos subiendo, ¿no te has dado cuenta? Y cuanto más avanzamos… ¿Cómo has podido olvidarte hasta ese punto? Bueno, nunca has sido un lince. ¿Te acuerdas de cuando declaraste el pabellón en cuarentena?

—¿Consigues el punto alguna vez?

—No, no me interesa. Vaya manía que tienes con la Cruz del Sur.

—Sí, se ve que no has sentido nunca su fiebre, su peso…

—¿Qué estás diciendo? Ni que se tratase de la malaria. Todas las estrellas son bellas. A nosotros nos hacen falta los cuerpos celestes cuando se encuentran a determinados grados sobre el horizonte. Lo demás es cosa de los enamorados en los parques. Sube temprano, a la guardia de ocho a doce, si quieres verla.

—Una chica le quería…

—Y tú querías a la chica.

—No.

—¿Era guapa?

—Nunca la conocí. Y ella nunca conoció el mar. No vio la Cruz del Sur.

—Esta noche no paras de decir «nunca». ¿Tienes alguna fotografía suya?

—No, solo me escribía cartas, ¡pero qué cartas!

—¿Las llevas contigo?

—No, las tiré el año pasado al mar. En el Shark Bay. Escucha. Le había prometido un viaje. No como hacemos con todas las que conocemos, pues a esta no había llegado a conocerla. Entonces viajaba por el Mediterráneo. Fue en el 37. Arreglé con la compañía llevarla a un *round trip*. Le escribí una carta. En el Pireo nos embargaron por un asunto de carbón. Tuve que quedarme bastante tiempo en tierra. Imagínate, haberla ilusionado con algo por lo que se moría de ganas y decepcionarla después. Sin quererlo. Desde entonces no he vuelto a escribirle.

—Has dicho tantas mentiras en tu vida que una más o menos…

—Nunca he dicho mentiras. Te digo que lo había arreglado. Como habría hecho con mi propia hermana.

—Y qué importa —dijo Yerásimos con voz ronca—, encima tuvo suerte. Lo habrías estropeado de cualquier modo. Te conozco desde niño. Todas son tus hermanas, pero acabas tocándoles el culo. ¡Déjate de historias!

—Se ve que hoy estás de malas. ¿No será que no has tomado café? Desde que he llegado no paras de meterte conmigo. Me voy a dormir.

—Venga, hombre, si era en broma. ¿Y qué fue de la chica?

—Pues… creo que se casó.

—Es una pena que no te esperase. ¿Y nunca trataste de encontrarla, de conocerla?

—No, pienso en ella algunas veces antes de dormirme. Una noche, sin avisarla, me presentaré en Volos a llamar a su puerta y me la llevaré de viaje. Ahora puedo hacerlo.

—¿Y después?

—Después… No he pensado en el después.

El primer oficial se volvió bruscamente, lo agarró por el hombro y le dijo con la misma voz ronca, sopesando sus palabras:

—Después… Para ti sí hay un después, chino de agua dulce. Después la venderías a los burdeles de Beirut por doscientos surís[9], como a la de Mitilene.

Acto seguido, se arrepintió de lo que acababa de decir y suavizó la voz.

—Bueno, eso son cosas de Chelepis. Me lo dijeron, pero no lo creí. Quería preguntártelo, perdona.

La mano del primer oficial se distendió y permaneció como una caricia sobre el hombro del radiotelegrafista. Este, sin proferir palabra, hizo ademán de marcharse. Lo retuvo:

—Si te vas, pensaré que te ha sentado mal.

—Deja que me vaya.

—Imposible. Es culpa mía… Por mi madre. Es la primera vez que hago tal juramento. No quería herirte. Ni siquiera me lo creí. Pero me gustaría que me dijeras de dónde ha salido ese cuento. Te lo he preguntado bruscamente… Somos marinos, no trabajamos en ninguna embajada… ¿Quieres café?

—¿Tienes coñac?

—Sí, pero tú no bebes…

—Solo una gota.

—Polijronis, trae la botella y dos vasos de los de licor.

Entró en el puente de navegación y se inclinó un momento sobre el compás. Polijronis llenó los vasos, se llevó el dedo a la boca y se lo chupó.

—Algo me dice que le has dado un buen viaje a la botella —dijo el primer oficial.

—Que me *güelva* loco, que me suban *atao* al Santo si es *verdá*.

Justo estaba pensando en pedirte que me invitaras a un trago.

—Ahora tienes guardia. Lo que queda, para ti, pero cuando te releven.

—Salud y buen puerto.

El radiotelegrafista levantó el vaso y lo estuvo olfateando unos instantes.

—Hace tres años que no lo pruebo. ¿Es francés?

—Sí, armañac.

Se lo bebió a pequeños sorbos, como si de un fármaco se tratase.

—¿Crees que me sentará mal?

—Yo qué sé… No bebas más.

—Bueno, ¿quieres saber la verdad?

—No, no soy curioso. No era lo que yo quería decir.

—Querías que nos volviéramos a pelear.

—Eso, nunca. Fue la mala suerte. Simplemente, se me pasó por la cabeza.

—Una vez tuve un mono, un mono traicionero que te mordía cuando menos lo esperabas. Llegué con él a la aduana del Pireo. Tuve que pagar un montón de dinero. Cuando iba a entrar en el tranvía, me paró un estañador, un gitano: «Mil dracmas, jefe». No comprendí lo que quería. «Dos mil…», insistió. Entonces caí. «Déjame en paz», le dije.

»Al llegar a la estación, ya me había ofrecido diez mil dracmas. Yo volvía a Grecia sin un real. Para aquella época, era toda una fortuna. Una tentación. Se lo di. Todavía me avergüenzo, después de tantos años. No…

El primer oficial volvió al puente y telefoneó al cuarto de máquinas.

—No avanzamos nada esta noche —dijo dándose la vuelta—. Parece como si estuviéramos amarrados. El argelino ese está de guardia en la caldera con el de Siros. Se pasan las noches tocándose los huevos, pero, hoy, de vapor, *niente*. Una o dos paletadas y a tumbarse a la bartola. Y en cuanto al atizador, ni lo tocan. Me cago en…, algo anda fumando ese moro de mierda. Al mediodía he registrado de arriba abajo su litera y su casillero, pero solo he encontrado *caporal*[10] y papel de fumar. Le pregunto al de Siros y solo sabe responder: «No sé, oficial…». Me da la impresión de que los dos le dan a lo mismo.

—¿Hachís?

—No estoy seguro. Dime, aquella otra, ¿cómo coños es?

—¿La marihuana?

—Sí.

—Raíces secas.

—¿Y cómo se fuma?

—Es complicado. Pero se fuma también en pipa.

—¿Y huele mucho?

—¡Uff! A cuarenta millas a la redonda.

—Al otro, al jefe de máquinas, le importa un bledo. «¿Qué más da?», me decía esta mañana. «Ya llegaremos, ¿tienes prisa?». Qué iba a responderle. Una mula de artillería, eso es lo que es. ¿Sabes lo que le hizo una vez un capitán paisano nuestro? Escucha, que te vas a partir de risa. La tripulación estaba hasta las narices de él. Habían amarrado por aquí cerca, en una isla perdida, para abastecerse de carbón. Alguien le sopló que había en tierra unos chavales, unos morillos, por los que él perdía la cabeza. Se puso de punta en blanco y bajó al muelle. En cuanto terminaron la faena, el capitán soltó amarras.

»Las pasó canutas durante cuarenta y cinco días. Tuvo que embarcarse como engrasador en un buque noruego para poder salir de allí. Desde entonces lo llaman "el cónsul"… Pero, bueno, ¿te estás sirviendo otra copa? Se ve que tienes intención de recuperar los tres años en una guardia. Deja un poco para Polijronis, hombre.

El radiotelegrafista se secó el sudor de la cara, tiró el cigarrillo y encendió otro. Comenzó a toser.

—¡Qué mal huelen los *jodíos*! Están enmohecidos. ¡Qué calor! Échame un poco más. El último.

El primer oficial le sirvió.

—Las mujeres quieren que las vendas, lo llevan en la sangre.

—Y yo te digo que no bebas más. Has perdido el hábito.

—Una vez un chulo se casó con una buena chica. Primero dilapidó toda su dote y, después, empezó a pasársela a los amigos, le quitó los dientes de oro para venderlos y terminó vendiéndola a un burdel. Murió con su nombre en la boca. Le quería.

—No es la primera.

—La metió en una carreta y vendió su cuerpo al depósito de cadáveres.

—¡El muy canalla!

—Sí, bien que siento no parecerme a él. Si no las vendes, no te valoran.

—Anda, vete a acostarte, ya continuaremos mañana.

—No voy a ninguna parte. Ahora es el momento de saldar la deuda. Has hecho bien en sacarlo a relucir.

—¿De qué estás hablando? Anda a descansar.

—Dieciocho años. Llevaba un vestido negro de mala calidad. Trigueña. Me la trajo a bordo un recaudador de impuestos, al *Aspasía*.

»"Es huérfana de padre y madre", me dijo, "y tiene un tío tendero en Beirut que se hará cargo de ella. Llévala hasta la tienda y se la entregas. Harás una buena acción".

»Pensé en el engorro que eso suponía, pero me fijé en sus ojos suplicantes y acepté. Cuando los marineros del paquebote, esas carroñas que esperan su presa acodados en la barandilla, la vieron, se les hizo la boca agua. Los mantuve a distancia. A la hora de hacer guardia, la encerraba con llave en mi camarote. Era una criatura. Dócil y juiciosa. Llegamos a Beirut una tarde. Ya conoces las calles que van a la Place des Canons. ¿Cuál tomar? Todas son iguales: fraguas, tiendas, tascas y puertas abiertas, muchas puertas, y en los poyetes, o en pequeños taburetes, ves a las moras sentadas con las piernas entreabiertas. La muchacha iba con la mirada baja y no pronunciaba palabra. Nos faltaban uno o dos callejones para llegar a la plaza. Respiré aliviado. En ese instante un haiga que descendía lentamente vino a cerrarnos el paso. Era un coche de color canela que, al verlo, me produjo escalofríos. La acera no tenía ni medio metro de ancho. Nos pegamos a la pared. El coche se detuvo a nuestro lado. Empujé a la muchacha bruscamente como indicándole que avanzase. Demasiado tarde. La portezuela se abrió obstruyendo toda la acera, hasta la pared. Una mezcla de perfumes me golpeó la nariz. Valor, me dije para mis adentros, y apreté la mano de la chica. Madame Blanche, voluminosa y pintarrajeada como una máscara de Ensor, descendió con gran dificultad del vehículo, haciendo tintinear sus pulseras de oro. Piedras preciosas centelleaban en sus dedos. Al besarme, percibí olor a *arak*[11] en su aliento.

»"¡Nicolasito, hijo mío! ¡Cuánto tiempo sin verte! Bandido, ¿así

de fácil olvidas tú? Subid que os lleve hasta Zahlé, a ver la montaña". Sujetó a la pequeña por las dos mejillas y la besó en la boca. "Palomita mía, ¿por qué no dices nada? Vamos, venid".

»Nos rodeó con sus brazos al tiempo que nos empujaba hacia la puerta.

»"Blanche…", le rogué en tono lastimero, "Blanche… Te veré después. Ahora tenemos cosas que hacer y se nos hace tarde".

»"Os llevo yo, pichones, en un periquete".

»Le tomé las dos manos:

»"Es mi hermana, déjanos marchar".

»"Trescientos surís en mano. Cuando vengas, cada quince días, todos los gastos de mi cuenta: la que desees de la casa… ¿Comprendes? Vamos".

»"Que yo recuerde", le dije entre dientes, "nunca hemos tenido esta clase de negocios, ni toma y daca alguno. Déjame pasar".

»Sentí cómo las uñas de la muchacha se me clavaban en la palma de la mano. Los ojos de Blanche giraban como perlas de prestidigitador chino entre luces de colores:

»"Tienes razón: ¿acaso no me debes ningún favor, hijo de perra?".

»"No lo he olvidado… Pero este no es el momento de pagártelo. Apártate de mi camino, te digo… Voy a pedir ayuda".

»"Insolente… Espera un momento: solo una palabra. Por la tarde que gozamos, venga, Nicolas".

»Sentí asco, pero recordé aquella mañana en que el muerto **[12]**, nada menos que tres kilos, comenzaba a oler en mi habitación. El contacto no había venido a llevárselo, y la policía rondaba la puerta de mi camarote esperando la orden para entrar. Me sentía acabado y condenado de antemano a unos cuantos año entre rejas. Y en cárceles árabes… Entonces apareció Blanche. Comprendió a la primera.

»"Estás metido en un lío", me dijo. "Tráelo, rápido".

»Se abrió el enorme corsé y se lo metió dentro.

»"¿Qué haces?", le dije. "¿Sabes lo que estás haciendo? Es…".

»"Calla, memo, calla. Ven a mediodía a recogerlo".

»Se marchó. La policía le abrió paso. Sonrisas y saludos. A mediodía me lo entregó intacto. Bebimos *arak*. Y sea porque me sentí obligado, sea porque entonces estaba de buen ver, me acosté

con ella.

»“No lo olvidaré nunca”, le dije. “Me pidas lo que me pidas, y sea cuando sea. Algún día te devolveré el favor”.

»Ella sonrió y me acarició la mejilla. Su influencia se extendía por todo el Líbano y llegaba hasta Siria. Incluso se dice que consiguió derrocar un gobierno. Es posible…

»“…Ha llegado el momento. Entrégame a la pequeña, y no lo pasará mal. En…”.

»“Déjame, Blanche. Por la vida de tu hija”.

»Entonces la vi transformarse en una furia y dar un paso atrás.

»“No mientes con tu sucia boca el nombre de mi hija. Desagradecido. Algún día te arrepentirás”.

»Me hizo un corte de mangas y se metió, roja de cólera, en el coche. Había anochecido. Llegamos a la plaza. Encontramos la tienda de su tío a la primera. Un moro nos dijo, entre risas, que el hombre que buscábamos había vendido la tienda hacía un mes y se había marchado a Venezuela. “¿Dirección?”, preguntó la muchacha. “Ah, sí. En Caracas…”. Nos dejó para atender a unos clientes. Una vez fuera, nos quedamos mirándonos el uno al otro. Entonces fue cuando observé que tenía los ojos bonitos. Los tranvías pasaban tocando el timbre en dirección a la *rue* Damás o a Bab Idriss. Los autobuses, rumbo a Alley, Zahlé o Hamana. Un mendigo sentado en el suelo entonaba una canción que parecía no salir de su boca, sino de todas las puertas abiertas, de todas las calles, de todas las bocas. Era la hora en que, como alumbradas por una sola mano, se encienden al unísono todas las callejas de la plaza que van a dar al mar. Verde, azul, amarillo, granate: Mónica, Madame Marika, Chryssa, Malvina, Madame Violette. Y a lo lejos, si te subes a una de las palmeras de la plaza, tú que sabes leer las estrellas, distinguirías entre una mezcla grotesca de letreros luminosos: Blanche, con un pez verde al lado. Era la hora en que todo el mundo baja hacia el mar, vestidos con túnicas cortas teñidas de color ladrillo, al igual que los fenicios en otro tiempo. Nos detuvimos delante de la pastelería de Bohsali y nos miramos a los ojos.

»“Escucha”, le dije, “nos hemos alarmado en vano. He encontrado la solución…”.

—Espera un minuto. Escucha un poco el motor. Me quiere, no me quiere…

El *Pytheas* no iba ni a treinta revoluciones. Estaba atascado como una mula. El primer oficial se inclinó sobre la bocina del cuarto de máquinas:

—¿Qué coño hacéis ahí abajo? ¿Qué dices? ¿Que ha bajado el fuego? A mí me lo vas a decir… Lo hacen adrede, no dan un palo al agua, los cabrones. ¿Qué? ¿Que envíe hombres? Espera que lleguemos a China y los fabricaremos. ¿A Diamandís? ¿Te he pedido yo alguna vez que me envíes a tu agregado a sujetarme el timón? ¿Eh? Haced lo que os dé la gana, pero aumentad el vapor. Despierta al jefe de máquinas. ¿A qué esperas? ¿A mí me lo preguntas? Haz lo que te plazca.

Echando maldiciones, tapó la bocina.

—Diamandís, corre a despertar al capitán y dile que avanzamos con la popa. Date prisa.

Entró en el puente y estuvo mirando un rato su reloj a la luz de la brújula, midiendo las revoluciones. Silencio. Los pistones del motor descansaban. Diamandís subió y se puso a su lado.

—¿Qué te ha dicho?

—Ha dicho que les ofrezcamos cinco cajetillas de tabaco y dos botellas de cerveza a cada uno.

—¿De bombones no ha dicho nada? Eh… ¿O que les paguemos la jodienda pasado mañana? Lo que hay que oír… Baja como una bala y dile al tercer oficial que despierte al engrasador y al aprendiz para que empujen la vagoneta.

—¿Y si no quieren?

—Haz lo que te digo.

El agregado se marchó a toda velocidad. Se volvió hacia Nicolas, que tenía la cabeza hundida en el pecho como si durmiera de pie.

—¿Estás durmiendo?

—No… Parece que avanzamos.

—Sí, un poco… ¿No vas a acostarte?

—No, quiero terminar primero.

Dejaron de hablar. Se oyó la voz de Diamandís.

—El jefe de máquinas los ha puesto en marcha. Él mismo ha echado unas cuantas paletadas, y el contramaestre las ha atizado. Se han levantado y están trabajando. Dicen que les sentó mal el bacalao con cebolla de anoche.

—Yo qué sé lo que les habrá sentado mal… Pero qué se le va a

hacer… Aquí, entre nosotros, tienen razón. ¿Acaso se le puede llamar comida a esa bazofia que nos dan? Y no tener un refrigerador, una gota de agua fría, un refresco. Te meten en un armatoste desvencijado, que debería haberse vendido como chatarra antes de la guerra, y te largan a la Cochinchina. Un abuso, una vergüenza. Anda, Diamandís, ponte por el otro lado, y ve con cuidado. Echa de vez en cuando un vistazo a la brújula… Y dile a Polijronis que nos vaya preparando dos sin azúcar.

—No quiero café —murmuró el radiotelegrafista—. Si tuviéramos un culito de bebida…

—¿Qué? Pero ¿es que te lo has bebido todo, so animal?

—A buenas horas… Me ha cambiado el humor. Estoy en las nubes. Desde el día en que dejé la bebida he ido degenerando. Me he convertido en un mísero, un tacaño.

—Sí, pero te has curado.

—¡Menuda cura! Bueno, ¿te lo termino de contar? ¿Qué hora es?

—Las tres.

—Volveremos al barco —le dije—, le rogaremos al capitán que te admita de vuelta sin billete. Es buena persona…

»De repente la vi transfigurarse, se volvió irreconocible. Apretó sus finos labios y me dijo con aire obstinado:

»“No voy a ninguna parte. No sabes lo que yo he pasado en Atenas. Todo lo habido y por haber. He tenido que criar a los cinco hijos de mi tía, cinco fieras. Y de insultos, para qué contarte: mala sombra, gandula, malcriada… No pienso regresar. Tengo una amiga en Alejandría”.

»“Estás delirando. ¿Cómo vas a llegar a Egipto? ¿Con qué visado?”.

»“Sacaremos uno”.

»“¿Qué dices?… No tienes ni idea”.

»“Me escaparé por la noche”.

»“Ni un gato puede salir de aquí. Volveremos a Atenas”.

»“Nunca. Ni muerta”.

»La vi calmarse súbitamente. Cogió el botón de mi chaleco…

El radiotelegrafista se calló un instante y retomó el aliento.

—Escucha, Yerásimos… Que la mar me blanquee los huesos, que me destroce la camisa, que me muera aquí mismo…

—Vale, hombre, te creo.

—Retorció el botón de mi chaleco con sus delicados dedos y me dijo secamente: «Llévame a donde tu amiga la gorda, la que nos ha parado con el coche».

»Si un latigazo me hubiera abrasado la cara o una manguera de agua hirviendo me hubiera caído encima, no me habría dolido tanto.

»"¿Qué estás diciendo, chiflada?", conseguí proferir. "¿Sabes lo que estás diciendo?".

»"Parece una buena mujer", me contestó con sangre fría.

»"Mala no es. Lo que es sucio es el trabajo que hace, asqueroso. Cómo darte a entender…".

»"Comprendo… No soy una niña. Escucha. Déjame de criada. También sé cocinar. Hasta que encuentre un trabajo mejor. He terminado el bachillerato. Hablo francés. Unos días solamente. Cuando vuelvas, vienes y me recoges. Pero ahora no regreso".

»La sangre se me subió a la cabeza. Me entraron ganas de darle un bofetón, pero me contuve. La tomé del brazo: "Venga, en marcha. Nos vamos al barco".

»De sus ojos salieron centellas. Me empujó con brusquedad: "Suéltame el brazo. Tú a mí no me das órdenes. No eres ni mi padre ni mi hermano. Ándate a tu barco y déjame en paz", me dijo. Yo intenté sonreír: "Bueno, haz lo que quieras, vamos a tomarnos un *baklava* [13] y ya nos vendrá una idea mejor".

»Atravesamos la calle. Tenía la intención de introducirla por los callejones y, una vez allí, llevármela a empujones al barco. Cuando, de repente, nos encontramos con Vera, la rusa de los ojos de zafiro, la que había vivido en la corte del zar y ahora trabajaba de cantante en un cabaré de segunda. Muchas veces me había hablado de la pintura de Aivazovsky, de Repin y de Chagall, con quien había estudiado dibujo en San Petersburgo; ambos habían sido discípulos de Bakst. No se entretuvo con nosotros ni un minuto. Me acarició el pelo y desapareció entre la muchedumbre. Me volví hacia la muchacha, a quien no había soltado de la mano, y de pronto me vi apretando la mano sucia de un moro que me miraba atónito.

Me lancé como una flecha contra la marea humana. Empujaba, golpeaba, desvariaba. No hubo forma. La cabeza se me había embotado. Me tomé un *arak*.

—Lo mejor que podías haber hecho era ir a la policía o a casa de

Blanche.

—Hablas como un niño. No tenía tiempo. A la policía… Cuando no conoces la lengua. Menudo lío. Era Beirut… Tenía un cuarto de hora por delante y necesitaba diez minutos para llegar al puerto. Me bebí dos o tres copas seguidas y me introduje en la *rue* El Borge. Me topé con la de Quíos, ¿la conoces?

—No, solo de oídas.

—La ciega. Debía de ser centenaria. Cuarenta años de puta y otros tantos de patrona. Ya fuera verano o invierno, siempre ante la puerta del burdel sentada en un taburete. Me reconoció por la tos.

»"Agáchate", me dijo.

»Me pasó la mano por la cara.

»"¡Ah! El zángano de las… Pero ¿por qué lloras?".

»La vieja, que en paz descanse, había perdido un hijo que se enroló voluntario en el 13, en la batalla de Emín Agá. Su hija había muerto a los doce años, de viruela. Una vez me había dicho: "Llámame madre. Mi Manolis ceceaba así, como tú".

»"Pero ¿por qué lloras?", insistió.

»Se lo conté con pelos y señales.

»"Ah, desalmado… hijo de perra, infame, ¿qué has hecho, hijo de turco?".

»"No es culpa mía", le dije. "Me voy, que se me escapa el barco".

»Me agarró por el cinturón y me zarandeó como a un monigote.

»"¿Y en mí no has pensado, desgraciado? En mí, que remuevo el mar y la tierra para encontrar un hijo… Me la habría llevado lejos de aquí. A la montaña. ¡La habría tratado como a una reina! Tendría una persona que me cerrase los ojos. Turco, más que turco. Insensible. Perdido… Que venga alguna a decirme que yo la he hecho puta. Yo las tomo grandes y con vocación, e incluso a estas las trato como a hijas. Y si aparece algún loco que quiere casarse con ellas, yo misma hago de madrina. Pero para qué pierdo el tiempo contándotelo, desdichado, si ya lo sabes". Continuó gimiendo y lamentándose: "Ahora ya no hay nada que hacer. La has empujado a la boca del lobo, pedazo de bestia". Y añadió, alzando los brazos al cielo: "¡Que los hombres te entierren y los demonios te desentierren! Hasta a la misma muerte se lo he de contar cuando venga a buscarme. ¡Maldita sea tu estampa!".

»Llegué al barco en el momento en que estaban izando la escala.

Cogí la guardia de ocho a doce en el puente. Vi el faro de Sidonia con los ojos empañados. El de Tiro creo que me vio morderme los puños de rabia y desesperación. Fue una guardia difícil. Tuve que hacer un gran esfuerzo para llegar al final.

»Cuando me relevaron, me dirigí al camarote y me acosté vestido. Noté algo duro al apoyarme en la cabecera. Un sobre grueso de papel sellado con lacre. Contenía trescientos cincuenta surís y una carta que olía a Quelques Fleurs:

> Nicolas. Me alegro de que hayas cambiado de idea. No te preocupes.
>
> La palomita no lo pasará mal. En cuanto vuelvas, ven a verme. Buen viaje.
>
> BLANCHE

»Me fumé un puro entero y dormí como un lirón. Trescientas cincuenta libras libanesas, Yerásimos, no doscientas. Te han informado mal. Tenía entonces veinticuatro años… y era más pobre que las ratas.

Se limpió el sudor que le chorreaba por la frente.

—Regresé veinte días más tarde y me dirigí a casa de Blanche. Estaba sentada junto a su proxeneta armenio en cojines de seda, tomando licor de almáciga. Se levantó y me besó en ambas mejillas. «Quiero hablar contigo», le dije.

»Auxencio se levantó y se fue. "Trae a la chica. Inmediatamente… Toma tu dinero", insistí, y le tiré el sobre a la cara.

»Sus diminutos ojos, sumidos en grasientos párpados, se agitaron. Se agachó con dificultad a recoger el sobre y me dijo entre risas: "La chica se ha ido a Damasco. Como protegida de un bajá. Menuda suerte. Está nadando en la abundancia. Yo salgo perdiendo, pero he multiplicado por diez mi dinero". Su voz se tornó brusca y ronca. "¿Qué quieres que te diga: gilipollas…, torpe…, honesto…? Era virgen. ¿No supiste calafatearla antes de enviármela?".

»No abrí la boca. Permanecí de pie escuchándola. Continuó hablando atropelladamente y bebiendo. Soltó una vulgar carcajada: "¿Sabes qué me dijo de ti? Que te examinara a ver si tenías…".

»Debí de ruborizarme. Blanche se arrepintió al instante de lo que me había dicho y trató de amansarme. Me llenó el vaso de *whisky*.

Quise marcharme, pero me lo impidió el vaso que aguardaba. La botella se vació en un abrir y cerrar de ojos. No sé…, no recuerdo cómo me encontré en la mejor habitación de la casa, a lomos de Adnan, una bonita drusa. Y también me gustaría saber cómo apareció el dinero de nuevo en mi camarote en el momento de zarpar…

»¿Tienes un poco de coñac o algo de alcohol?

—No.

—Censúrame al menos. ¿Por qué no hablas?

Se oyeron cuatro dobles de campana.

—Un momento. Espera que pase las consignas.

El oficial Panayís, un cefalonio de Lakithra, subió arrastrando la pierna. Yerásimos encendió la luz. La calva del oficial brillaba, roja y empapada de sudor. No tenía un solo cabello. Vestía pantalón caqui, zapatillas y camiseta de lana sin mangas. Era un gigante de sesenta años. Salieron los dos de la caseta del timón y se detuvieron junto a la cabina de radio.

—Lo dicho, Panayís.

—Pierde cuidado.

—¡Buena guardia! Vamos, Nicolas.

—Esperad un momento, hombre. Cinco minutos, hasta que se me habitúen los ojos a la oscuridad. Tengo que contaros una cosa.

Se bebió de un trago el café que le habían traído y encendió un cigarrillo sin decir palabra.

—Bueno…

—Pero ¿qué pasa?… Nos tienes intrigados.

—He tenido un sueño. ¡Un jodido sueño!

Tosió.

—Venga, desembucha —dijo el radiotelegrafista.

—Cómo empezar… No sé si debería contároslo. Pues resulta que he soñado… Me cago en la mar…, pues que me acostaba con mi madre, que en gloria esté. Después, no era mi madre, era mi hermana, que también está muerta. Mierda de oscuridad… Todavía no me he recuperado.

—Vaya —dijo Nicolas—. ¿Y eso era todo? Yo lo he soñado miles de veces. Es muy sencillo, tiene fácil explicación. Son las raíces que tienes en el vientre de tu madre y también en el pecho. De ahí has salido, ¿no…? Además, está el calor, este clima. ¿Qué cenaste

anoche?

—Un arroz con leche tan solo. ¡Ah!, y un bote de piña tropical.

—¡Ahí está! Yo, cuando ceno dulce a bordo, sueño que mi madre ha muerto.

—Yo también —murmuró Yerásimos.

—¿Tú también qué?

—Yo también he soñado que me acostaba con…

Hizo un gesto con la mano.

—¿Hay alguna iglesia ortodoxa allí a donde vamos? —preguntó Panayís.

—Ni idea —dijo el radiotelegrafista—, pero quizás haya una protestante.

—Para encenderle una vela. Hace cuarenta años que murió.

—Panayís, ¿me haces un favor? —le interrumpió el primer oficial.

—Si puedo…

—Cuéntanos en dos patadas la historia de la aleutiana.

—¡Uh! Hace cuarenta y cinco años de eso. Ya lo he olvidado.

—Lo que recuerdes. Para que la escuche nuestro paisano, que no la conoce.

—Bueno, que no se diga. Pero no me interrumpáis, que pierdo el hilo. Resulta que por aquel entonces estaba de marinero en un buque de la compañía Kupas. Era un crío. Atracamos en una de esas islas de allá arriba, para cargar cueros.

Se rascó la frente.

—No recuerdo cómo se llamaba… Kochka, Kichka o algo así. Aquello era frío. Meabas y se congelaba el orín antes de llegar al suelo. Menudo puertecito nos tocó. Tan solo unos hangares cubiertos de zinc. Era siempre de noche. Imposible dormir en la proa… Salimos unos cinco o seis cefalonios a dar una vuelta. Detrás de los hangares descubrimos una casita baja con un farolillo sobre un letrero donde rezaba: «*Spirits and wines, smoke and matches*». De mujeres no decía nada. Nos abrió un tipo embutido en ropa como un esquimal. Lucía unos enormes bigotes que sobresalían amenazantes de su rostro embozado. «*Sit down, sorrs*», nos dijo en tono insultante. Nos sentamos en unos bancos situados ante una mesa de fumador y le pedimos una botella de alcohol. El suelo estaba cubierto de viruta. En la pared, dos o tres estantes con

botellas cubiertas de polvo. Al subir a un taburete para alcanzarlas, se resbaló, pero consiguió que la botella no se le cayera de las manos. «La madre que os parió, pedazo de cabrones, ingleses, hijos de perra. Me cago en el mismísimo Métela[14]… La burra que os parió: a vosotros, a vuestra moneda y a vuestra bandera», soltó.

»Nos tiramos al suelo tronchados de risa. Al vernos, se quedó helado. "¿De dónde eres, abuelo?", preguntamos. "Que os lleven los diablos. De Cefalonia, ¿por qué?".

»Se desvivió por atendernos, pero no dejó de blasfemar ni un solo instante. Nos preguntó por los trescientos sesenta y tres pueblos de la isla. Había salido a los veinte años. Había rodado por todo el mundo y, ya viejo, terminaba allí sus días.

»"Aquí me he de morir", nos dijo. "No volveré a ver Dilinata. Me enterrarán en el hielo y no me convertiré en polvo".

»"¿Y por qué no regresas a nuestra tierra?".

»"¿Cómo queréis que regrese?", nos contestó. "Me cargué a tres en una noche".

»"La ley no puede hacer nada después de tantos años", le dijimos.

»"Yo, la ley, me la paso por el culo", gritó. "Cefalonia tiene su propia ley, y de esa no me escapo. La ley del acero. Yo no me muevo de aquí".

»Al día siguiente volví solo.

»"Alguna chica, Sísimos, ¿no hay forma de…? Estoy que reviento".

»Se quedó pensativo.

»"Aquí detrás hay un local, es el único. Una nativa lo hace por dinero. Su marido se va por la noche y regresa por la mañana. Así que tienes que llevar reloj para calcular la hora, porque en esta estación no hay día. ¿A qué hora zarpáis?".

»"Al amanecer".

»"Pues te queda poco tiempo".

»Lo encontré fácilmente. La chimenea estaba al rojo vivo. Una montaña de prendas de cuero salió a recibirme. Pedí una bebida. Había tres o cuatro cunas suspendidas de la baja techumbre. El llanto de un recién nacido surgió de una de ellas. La mujer la meció un poco, con una especie de rulo de madera, y dejó de oírse. Entonces la cuna vecina se puso a llorar. La mujer repitió la

operación, y cesó el llanto. Empezó la tercera a armar jaleo. ¡Unos gritos! Iba de una a otra sin parar. Transcurrió media hora antes de que se apaciguaran las cunas y pudiera traerme la botella que le había pedido. Puse en marcha un buen truco. Deposité de forma evidente cinco o seis dólares de oro sobre la mesa y fingí estar contándolos. Cuando se inclinó para servirme, distinguí su cara. Ojos rasgados y boca pequeña. Olía a grasa de ballena, pescado en salmuera y cuero sin curtir. Miró de reojo los dólares. Pasó un buen rato hasta que la hice comprender. Vaya, que me estaba tomando el pelo. Finalmente, se decidió. Entonces comenzaron a llorar todas las cunas a un tiempo. Se calmaba la una, y se desataba la otra. Comenzó a desnudarse. Un abrigo de foca, una chaqueta de cuero… Le di a entender por señas que sería mejor que se desnudase de la cintura para abajo. Se rio. Me dijo en un ruso rudimentario que para bajarse el pantalón amarillo encerado debía quitarse toda la ropa, porque estaba atado con unos tirantes fijos a la espalda y que unas tiras le pasaban por las plantas de los pies. En fin, un lío. "Haz lo que creas conveniente", le dije. Se desnudaba sin prisa alguna. Teníais que haber visto lo que era aquello. En una carreta de bueyes no hubiera cabido tanta ropa… Y, de pronto, oímos a lo lejos las campanillas de un trineo. "Mi marido", susurró temerosa, y comenzó a vestirse con una rapidez que me destrozaba los nervios.

»Las campanillas se alejaron hasta desaparecer. Comenzó a desnudarse de nuevo con parsimonia. Entonces las cunas volvieron a impacientarse. Entre las cunas, el campanilleo de los trineos que pasaban, tanto vestirse y desnudarse, el tiempo transcurría. Dieron las doce cuando se presentó ante mí como su madre la trajo al mundo. ¡Qué cuerpo…! Justo en el momento en que me disponía a acariciarla, la sirena del *Dorotea Kupas* empezó a dar breves silbidos. La aleutiana se echó a reír dando palmadas. Yo miraba alternativamente a la puerta y a la mujer. Sopesé un momento las cosas y me abalancé sobre ella. Las cunas vociferaban, los trineos parecía que pasaban ex profeso a nuestro lado, y el buque no cesaba de pitar. Y en aquel preciso momento, os lo juro por mi madre, ya fuese por el calor, ya por el peso de la nieve que se había acumulado encima del techo, una viga se tronchó como un pepino y me pasó rozando el hombro. Acto seguido se abre la puerta de un empujón y aparece Sísimos: "Lárgate de aquí cuanto antes". Y

volviéndose hacia Kurila, que se tapaba la entrepierna con un trapo, añadió: “Y tú vístete, so zorra, que llevo tres horas invitando a tu marido en el bar”.

»Fue tal la bronca del capitán que aún la recuerdo. Solo le faltó levantarme la mano. Bueno, ¿ya os habéis quedado contentos?

—Otras veces lo has contado mejor, Panayís —dijo el primer oficial—. La descripción de la ropa era para morirse… Te estás haciendo viejo.

—Y da gracias de que todavía me acuerdo. ¿Os he contado la del camarerito? Esa es corta.

—Cuenta, cuenta —dijeron los dos.

—Bueno, pues ahí va. Estaba de capitán en un paquebote. Hacíamos la línea golfo de Ambracia - Islas Jónicas. Una noche, junto a las Oxiés, con un tiempo de perros («con siroco o levante, lejos de Pylaros y de Zante», como suele decirse), no habíamos visto ningún faro, y estaba con el segundo de a bordo en el puente esperando que clareara un poco cuando oigo unos gritos, un follón de órdago que provenía de la claraboya de la primera clase. Bajé sigilosamente y me detuve en el pasillo que da a los camarotes. Los pasajeros gritaban: «¡Camarero! ¡Camarero!». Y en una esquina veo al camarero de guardia, un novato del mar, tirado en el suelo vomitando y gritando: «¡Pasajeros! ¡Pasajeros!». Al verme se asustó: «No me despida, capitán, no me despida, que tengo a mi madre viuda… Ya me acostumbraré». Yo le dije: «Está bien, no te voy a despedir. Pero dime una cosa: ¿por qué llamas a los pasajeros?». A lo que él me contestó: «Pues por lo mismo que me llaman ellos a mí. Ayuda, necesito ayuda, igual que ellos, mi capitán».

»Hablaba con acento corcireo.

—Bueno, que te sea leve. Y si te hacen alguna trastada los de máquinas, avisa al capitán. Hemos avanzado dieciséis millas en cuatro horas. Esto parece una tortuga.

—Voy a llamarlo —murmuró el viejo—, ¿por qué no? Tú búrlate, Yerásimos, no importa. Antes lo llamaba *pa* que me hiciese café, y ahora *pa* que me dé órdenes.

—Lo tuviste de marinero, me da la impresión.

—Sí, en un barco de los de la compañía Veyas. Marinero… Un vago de primera, eso es lo que es. Tarda tanto en levantar un pie que, cuando termina de hacerlo, ya le huele el otro. Menuda bestia

parda está hecho. Nunca ha aprendido a hacer un nudo ni un lazo. Siempre se ha sonado la nariz con los dedos, como ahora.

—Dicen que también lo hacía por detrás —dijo el primer oficial.

—Ah…, esas cosas no me las preguntéis a mí. No tengo ni idea. Ni tampoco lo he seguido nunca al pederasta ese. Fijaos. Hace un sol de cojones. Vamos a tener un día caluroso. Que os vaya bien. Gracias por la compañía.

Descendieron la escala y se detuvieron en cubierta.

—No enciendas otro —dijo el segundo de a bordo—, pareces una chimenea. Vámonos a la cama.

—Bueno, ¿y qué? —dijo el radiotelegrafista mirando hacia la chapa del puente.

—¿Qué de qué?

—Pues de la chica de la que hemos estado hablando…, la de Beirut.

—¡Ah! Sí, es verdad. No es culpa tuya. Perdona, no caía.

—Nada, hombre. ¿Tienes sueño?

—Un poco…, ¿por qué?

—Por quedarnos aquí, se está más fresquito.

—¡Qué moral tienes! Vamos a terminar hechos polvo. Mala cosa es quedarse en vela. Y sobre todo en estos mares. Mortal.

—¿Te da miedo la muerte?

—Como a todo el mundo.

—Yo tengo curiosidad, ¿cómo será?

—A estas horas me vienes con eso… Ya lo comentaremos a media noche.

Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo:

—Bueno, dime… ¿Volviste a ver a la chica? ¿Te la has vuelto a encontrar?

—No… Nunca.

—Bueno, me voy.

El radiotelegrafista se quedó solo, encendió un cigarrillo y le dio una profunda calada. Un sudor frío le recorrió la frente. Se agachó, pasó la cabeza por la batayola, se introdujo dos dedos en la garganta y vomitó en el mar…

SEGUNDA PARTE

SEXTA GUARDIA

Portrait of a man
À la comtesse Ariane
de Jacquelin Dulphé

No se ve más allá de un metro, medio metro, no se ve nada, menos que nada. Hoy ha aparecido pronto. La bruma tiene su propio olor, como la tormenta, el tifón o la tempestad de cada estación. ¡Cómo huele! Me invade la nariz, pero no puedo explicártelo… ¡Judith! Diez mil millas te separan de Gomel y cinco de mí. Respiras el sudor de Tasman. Estoy seguro de que has olvidado aquella noche en la cubierta del *Cyrenia*, junto al faro de Miy. La noche era tu atuendo. Tu vestido escarlata arrastraba como un harapo a tus pies, tus delicados pies calzados con sandalias fenicias. Le diste una patada y fue a perderse en el canalillo verde, detrás de la barca. Solo se mueve el verde de tus ojos.

—Ponte la ropa. Tápate. Haz el favor de ponértela.

—Se la lleva el monzón. ¿No ves?

—Eres como la hoja de una espada china.

—Busco mi funda.

¡Judith!… Todas las cosas tienen su propio olor. Las personas no lo tienen. Se lo roban a las cosas. Tus cabellos rojos huelen como la bodega de la *Pinta* al regresar de su primer viaje. Las estrechas calles del gueto…, *streets are not safe at night. Avoid all saloons*. Chagall: el Gran Rabino.

—¡Torpe! Bésame.

—En otro momento. Cuando encuentre mi sabor.

—¿Lo has perdido? ¿Dónde?

—En las Barbados… Sobre la arena. Lo olvidé en los labios de una negra.

—Bueno, entonces muérdeme tan solo. Que sienta dolor.

—No tengo dientes. Me los he dejado en un mango verde no muy lejos de aquí, frente a Cochín.

—Acaríciame.

—Judith… Con qué manos… Perdí el tacto sobre la desteñida seda de un sillón en un burdel de Iquique… Por esos lugares. Junto con un zafiro…, un gran zafiro.

—Entonces, mírame a los ojos. ¿Por qué los mantienes clavados en el suelo? Mírame…

—No son míos. Los míos los lleva un viejo mendigo de Volos. Nos los hemos cambiado.

—Mírame con los suyos.

—Era ciego. Lo llevaba una niña de la mano.

—Deja que te lleve yo también de la mano.

—Sí.

—Vámonos, tengo frío.

—Espera que te cuente un cuento.

—No quiero. Vámonos.

—Dentro hace calor. El ventilador se ha estropeado. Apesta a farmacia. Las sábanas están mugrientas. La palangana, sucia. Un escorpión corre por las paredes. Tengo miedo…

—¿Del escorpión?

—De ti.

—Vamos, te digo.

—Déjame. Continúa hablando.

—Bueno… El viejo Yekhou era el único que no dormía. Estaba leyendo junto a la lámpara de cristal ahumado. Leía el gran libro. La puerta cedió ante los culatazos. Yo tenía doce años. No tuve tiempo de peinarme mi pelo rojo. Eran doce, con cruces negras en el brazo. Borrachos. Entonces… Ante mi madre, ante el viejo Yekhou que rezaba con los ojos cerrados.

—¿Los doce?

—No recuerdo. No he vuelto a acercarme a ningún hombre. Sin embargo hoy… No porque me gustaras. Simplemente, siento curiosidad. Vamos.

—Mañana, en Colombo.

—Ahora.

—Dame la mano. Vas a tropezar. Hay un escalón. No enciendas la luz… ¿Sabes?…, estoy enfermo.

—No me importa.

—Escucha… Es como si rompiéramos un juguete para encontrar el resorte.

—Quiero vestirme con tu piel. Robarte algo yo también.

—Haz lo que quieras. Roba lo que encuentres. Solo quiero que me lo muestres.

Y así ocurrió. Como aquella vez en que acaricié, sin que me vieran, un desnudo de Pascin ante tres vigilantes del museo.

No se ve ni a un palmo de la proa, se queja el primer oficial. No hay forma de que despeje. Gruñe y escupe. El cigarro está húmedo y no prende. A intervalos tira del alambre de la sirena, y la chimenea vomita un rugido. Cinco segundos. Después cincuenta y cinco segundos de silencio.

Aguza las orejas a derecha e izquierda, al frente. Se las tapa con las manos. Hay otra chimenea que llora de un modo casi imperceptible. Polijronis, el imaginaria, está de pie en el extremo de la proa; cuando la sirena del *Pytheas* se detiene, grita a través de la bocina. Cada vez está más cerca… Lo oigo un poco a estribor ahora.

De nuevo la sirena, seguida de un silencio mortal. Y el mugido del otro, que avanza hacia nuestro encuentro.

—Mantente alerta —grita al timonel—. Cuando te diga «todo a babor» o «todo a estribor», viras con todas tus fuerzas, ¿entendido?

—Sí.

Está meditabundo. Para colmo, Diamandís está enfermo. Tiene fiebre. ¿Quién le mandaría contagiarse el mal francés…? No sabe la suerte que tiene con los nuevos medicamentos… Tira del alambre. Lo suelta… Nuevos. Y nosotros, mira que no tener nada nuevo a bordo. Todo está podrido. De la misma forma tocaba la sirena mi abuelo cuando había bruma. Radar, sonda… Eso no es para nosotros. Nos llaman valientes… Diamandís se puede librar todavía, pero nosotros estamos podridos. El mercurio…

Vuelve a tocar la sirena.

Tumbado sobre su litera, Diamandís tiene miedo. Está cubierto de granos. ¿Será el calor? Pero ¿y la fiebre? Oye la sirena. Recuerda a la mujer, el vestido blanco que se arremangó, sin siquiera llegar a quitárselo. El vello rizado de su vientre. Tira de la sábana empapada y la aparta con el pie. Los ojos de la mujer eran inocentes y afables. El agregado sonríe y se tranquiliza. «Si tuviera algo, me lo habría dicho, como la chica de Lomé». Su madre, maltratada por la vida y enlutada. Fuera, junto a la tinaja de la albahaca, estaba apoyado el macuto de marinero repleto hasta los topes. Su hermana cortó un clavel y se lo dio. Después se retiró. Su madre no lloró. En aquella isla, las mujeres no lloran nunca delante de otros. Cuando lloras, es como si te desnudaras, o algo peor. Lloran por la noche,

cuando se agota el aceite del candil y la mecha chisporrotea. Cuando el olor del aceite quemado se agarra a la garganta. «Diamandís», le dijo al oído con su voz áspera, «mucho ojo… Toma tus precauciones…». Cargaron el macuto en la carreta. Al dejar atrás la última casa del pueblo, comenzó a llorar.

¿No será sarna?… Dos días más. Todo me sale mal. Mar gruesa al frente, no le dan velocidad…, y ahora la bruma. De aquí en adelante tendré mucho cuidado. Obtendré el diploma, casaremos a la pequeña…

Miró al techo. Hay una juntura que va inclinada hasta la chapa. Cierra los ojos… Si los clavos son pares, no tengo nada.

Uno…, dos…, cuatro…, ocho…, doce. Par. A ver si me he equivocado… Vuelve a contar… Doce. Correcto. Sonríe.

Se levanta y va al lavabo. Anda desnudo. Como su madre lo trajo al mundo. El agua está cortada a estas horas. La darán por la mañana, de ocho a diez. Sabe que no hay agua. Aprieta el grifo con fuerza. Se tumba un rato sobre la litera. Vuelve a levantarse y endereza la fotografía de su padre, que está un poco ladeada. Vuelve al lavabo. Se sube de pie sobre la litera y cuenta uno a uno los remaches, tocándolos con la mano. Doce… Una vez más.

Se deja caer boca arriba y se adormece con la luz encendida.

El oficial Panayís se revuelve en la litera. Oye la sirena: ¡bruma! Como la otra vez. Si dijeras que me había ausentado del puente… A mear había ido, y no había empezado aún, cuando chocamos con el holandés. Ah, tú has chocado, te dicen ellos… Si hubiera tenido a Yerásimos de segundo…

Tendido así como está, tantea el suelo con la mano que le cuelga. Coge una botella, se vuelve de lado y orina.

Busca algo en la pared. Ah, míralo. Se oye repicar una débil campanilla. Uf, todavía tenemos tres horas por delante. Comienza a roncar.

—¡Recto al frente! —grita Polijronis desde la serviola—. Se está acercando.

—Todo a estribor —ordena el primer oficial al timonel, y da un toque largo de sirena [15].

—Atento.

—El timón está todo a estribor —responde el timonel.

La sirena del otro resonó ronca y se fue perdiendo. Ese meapilas

ha ordenado también «*All starboard*».

—El gobernalle, suelto. No vayan a chocar las popas.

—El timón está en el centro —responde el timonel.

—Pero mira cómo se está poniendo de oscuro. Parece una isla. A babor el timón.

—¡A babor!

—Hasta la próxima, Zanasis. De esta nos hemos librado. Y este trasto, sin radar. Lo reservan para los paquebotes. A la tripulación, que le den dos duros.

Se seca la frente con el reverso de la mano. Enciende un cigarrillo. No durará mucho…, despejará al amanecer.

—¡Teléfono! Oficial Yerásimos.

—Sí… ¿El parte? ¿Que está despejando? Ya lo decía yo. ¿Tienes trabajo? Vale… Estoy empapado… ¿En Kifisiá[16]? ¡De lo que se acuerda ahora! ¿Estás en tus cabales?… Sí, debe de hacer fresco…, mejor para ellos. Bueno, pues ásate en tu jugo, negro. Hasta luego.

Vuelve a tirar del alambre de la sirena. ¿Cuándo *vi* a poder descansar un minuto? Un plato de col… Cavas un poco, plantas y la ves crecer. Siempre el mar…, siempre guardias… No es normal. Ni que fuéramos peces, ¡me cago en la…! Y, al final, te amortajan en una vela, y ¡paf!, al agua por la popa. Sin cura ni *na*. Si me muero, dicen, qué más me da que me coman los tiburones, total no voy a sentir *na*… ¿Qué sabrán ellos? Volvió a tocar la sirena. Entonces, ¿por qué encienden cirios?, ¿por qué dicen misas? El canalla de Nicolas dice «yo creo cuando tengo miedo». Me la paso por el culo, yo, su fe.

Polijronis vino y se detuvo junto a él.

—¿Por qué has dejado la serviola?

—Para hacer un café y relevar a Zanasis.

Está todo en calma. No se oye a nadie.

—Bueno, venga, date prisa. Y tráete un poco de torrefacto para mascar.

Vuelve a tirar del alambre. Y una mujer… Tú, tumbado, fumando; y ella, de acá para allá, cantando como un ruiseñor, refunfuñando. Déjale que diga. Las mujeres son criaturas fieles. Un regalo de Dios. Suelta el alambre y se apoya un momento sobre el teléfono de cobre.

—¿Qué has dicho?

—El café.

—Déjalo ahí. Zanasis, toma, masca algunos granos, no vayas a dormirte. Da una voz de vez en cuando. Y tú, Polijronis, atento al timón, que estás como una cabra.

Vuelve a tirar del alambre y reflexiona.

La cabina de radio crepita debido a las interferencias, que tan solo el llanto de la chimenea consigue amortiguar. Entre el ruido y el calor, no hay quien esté.

El radiotelegrafista sigue sentado ante el receptor, con los codos apoyados en la mesa y las palmas sobre los ojos. El receptor habla su propia lengua. Una veintena de barcos emiten y escuchan, a quinientas millas a la redonda, las estaciones de la costa.

«*De UJR…… Man overboard…, aproximate position please all ships in vicinity keep sharp look out…*
XXX [17]
». Lo anotó en el Diario. Sonrió amargamente. *Keep sharp look out*. En plena noche y con bruma. Y aunque fuera de día… ¡Despídete! Se ha metido directo en la boca del tiburón. Ese es el destino del marinero. Una vez nos siguió uno desde Suez hasta Adén, y otro desde Adén hasta Colombo. Y el que ahora nos sigue y nos abandonará en las cercanías de Shandong, muerto de hambre, nos alcanzó en Sabang.

—¿Y cómo sabéis que se relevan a cada escala? —me preguntó irónicamente un tipo del interior—. ¿Los distinguís por la corbata?

Pobre idiota… Pues de la misma manera en que tú reconoces a lo lejos el tranvía que te lleva a tu casa.

Una vez vi el corazón de un tiburón que habíamos pescado en un carguero, lo habían metido en un cubo de agua salada y daba tales estertores que nos empapó a todos. Media hora duró el juego, hasta que se fue aplacando el ritmo y dejó de latir. Verlo para creerlo.

«*Man overboard* [18]», vuelve a retransmitir.

Espera un momento, se ha caído de un barco indio. Debe de ser un negro. Entonces, está a salvo. Solo por equivocación atacaría un tiburón a un negro.

Acuérdate de los jóvenes negros de Adén, de Yibuti, que nadan entre los tiburones, pegados a ellos.

—Pero, por la noche, ¿cómo los distingue?

—Por la noche, marinero de agua dulce, el color se distingue por

el olor. Cuando pesques un tiburón, nunca lo subas vivo a cubierta. Puede matarte, abrirte en canal, causarte todo tipo de destrozos. Estate atento y dale un buen golpe en la cabeza. Ven que te diga una cosa al oído, pero no se la cuentes a nadie, que se reirán de ti. Con un cubo de agua dulce puedes aplacar al más salvaje de los tiburones. Puedes matarlo. Échaselo a los ojos y a la boca. Nunca se acerca a los ríos. Ni tampoco a sus desembocaduras. Te deja en el momento en que ve agua turbia.

—¡No puede ser! Entonces, ¿por qué en Basra, en el río de Chat el Arab, los blancos no nadan fuera de la red metálica?

—Porque es un *stream*, tonto, una corriente marina que llega hasta arriba y la siguen. ¿No me crees? Haz un viaje hasta allá y lo comprobarás con tus propios ojos.

«Adoro las gaviotas», me dijo una vez una linda muchacha, «son pájaros orgullosos».

Qué dices, mujer… Son de tierra, como tú. Se adentran en el mar para comer. Pero, en cuanto presienten tormenta, vuelven a refugiarse al puerto. Cuando el delfín juega con la proa de los barcos, se agrupan en bandada y se le tiran a los ojos, lo despedazan y se lo comen… Son pájaros de antepuerto.

Conozco pájaros como tu dedo meñique, que te encuentras en pleno océano y no consienten en descansar en el mástil. Yo, en tierra, me mareo. El viaje más difícil, el más peligroso, lo hice sobre el asfalto, desde Sintagma basta Omonia[19]. He vomitado en el Líbano, como los del interior cuando sopla el meltemi[20]. Os damos pena porque no tenemos casa, porque caminamos con las piernas abiertas, porque en el puerto vamos con las camisas arrugadas y la ropa sin planchar. Me alegro por vosotros. Lecho seguro y sueño tranquilo. Café y periódicos en la mesilla de noche. Excursión los fines de semana, con las tradicionales albóndigas; pero no cambiaría mi trabajo por el vuestro ni por un solo día.

«Cuéntenos algo de sus viajes…». Cuántas veces lo he oído. ¿Y para qué? ¿Para reírse y darse codazos?

El primer oficial toca la sirena. Es un buen marino. Mira al frente, siempre al frente. No te mira a los ojos. Te pregunta algo y está atento a la mar.

—Dime una cosa —me espetó anteayer de repente—, ¿dónde crees que está enterrado tu padre?

—¡Y yo qué sé! Estaba embarcado cuando murió.

El niño de Manchuria… Cuando fue por primera vez, a los diecisiete años, a Tianjin, los chinos del lugar dejaron de pronto de fumar opio y, sin embargo, estaban más colocados que antes. ¿Qué les daba para beber? El proveedor de Kuropatkin… Una noche lo llevaron a rastras a su tienda de campaña. Encima de la caja que hacía de mesa, en medio de una barra de pan, apareció una cucaracha enorme, como una bola.

—Te haré fusilar antes del amanecer.

El proveedor cogió el cuerpo del delito con la mano, se quedó mirándolo, se lo llevó a la boca y lo engulló.

—Era una pasa, excelencia, una pasa de mi isla.

Kuropatkin se tragó la carcajada con más dificultad que mi padre al bicho.

—Vete… Pero la próxima no te libras.

La baraja hablaba entre sus manos. Perdía una cervecería en Lao Yang y ganaba una panadería en Mukden. Volvió en 1920 con el ejército de Wrangel, con un billete de cinco mil en el bolsillo y una caja de caramelos. Empezó a viajar de un lugar a otro… Constantinopla, Esmirna, El Pireo, Alejandría, Brindisi… Una noche llegó con una carretilla cargada de bolsas con monedas. Nos repartió un puñado a cada uno. Al cabo de un mes, nos las pidió. «Dádmelas, canallas, que os las devolveré convertidas en lingotes de oro…». Mi madre meneaba la cabeza. Cuando cumplí los dieciocho años, le dije que quería ser marinero. «Hazte lo que se te antoje», me dijo, «menos rufián o maricón…».

Se quedó algo pensativo: «Hay maricones que son valientes, íntegros. Pero un rufián íntegro, eso no se ha visto nunca».

Un día antes de morir le metió mano a la enfermera que lo atendía.

—Espera un momento, Yerásimos. Dios mío. ¿Dónde está enterrado? Me va a estallar la cabeza… La caja se quedó olvidada en una ouzerie[21] en Ai Dionysis… Se le pagó a un enterrador complaciente para que le construyera una nueva. La madre estaba esperando en el portalón del barco para transportar a su hijo al plácido cementerio de Cefalonia. Adivinó el cambio, pero se calló. Nunca preguntó nada. Los ocho años pasados en China la habían enseñado a callar.

Ya me gustaría a mí que se olvidaran de mis huesos, pero en un burdel. Y que las mujeres los usaran como cánulas para sus lavativas, como boquillas de fumar o silbatos.

—¡Deja ya de tirar de ese maldito alambre! ¿Quién será el lascivo pope que me confiese? Gerolymos de Zola. Cuántos años… En Dili, en Kupang… No. En Bali. En alguno de esos puertos donde atracamos con el *Argonauta* por culpa de una avería en el timón.

Otro mensaje… «*TTT… Medical advice…, sailor of twenty five…, fever forty one…, probably of contageous water…, any ship with doctor please advise…*». Lo ha recibido Macao. «*As… QRX* [22] ».

Tengo sed. ¿Qué diablos me pasa? Igual que cuando estaba en el *City of Djeda*. Un timonel había enfermado de tifus. Veníamos de Bombay. Lo habíamos aislado en una cabina de proa. Dos marineritos se relevaban de noche para vigilarlo. Me tocó la guardia de las dos de la madrugada. El monzón en toda la proa. Le puse una inyección de alcanfor y le apliqué compresas de vinagre en la frente. Estaba tranquilo. Pasó mi guardia, y nadie vino a relevarme. El viento había arreciado. Toneladas de agua corrían desde el castillo de proa hasta la alberca. Le cambié la compresa de Reginald. Tenía la frente helada y sonreía con los ojos totalmente abiertos y la boca torcida. Aunque hubiera podido abrir la puerta, no habría conseguido salir. A veces tenía la sensación de que parpadeaba o de que movía los labios o agitaba una mano. Entonces bebí por primera vez en mi vida. Le eché azúcar a una botella de alcohol puro. Un remedio para el miedo…

Esta noche otra vez… ¿A qué diablos puede oler esta bebida? ¿A qué me recuerda? Parece como si oliera a *arak*. Así apestaba la boca de Blanche…

—¿La has vuelto a ver?

—Sí, doce años después, también en Beirut. En el *Corinthia*. Vino a la puerta de mi camarote. Me abrazó y me besó en las dos mejillas, como acostumbraba. Me dio la impresión de que se le trababa la lengua. Pensé que estaría borracha.

»“Te he traído a mi hija. ¿Recuerdas que jugabas con ella cuando era pequeña, y que un día se te meó encima?… Aquí está”.

»La pequeña se puso colorada. Tendría unos dieciséis años. Llevaba la gran cofia blanca de las hermanas de San José.

»“Voy a ver el barco”, nos dijo, y se fue.

»Blanche se echó a llorar. Era la primera vez que la veía llorar y estaba perplejo.

»“Se me va… Va a ingresar en un convento de Pau. Las hijas de perra le han lavado el cerebro. Se debe de haber enterado de algo… Le he sacado un billete de primera, pero sin camarote. El barco va hasta los topes. Por nuestra vieja amistad, Nicolas, haz lo que puedas por acomodar a mi niña. Que no sufra durante el viaje. ¿Has visto lo delgada que está?”.

»“Dormirá en mi camarote”, le dije. “¿Eso es todo?”.

»“¿Y tú?”.

»“Yo… ya me las arreglaré”.

»Me cogió las manos y me las apretó. Lloraba con desesperación. La pintura se le había corrido y le chorreaba por la comisura de los labios. Se desplomó sobre la cama.

»“Mujer…, ¿por qué te pones así? Cuando te apetezca, te vas a verla. A lo mejor se arrepiente y vuelve. Anímate un poco”.

»Entonces, Blanche, la propietaria de la casa de los espejos de Beirut, de otra casa en Alepo y una tercera en Damasco, que, cuando levantaba sus gruesos brazos, cinco filas de pulseras de oro tintineaban en cada una, cuya fortuna se estimaba en veinte mil libras de oro, la Blanche que podía hablar día y noche sin fatiga, se incorporó con dificultad, se puso cerca, muy cerca de mí, me miró a la cara y sacó la lengua afuera, lo que le quedaba de ella, lo que había dejado el radio y la enfermedad.

»No me retiré ni un centímetro. No mostré la menor turbación.

»“¿Por qué no vas a París?”.

»“De allí vengo”.

»“Te vas a curar”, le dije. “Se han curado tantos…”.

»“Déjate de consuelos”, me interrumpió. “Solo una cosa te digo. Si es pecado que las mujeres vayan con los hombres, entonces me está bien empleado un castigo tan terrible. No puedo más”.

»Se santiguó.

»“¿Y la casa?”.

»“La he cerrado. Hace dos meses. Le dije a Vera, ¿la recuerdas?, que se la quedara, pero no quiso”.

»“Vera, ¿dónde está Vera?”.

»“Murió. Hace ahora un mes. Tomó curare. Tenía una mala vejez

y era pobre…, pero llena de orgullo. Ni un plato de comida aceptó de mis manos. Me odiaba". Se detuvo un momento. "¿Tú también me odias?".

»"¿Yo? Si no hubiera sido por ti, aquel día, con la mercancía…".

»"Me sigues guardando rencor, por la de Mitilene. No fue culpa mía. Ella sola se lo buscó. La puse en la cocina y me la encontré encamada… Ella lo quiso. Te hice sufrir entonces".

»"Escucha, Blanche, ya no me acuerdo de nada de lo que dices. Auxencio, el armenio, ¿sigue contigo?".

»"No, se marchó. Qué más da. Era un canalla… Bueno, cuídamela como a la niña de tus ojos".

»"Pierde cuidado. La trataré como si fuera su hermano. Su padre".

»Me agarró la mano e hizo ademán de besármela. La retiré inmediatamente.

»"Has dicho 'como un
padre',
¿eh?, lo has dicho". Se inclinó y me dijo al oído: "Me voy… ¿Te puedo dar un beso o te repugno?".

»Cogí su cabeza entre mis manos y la besé en la boca. Lo uno por lo otro…

»"Me marcho. Voy a despedirme de mi hija".

»Observé la escena desde lejos. La chica recibía sus besos con la mirada puesta en otro sitio. Indiferente, sin llorar. El altavoz gritó: "*All visitors ashore*".

»Bajó la última. Había anochecido. Pasó entre policías y aduaneros que la saludaban sonrientes con el látigo en la mano. Vi su coche desaparecer entre los cobertizos de la aduana. Su hija reía jugando con dos niños. Anocheció y se encendieron las luces de Beirut. Los fenicios…

El sonido de la sirena, la humedad, el calor y la fatiga se mezclan.

Desnúdate. Te daré la bruma por vestido… Beberé otra copa a la salud del mar… A la salud de la sirena que llevo tatuada en el brazo. Cada noche salta al piélago y me pone los cuernos con Poseidón. Vuelve por la mañana cuando estoy durmiendo, rebosante de algas y de ortigas marinas. Cuando permanecemos en tierra un largo espacio de tiempo, se marchita y pierde sus

colores… Una casita en el campo. Y dormir una noche cada dos años. Sin ninguna mujer al lado. Por la mañana, hacerse a la mar… Nuevamente, el vaivén del motor, el olor a lejía y a barco, el cocinero que se corta las uñas con el cuchillo de cocina. Siempre de guardia, la litera repleta de chinches, las reparaciones, el olor del minio, del alquitrán hervido, el pozo negro, el agua turbia en el cubo. Agua con pelos de león, agua fluvial, infestada de cocodrilos, palabrotas en la mesa, el arroz con leche quemado, blasfemias a guisa de saludo, la enfermedad de la chatarra. Relevo de guardia tirándote del dedo gordo del pie. Levar ancla. Echar ancla. Encrucijada…

Relevo de guardia. A cargar baterías. ¿Una copa?… *A la Gassa de Lautrec*. Y ahora música. Canción de China. Vayamos más atrás. *El Bolero*, de Ravel. Una mosca revolotea dentro de una bola de cristal que cambia de color. Europa de mierda…

¿Quién me perdonará?… Alevisos, en Kupang… No… Lleva años enterrado en Bali.

Hicimos escala con el *Argonauta* a causa de una avería en el timón. No tenía más de diecisiete años. Era de día. Me estaba afeitando en mi camarote. A través del hueco de la puerta veía las palmeras inmóviles y una luz que bañaba el mar y la tierra. Una luz que volví a encontrar años después en Delos, también al amanecer… ¡Bali! Llegaba hasta el barco un sonido como de flauta dulce.

—Busco a un hijo de puta…, un cerdo…, un cabrón…, un ratero como yo, a un paisano.

Una voz desconocida. Salí a medio enjabonar.

—Soy yo —grité—. Aquí estoy. ¿Qué quieres?

—Quiero… Quiero, tonto del culo, ajo y orégano. Y, si puede ser, un poco de perejil. ¡Enseguida!

Se los pedí al camarero y me los dio. Lo tomó todo en sus manos y se lo llevó a la nariz. Suspiró. Era bastante viejo, enjuto, con unos grandes bigotes castaños ahumados por el tabaco y unas cejas en guerrilla que le ocultaban los ojos. Llevaba una camisa de seda beis sucia y usada, y una vieja gorra colonial.

—Pasaré a recogerte al atardecer y te llevaré a cenar a mi granja.

—No —le dije.

—¡Ojalá te pique una víbora entre los ojos [23] ! Estate listo.

Vino antes de anochecer.

—¿Estás *ready*?

—Sí, espera que coja una botella de *whisky*.

—Y llévate también un cuerno quemado. Venga, vamos.

Nos montamos en una barca alargada y estrecha. Introduje la mano en el agua y me mojé la frente. Lo volví a hacer.

—¿Qué haces, pedazo de buey, animal de bellota? Métete las pezuñas en el bolsillo si no quieres quedarte manco. Hay peces espada por aquí.

Desembarcamos.

—Vamos andando, que veas el lugar.

Por el camino, los nativos lo saludaban sonrientes:

«Me cago en tu padre, Alevisos», decía uno… Y «en tu puta madre», espetaba otro… Y «en todos tus muertos», un tercero.

Él respondía en el mismo tono o peor aún. Me eché a reír.

—No te rías, desgraciado, porque te devuelvo *ipso facto* al lugar de donde vienes.

Según avanzábamos, una bandada de cuervos revoloteaba como tullidos pescadores de esponjas y venían a posarse a nuestros pies. Se agachaba y los acariciaba. Pasamos un puentecito de madera y llegamos a una gran finca en cuyo centro se encontraba un deteriorado bungaló. Había anochecido. Tres jóvenes muchachas en cueros salieron a recibirnos a la puerta. Me detuve a mirarlas. Me dio un brusco empujón y caí sobre una mecedora. De repente, una serpiente enorme cayó desde el techo sobre mis rodillas. Lancé un grito.

—Cagón, más que cagón… Jristodulos, ven a comer. —La serpiente se enrolló en el cuerpo de Alevisos—. Es mi niña, la tengo desde hace quince años. Duermo con ella…

Las muchachas trajeron unas palanganas grandes y nos lavaron los pies. Nos sentamos a comer. El pollo se me hacía una bola en la garganta, no podía dejar de mirarlas a hurtadillas.

—Come, hombre, y después te las tiras a las tres. Pero, primero, atrácate, que tengas fuerzas.

Un papagayo completamente blanco, con la cresta amarilla, se paseaba por la mesa y se ensuciaba en el mantel a cada instante.

—¿Te da asco? —me preguntó—. Si quieres, lo echo. ¡Fuera de

aquí, Dionysis, pájaro loco!

—No —le respondí—, déjalo. Pero ¿por qué no habla?

—Está de morros desde esta mañana. Le zurré con la cuchara porque estaba acosando a Jristodulos. ¿Te gustan los mangos?

No respondí porque el pezón de una de las jóvenes, al inclinarse a servirme, me hacía cosquillas en el ojo.

Después de comer, vino el café, y encendimos un puro.

—¿Quieres salir a dar una vuelta? En el pueblo las hay más guapas que estas.

—No, tengo sueño. Mejor nos acostamos.

Me tumbé y esperé un poco. Vinieron las tres, tal y como me había dicho. Fuera se oía una flauta, interrumpida de vez en cuando por un rugido. Una o dos veces percibí un largo silbido. Las chicas, asustadas, se pusieron de rodillas… «*Naya… Naya…*».

Tumbados los cuatro boca arriba, nos pusimos a fumar mirando las estrellas, que penetraban por los ventanales y descendían tan abajo que podías cerrar la palma de la mano y jugar a pares y nones con ellas. Entonces Namila comenzó a cantar. Loana, a tocar un instrumento que yo no podía ver. Talora fumaba y callaba. A ratos le acariciaba las rodillas. Algo más tarde se durmieron. Me levanté y me dirigí a la habitación de Alevisos. Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un colchón y mordía una pipa de coral negro que no tenía tabaco. Una lámpara de aceite con tres mechas ardía a su lado. En la mano tenía un almanaque de 1912. No llevaba más que los calzoncillos. Una cadena de bronce en torno al cuello rematada por una medalla, se perdía entre sus ingles. Tenía las piernas largas y delgadas, como varas. A su lado, en un cojín de seda, dormía la serpiente. Del techo y de las paredes colgaban pulpos secos y pescados en salmuera.

—Bienvenido sea el lucero —me dijo—. Debes de tener sed…, y con razón. Te has desenfrenado con ellas. Dale una patada a una y dile que traiga bebidas, piña y mango.

—Están durmiendo —le respondí—. No está bien despertarlas.

—¡Ah, las muy bribonas! —Rugió Alevisos—. ¿Y te dan pena, animal de bellota?

Comenzó a dar gritos. Se presentaron, aturdidas, en la puerta.

—¡Agujeros sin fondo! ¡Piara de cerdas! ¡No os secaríais ni saltando por encima de todas las hogueras de San Juan!

Trajeron fruta, tan perfumada que te producía vértigo.

—Cuando lleguéis a Grecia, mándame algunos libros… Libros de iglesia y una estola.

—¿Cuántos años llevas aquí, abuelo? —le pregunté.

—Desde el tiempo de Maricastaña… Cincuenta. Y déjate de interrogatorios, porque no vas a sacar nada en claro. No vayas a creer que me he exiliado en estos lares por culpa de una mujer. Ja, ja, ja.

Comenzó a toser a causa de la risa.

—Mira que eres gilipollas. Las mujeres no cuentan. Son simples agujeros. Agujeros y nada más. Anda, vete a dormir como un lirón unas cuantas horas, que no me gusta tu jeta. Estás verde como una sabandija.

—Me ha afectado el clima —dije tímidamente.

—¿El clima? Pero si este es el mejor clima del mundo. Anda, vete a dormir.

Salí del cuarto. Me llamó y regresé.

—Siéntate, quiero decirte una cosa. ¿Fumas hachís?

—Si se tercia, no pierdo la ocasión.

Encendimos dos cigarrillos. Dio una profunda calada, fue a decirme algo, pero se contuvo. El humo ascendía en columna hacia el techo, sin esparcirse. Un chillido lejano, penetrante, que terminó convirtiéndose en llanto, llegó hasta la habitación.

—Aina está pariendo —dijo como si hablara consigo mismo—. Otro bastardo que dentro de un año se meará en mis pantalones… Bueno, ¿qué estábamos diciendo? Ah, sí. Si quieres, puedes quedarte aquí. Si te apetece… Puedes trabajar conmigo en la tienda. Es un trabajo estupendo. Echarás un vistazo a la finca y te acostarás con todas las mujeres de la isla de nueve años en adelante. ¿Comprendes? Y, cuando yo me muera, todo lo que tenga…

Dejó caer lentamente la cabeza como si estuviera rezando. Empezó a roncar. Me quedé mirando alternativamente a la serpiente que comenzaba a desenroscarse y a Alevisos. En aquel momento entró el loco de Dionysis, el papagayo, cual cañonera sacudida por el balanceo, se lanzó sobre Alevisos y le mordió los calzoncillos. Luego, dio un salto y empezó a proferir blasfemias tales que habrían hecho sonrojarse al más atrevido de los carreteros, hasta que, inopinadamente, dejó de decir palabrotas y se

puso a salmodiar «Cristo ha resucitado», para retornar al instante a sus blasfemias anteriores. Finalmente, fatigado, se acurrucó entre las piernas de Alevisos y se quedó dormido.

Volví a la cama con las muchachas. Al amanecer, me levanté y me di un baño en un barril. Las tres chicas resplandecían a la luz del alba. El agua chorreaba por sus cabellos bañándoles el cuerpo. No paraban de hablar entre ellas y de reírse. Me sirvieron café. Vi al *Argonauta* a lo lejos, desteñido, como una fiera herida, esperando… Se acercó Alevisos.

—Entonces… ¿Te vas?

—Sí.

Intenté leer en sus ojos, pero esta vez tampoco lo conseguí. Las tres negras lo habían rodeado.

—Yeguas —murmuró; luego, se volvió hacia mí—. Bueno, pues vete al…, con Dios. —Y me tendió su mano huesuda y grande.

—¡Vete al diablo! —gritó el papagayo—. ¡Vete al cuerno! ¡Hasta nunca!

Me detuve extrañado.

—Vete, vete. Deberías tener miedo de las bendiciones.

Antes de atravesar el río, volví la cabeza. Vi a Alevisos limpiarse la frente con un pañuelo caqui.

—Si te arrepientes, vuelve cuando quieras, te estaré esperando.

Le vi mover la mano.

Tres años más tarde, me encontré a un proveedor griego en Yakarta. Le pregunté por él. Torció el gesto.

—A buenas horas… Cinco días estuvo agonizando e imitando las voces de todo tipo de fieras y pájaros. Poco antes de perder el conocimiento, llamó a los negros y les mostró un bidón repleto de oro. «Es vuestro», les dijo, «pero primero esperad a que estire la pata». Lo enterró en algún rincón de su finca de doscientas hectáreas. Todavía están cavando… Era un mal tipo. Ya había perdido un tornillo dos o tres años antes de morirse. El microbio le había atacado a la cabeza… Se vestía de pope y se pasaba la noche quemando incienso. Salmodiaba en compañía de su papagayo. Era un viejo verde… Dejó a cada una de sus sirvientas cien libras de oro y les hizo prometer que irían una vez a la semana a orinar sobre su tumba. ¿Tenías trato con él?

Antes de que pudiera contestarle, lo llamó el capitán. ¿Quién me

perdonará?…

En la época en que Blanche murió, algunos días después, en Beirut, ante la aduana, te bajaste de un enorme automóvil azul celeste. Llevabas una túnica del desierto de color caqui y un sombrero de viaje. A derecha e izquierda se te habían arrodillado dos camellos cargados. Tu mirada era dura y tenías la tez tostada por el *khamsin*, el *samal*, el *khaboub* y el monzón. ¡María!… Es imposible… Debo de estar soñando.

«*Demain… Demain… promis…*

C'est

».

—Perdóname, al menos, pero no me mires a los ojos… No es culpa mía.

—Eres tú el que me mira como un tonto… Tienes el pelo blanco. Llevas los mismos galones, la misma ropa. Veo que has ascendido. ¡Enhorabuena! ¿Qué? No me hagas reír… Tú no has sido capaz ni de vender un paquete de cigarrillos de tránsito número 1… Misionero… Venga, dame un cigarrillo.

Al darle fuego, le temblaban las manos. Dio órdenes a los negros en su lengua de que le subieran los baúles. Entró en el *state-room* [24], se detuvo frente al espejo y se arregló el pelo.

—Bueno, entra. ¿Por qué te quedas en la puerta como un *muabi* [25]? Pide algo de beber… Dos *dry martini*.

—Yo no bebo —murmuré.

Se volvió a mirarme.

—Si en algo valías, era porque te emborrachabas.

Se bebió de un trago la copa que le trajo el camarero y ordenó otra. Había abierto una maleta y buscaba algo. No paraba de hablar.

—Siéntate, hombre. ¿Te vas a quedar de pie? ¿Qué decíamos? Ah, sí… Me libré fácilmente del bajá. Me cansé pronto de los pasteles sirios y de sus babas. Me fui a trabajar a un cabaré en Damasco. Luego me escapé también de allí y me fui a Basra. El clima no me sentaba bien. Estuve tres meses en una «casa» en Oka. Después me trasladé a Marmagoa, en Cochín. Me fui con una caravana hasta Kalgan. Desde Osaka fui a Frisco en un balandro. ¿Es verdad que vamos a tener meltemi? A lo que no he podido acostumbrarme es al mar… ¡Qué gracioso!… Te vi una noche en

Buenos Aires, en el Calli Pichincha, y te hice señas. No me reconociste. Escogiste a una chola sin cejas, delgada como un palo. Sobre gustos… Después regresé a Oriente Medio, a Adén. A Hadramaut. Estaban en guerra. Hombres guapos: erguidos como juncos. Durante dos años viví con el jefe de una tribu en una tienda cubierta de alfombras. Cambiábamos de campamento como de camisa. Me enamoré de Sukán. Era esbelto…, afeminado. El jefe dormía una noche conmigo y la siguiente con Sukán, y yo me acostaba con él pasada la medianoche, cuando el viejo, satisfecho, comenzaba a roncar. Cuando me acariciaba los hombros, así, desde arriba hasta el codo… Así, acaríciame… ¿No te mueves? Muy bien. Vuelvo a Grecia forrada de oro. Voy a casarme. Quiero tener un hijo, un varón… Mecerlo, criarlo. ¿No te resulta extraño? Es verdad que ya tengo treinta y cinco años y la entrepierna destrozada. Acero y llama… Pero nunca se sabe…

Sacó un objeto de la maleta.

—¡Ah! Lo encontré. Es para ti… Toma.

Me lo lanzó y lo cogí al vuelo. Era un libro encuadernado en terciopelo con una inscripción dorada en el lomo: *Robinson Crusoe*.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Tonto! Me acarició el pelo y cerró la puerta…

Still Life with Fruit
A Ismini y Tomás Politis

—¿Has dormido? Aquí abajo, nos estamos asando. La sala de máquinas es un infierno. Te he devuelto el ventilador. ¿Por qué no te vas a acostar?

Chamburnas, el engrasador, está de pie, con el torso desnudo, embadurnado y sonriente.

No responde. Abre el cajón y le ofrece una manzana pasada. El engrasador la muerde. Duda un instante…

—No olvides lo que me prometiste hace tiempo. Lo que sea para tirar, mi mujer lo arregla para los niños.

El otro asiente con la cabeza.

—¿Y aquel traje que me dijiste?

—Sí, mañana sin falta.

—¿Quieres tomar algo, café, agua?

—No.

Se seca la frente con el trapo de faenar y se va.

Sí… Algo huele mal. Huele a pozo negro. No me siento bien. No veo bien. Algo está golpeando fuera. Cinco golpes… Acuérdate de los cinco viajes a Australia… Si pudiera distinguir uno de otro… El primero… La chica con la enfermedad de Basedow. El segundo… No… Sí… El mar fosforescente durante cuatro horas en el golfo de Adén… Adén. Jodidas rocas…, *fucken place*… Nada he temido más en todos los años que llevo navegando que aquella roca a cuyo maldito pie negro los niños de Cefalonia juegan al escondite. ¿Dónde has ido a lavar tus pecados, niño de París?… *Steamer Point*. El museo de las sirenas vivientes. *And no water*. Y aquel jodido islote a la entrada del puerto, con el lazareto. Tres cabañas encaladas. Mira que no poderlo recordar… Y la monja escocesa… La chica de las mejillas coloradas, que iba a trabajar allí, en recuerdo de *Cyril*.

Quiero volver a ver Port Said. La oficina del canal, el local de Simon Artz, los árboles. Ver los cargueros que vuelven del sur y fondean un instante. Los marinos nórdicos, desnudos, con sus cuerpos magullados, apoyados en la barandilla… Se alegran de

volver una vez más… ¿Saldré de esta? ¿Regresaré? Es diferente el Port Said que ves cuando vas hacia el sur. No hay nada para el marinero salvo *prickly heat powder, fruit salt* y quinina. *Bloody* quinina y limones que se pudrirán en medio del mar Rojo. Cangrejos que huelen a cieno… ¿Será esta la última mujer con la que voy?… Cuántos lo han temido… No soy el único. Los demás también tienen miedo, pero no lo confiesan. Lo he leído en sus ojos. Si esperas que te hablen los marineros, que te abran su corazón, vas apañado… La verdad trae mala suerte. Nos la decimos de vez en cuando para nuestros adentros, cuando estamos solos, y aun así nos asusta.

No es la mar lo que nos da miedo. La sabemos gobernar, y ella, a nosotros. Nadie sabe surcarla como los griegos. Griegos del Bósforo, del Mármara, del mar Negro, de las islas. Caras atormentadas. Manos curtidas. Gruñones y quejumbrosos. Vosotros me habéis enseñado a atar los cabos y a hacer toda clase de nudos. Dales el último modelo de buque, que le cogen el tranquillo durante la primera guardia. A la segunda, te lo transforman a su gusto. Mételos en el clima más infame: ellos sin gorra. En los más extraños mares, en las situaciones más difíciles se olvidan de pilotos y portulanos. «Duerme siempre con la trinca puesta», me dijo una vez el tío Mijalis, un contramaestre de Spetses, «en caso de abordaje, en una varadura, en una explosión, la puerta se atasca y no se puede abrir. Y ten siempre cerillas a mano». Me reí. Hizo un gesto de desprecio. «No tienes miedo porque nunca le has visto las orejas al lobo». Murió en el asilo del Pireo, mirando los polvorientos árboles. Murió… Y yo también he de morir, ¿cuándo? Esta noche, no. Estamos acercándonos a tierra. La huelo. Aún me quedan muchos puertos y muchos viajes por hacer. No podía ser de otra manera. Mujeres. Callejuelas de San Lorenzo, Génova, *rue* Bouterie…, que ahora solo vives en el lápiz de Dignimont[26] y en mi memoria. Angostos callejones de la China, cuyas puertas huelen a ajo y opio… Bombay… Jaulas de hierro repletas de negras que huelen a toro. Argelia… Escaleras de la Casba… Esperas el disparo. Río… Dondequiera que sea. Basta con que haya una luz roja en el cruce. Espérame allí como entonces, pintada con espátula. James Ensor[27]. Obstaculiza mi camino. Si quisiera descorrer —pero no quiero— la cortina de tu rostro, no encontraría nada detrás. Lo sé.

Tu viens, chéri? ¿Un cigarrillo? Toma. Dale a la lengua todo lo que quieras. No me iré contigo. No quiero subir la escalera de caracol. Sé cuál es el peldaño que falta en todas las escaleras. Sé qué pared está a punto de derrumbarse. Conozco la cama con la pata rota, la toalla mojada colgada del clavo, la palangana rebosante de permanganato, que me recuerda el rojo de Tiziano, el cuadro inclinado en la pared: *La valiente Timoclea ante el macedonio*. También sé que te quitarás los zapatos empujando uno con el otro, sin agacharte. Y, al final, mientras miro el viejo papel pintado, sosteniendo la gaceta en la mano, oiré el ruido del bidé entre tus muslos. No. No subiré. Me iría contigo si tuvieras lo que llevo años buscando… Juntos o de lado. Quédate delante de la puerta. Te pago por quedarte inmóvil, muda, sin respirar. Espantajo al que adoro. ¡No!… Solamente retírate un poco, una pizca, para dejar pasar a este ovillo humano que anda con las manos, esas manos que recuerdan los pies de la Karsavina[28]. ¿Qué dices? ¿Tienes miedo de Riccardo? ¿Tienes hambre? Mientes. Los símbolos no tienen miedo. Se les teme… No sienten hambre… Apestas a pescado. Igual que huelen los muertos. Lo recuerdo. En casa de Calamás… ¿Que te lleve conmigo? ¿Qué me estás pidiendo? Si sabes que siempre te llevo conmigo. Por la mañana, al mediodía, en mis sueños, durante la guardia, en el relevo. Tú eres mi dote. Tú y toda esta calle, y todas las calles, y el mercado de pescado y esta masa humana que tiene un trasero por cabeza y esta tenebrosa catedral donde no se oficia ya… Giorgione di Castelfranco… Yo, que desnudaba a tus modelos. El enano de Calabria… Búscame el verde… Dame la tinta… Límpiame los pinceles… Sandra Dato… Juntos estuvimos paseando por Florencia, antes de que me matasen los esbirros… Georges Pierre Seurat. Los tres grandes niños de la paleta. Durante veinte años he tratado de encontrar el secreto de Cézanne. Mañana, tarde y noche. En Aix, en Vallon des Lauriers, en Estaque. No te rías. Como te atrevas a hacerlo, te rompo la cabeza con estos alicates. Lo encontré en Kifisiá. A media noche. Por el camino de Strofili. Llegué a tocar su esencia. ¿Te ríes? Me importa un huevo… Polvo de oro en las barbas de Magallanes. Echas las cartas. Adivinas el porvenir. Descifras los sueños. Sabes por dónde aparecerá el brillo de la pistola, el resplandor del cuchillo, desde dónde será lanzado el lazo que te enredará las piernas. Piernas, otra vez

piernas. ¡Ay!, las de Marinela. En el callejón Juge du Palais, en el barrio de la vergüenza. Se veía una parte del viejo puerto y la colina de Notre-Dame. Te llevaban a hacer la primera comunión. Por la calle Coutellerie, por Saint Victoret, por todas las calles circundantes corrían las «chicas» semidesnudas para admirarte. Mediodía de invierno. Una te arreglaba el casquete; otra, el velo; Mimí, las cintas. Recuerdo tus piernecitas atrofiadas. Las volví a ver más tarde en la misma calle, igual de débiles, manchadas y castigadas por una vida atroz, colgando del coche de la policía al que te habían arrojado el día en que Anatole, el de las enormes patillas y facciones deformadas por los golpes, te mató. Marinela… ¡Las mujeres tienen cuatro piernas!… ¿Cuento también las mías? No, las mujeres no tienen…, no tienen piernas…

Estás delirando…, estás enfermo…, tienes miedo… No. Los enfermos tienen marcas, sufren. He visto a muchos enfermos. He pasado muchas noches ante las leproserías del sur, ante los campos vallados donde encierran a los que padecen de cólera. Lazaretos. A ver, cuéntame. Háblame de aquellos que por primera vez han visto en el espejo la marca entre los ojos, las placas blancas en el paladar, las manchas rojas en el pecho…, las llagas en el paladar, los granos rojos en el pecho. Basta ya… Abre los ojos. Cuando los cierras, te ves a ti mismo y no está bien. Con ellos abiertos, solo ves lo que hay a tu alrededor, hasta cierto punto… En aquel puerto de Chile donde cargábamos nitrato. El carrito de los helados… La vieja de los zapatos agujereados y llenos de polvo donde contaban el cuento de la ruta interminable. No. Déjalo para otra ocasión, no lo recuerdes… Tira por la ventanilla esta maldita botella que está llena de pecados y recuerdos. La niña sostenía la falda de la vieja con una mano y con la otra el cucurucho del helado. ¡Qué día tan luminoso y feliz! Consuelo. Mírame a los ojos… No tienes. Tan solo tienes dos agujeros rojos. Pero, dime, ¿de dónde sale toda esa alegría que te ilumina el rostro y lo hace resplandecer? Eh, tú, el que tira del carro. Te compro todos los helados, y el carro también, y a ti, y toda la plaza, y la ciudad con todo su nitrato, y todo lo que existe más allá del mar, y lo deposito, como si de un juguete se tratase, a sus pies. Si ha visto alguna vez los colores y los recuerda, sentirá tristeza…

«Dale los colores».

Pero si no ve… ¿Quién ha hablado?

«Dale tus ojos para que pueda verlos. Solo puedes dar lo que es tuyo, lo que alcanza tu vista, lo que puedes acariciar, oír… Lo demás es ajeno y no puedes disponer de ello. ¿Me oyes?…».

Sí… Me moriré si me lo pide. En su presencia.

«He dicho que le des solamente tus ojos».

Pero… Me cago en todos los demonios, tengo más alucinaciones que si hubiera tomado coca… Si viniera alguien a echarme un cubo de agua en la cabeza… Si entrara una ola a empaparme e hiciera callar ese grillo que me está destrozando la tapa de los sesos con ese soniquete eléctrico. ¿Cómo habrá entrado? Lo he buscado por todos los rincones de la cabina de radio, por el techo, en cada agujero, en la estantería. Ha debido de venir con las provisiones del barco. ¿Entre las verduras, quizás, o junto a los escorpiones de Colombo? A los escorpiones los exterminamos, pero a esta fiera invisible no consigo encontrarla ni atraparla y, sin embargo, debe de andar bien cerca, a mi lado, por encima de mí, dentro de mí… Al principio, me divertía. Me recordaba las noches de verano. Almiares, tomillo y orégano. Hierba cortada. Establos donde duermen los bueyes. El primer día. Pero ahora he comprendido que me va a volver loco. Tonto… Quien ha nacido loco no tiene nada que temer. Ah, mírala… La loca en los escombros del viejo puerto… ¡Lily!

Acababa de terminar la guerra. En Marsella. Toda la parte derecha, desde el Ayuntamiento hasta la fortaleza de San Juan había sido destruida por los cañones alemanes. Unas *cocottes* estaban sentadas con las piernas cruzadas en los cafés de la Canebière. Todas eran nuevas. Se parecían mucho a sus madres. Entonces comprendí que había envejecido. Al caer la noche, me adentré como un ladrón por la calle Coutellerie. Cien metros más allá comenzaban las ruinas. Me encontré a Peglis. Llevaba la misma boina que antes de la guerra. Vendía bebidas en un cuchitril.

—¿Dónde están las chicas? —le pregunté.

—Vaya usted a saber… Las cargaron en los camiones y las habrán convertido en jabón en Alemania… Suerte del que se haya lavado con él. No ha quedado ni una.

Limpió el mostrador con un trapo.

—Bueno, una; pero mejor que no hubiera quedado.

—¿Quién?

—¡Lily!

—¿Dónde está? Dime.

—Cuando esté bien entrada la noche, pásate por la travesía del Ayuntamiento y llégate hasta las ruinas. No tengas miedo, no circula nadie por esos lugares. Allí la encontrarás, buscando entre las piedras.

—¿Por qué?

—Vaya una pregunta… Pareces de la policía. Pues porque está loca, hombre. Anda, déjame ahora, que tengo trabajo, y vente mañana a comer. Sigues igual… No has cambiado nada… Que se te dé bien… Y, ojo, no vaya a morderte.

Chagall: Cimetière

Tropecé con las piedras. Me llené de fango. Resbalé dos o tres veces y me caí al suelo. De vez en cuando, me detenía y echaba un vistazo alrededor. ¡Si las piedras hablasen! ¡Cuánta energía había inundado aquella tierra desde la época de los foceos!

De repente vi encenderse todas las luces como entonces. El puente transbordador regresaba a su sitio. Las puertas se abrían y se cerraban. Escuché los roncos discos de las canciones de 1929. Me acarició la Pompeya de Piver. Escuché el

cric-crac

que producían las persianas de cuentas y bambú en las cervecerías.

A estas horas, antes de la guerra… Vi a aquel agregado del *Argonauta*, de dieciséis años, con su gorra triestina, llevando el dinero en la mano para no perderlo. Una mujer lo atrajo dulcemente hacia sí: «Deja el dinero por ahí», tomó un billete de cinco y lo guardó en un cajón. «Después, si quieres, me das un franco». No recuerda su nombre. Recuerda tan solo que se desgarró. Ella se asustó aún más. Hizo lo que pudo por cortar la hemorragia. Lo llevó hasta la esquina de la calle. «Bébete dos *pastís* y no temas. Eso les pasa a todos».

Abrí los ojos y vi las ruinas. Volví a tropezar, pero ahora no se trataba de una piedra:

— que tu veux?

Qu'est-ce

—Toi.

—Va-t-en.

—Lily.

—Laisse-moi tranquille.

—Canela.

Así la llamábamos los griegos, por el color de su pelo. Nunca había visto piernas de un blanco más níveo que las suyas. Hizo ademán de irse. La cogí de la mano. Comenzó a gritar. «*Police… Police…*». La solté.

—He visto a Prosper… —le grité mientras se alejaba—, en Numea.

Se detuvo. Vi cómo le brillaban los ojos, cómo sus manos esbozaban un gesto de ruego. Se acercó.

—*Dis moi vite*, ¿dónde está?

—Ha salido de la trena. Tiene una tienda. No paraba de preguntar por ti. Me pidió que viniera a verte.

—¿Se ha casado? —Le tembló la voz.

—¡Qué va! ¿No te digo que va a venir? En cuanto tenga permiso. Dime, Lily, ¿cómo ha sucedido este desastre? ¿Por qué lo han demolido todo?

Me interrumpió:

—¿Ha sufrido? ¿Está más viejo?

—Igual que cuando lo conociste.

—¿Le quedan marcas de las cadenas en las manos? ¿Le duelen? —Recordé las palizas que había recibido de aquellas manos, el dinero que le habían quitado, los mechones que le habían arrancado —. ¿Conserva todos los dientes? ¿Y el pelo…?

—Está hecho un roble.

—No te creo. ¿Te ha dado algún recuerdo para mí?

Me desabroché la camisa y me quité de la camiseta un imperdible con una medalla de la Virgen. La cadena la había vendido durante la Ocupación. Se la di. Se la llevó a los labios y la apretó con la palma de la mano. En aquel momento, dejé de sentir remordimientos por las mentiras que le había dicho. Se sentó en una piedra, y yo en otra, frente a ella. El brillo de sus piernas rompía la oscuridad. Estuvimos un buen rato sin hablar.

—*Veux-tu faire avec moi*
l'amour
?

—Quiero preguntarte una cosa.

—Lo que quieras.

—¿Cómo ha sucedido este desastre? ¿Por qué lo han destruido todo?

—Pues… Aquella noche yo estaba durmiendo con un negro. Nos despertaron los altavoces: que cogiéramos pan para un día y que bajásemos a la calle. ¡Menuda encerrona! De todos los rincones surgían cañones, metralletas y fusiles. Éramos cuatro mil personas. ¡Vaya lío que se armó! Las mujeres bajaban despeinadas, sin lavar, atemorizadas, dándose trompicones con los chulos y los maricones.

Dos terroristas españoles que se ocultaban allí se levantaron la tapa de los sesos para no caer en manos de la Gestapo. Y también uno de los vuestros. Vi a la antigua patrona, Madame Melanie, tirar sus joyas a la calle y después lanzarse desde el tercer piso. Estuvieron seleccionando gente hasta el anochecer. A unos los embarcaban para Baumet, para Frejus, para los campos de concentración, a otros los fusilaban. Cuando el barrio quedó vacío, comenzaron los cañonazos. Diez días estuvieron disparando. Dejaron aquella manzana en pie, porque tenía dos o tres palacios antiguos. Tampoco derribaron el campanario. Ni el Chateau du Roi René. La culpa no es de esos cabrones, la culpa es de los nuestros, que se lo consintieron.

—¿Y las mujeres?

—Las repartieron por las cantinas, por los cuarteles. Algunas murieron a causa de los malos tratos. Ninguna ha regresado.

—Y de Catina, ¿qué ha sido?

Dio un respingo.

—*Bonsoir*, Nicos.

—Háblame de Catina… Pienso volver a Numea…

Su voz se tornó ronca.

—¿Por qué me preguntas? Yo no tenga la culpa de nada.

Le di un cigarrillo. Llevaba mucho rato sin fumar. Le tomé las manos y se las acaricié. Se echó a llorar. Le rogué que me contara. Se ablandó y comenzó a hablar:

—Catina… La querías, aún lo recuerdo. Durante la guerra, su local estaba por aquí. Entonces trabajaba con ella. Escondía a unos griegos perseguidos por asuntos de política. Yo estaba liada con un alemán al que le sacaba lo que podía. Cuando me enteraba de un secreto, se lo contaba a Catina. Una noche, nada más cerrar, me disponía a salir por la puerta de atrás, pero Catina me lo impidió. Cerró con llave y me arrastró hasta la cocina. Estaba borracha. Daba miedo… Sus ojos negros… Su pelo… Se merecía que la quisieras… Me agarró de los pelos y me lanzó contra las baldosas. Tenía el cuchillo de cortar la carne en la mano y lo balanceaba sobre mi cabeza… *Madonna mia*… Me levantó y me estrujó contra la pared.

»“Ahora vas a medirte conmigo. Pero como mujeres, no como rufianas”.

»“Suéltame. ¿Por qué me torturas así? ¿Qué te he hecho yo?”.

»“Haces agua”, me dijo. “Esta mañana han detenido a Maziós, nada más salir por esa puerta. Tú lo has traicionado. No te va a dar tiempo ni a santiguarte. Te voy a degollar como a un cordero y luego irás derecha a la cloaca de la esquina”.

»Entonces golpearon la puerta con la culata de un arma. Nos compusimos. Fue a abrir. Era Hans, mi amigo. Me agarró y me sacó de allí. Al día siguiente, la detuvieron. Pasó ante mí, esposada. Me escupió, las…

Su voz había tomado un timbre grave, aterrador, como si saliese de una caverna, de muchas cavernas…

—Nicolas —cogió una piedra y la besó—, por estas ruinas en las que nací, en las que me he dejado la piel, en donde moriré… Yo no traicioné a Catina. Por la vida de Prosper… Tuvo que ser otro.

Comenzó a lloviznar. Me levanté. Tenía la cabeza sobre las rodillas. Quise ayudarla a incorporarse.

—No, me quedo aquí. ¿Cuándo volveré a verte?

—Pues… Cuando vuelva. Dentro de unos meses. ¿Dónde podré encontrarte?

—Aquí. Justo en esta piedra. Mira. Haz una señal, en línea recta con el campanario. Aquí, en la *rue* de la Prison. ¿No recuerdas? Justo donde estoy sentada estaba la escalera del local de Prosper, la escalera por donde su cuchillo hizo rodar a aquellos tres, uno tras otro. Pero qué razón tenía. Dile que lo estoy esperando… Aquí. Buen viaje, Nicolas. Esperaré.

Volví muchas veces a Marsella, pero no fui a buscarla. Habían comenzado a excavar y a reconstruir. Llegaron incluso a desenterrar un templo de Apolo. Obras, vigas de hierro, cemento. Al vaciar una carreta de cal viva, los albañiles encontraron en el fondo a una mujer abrasada. Una mujer cuyas piernas un día fueron más blancas que la cal…

Las mujeres. Las de catorce años. Las que se convertirán después en las peores prostitutas, las que se revolcarán en sábanas sucias, en las calles, en los parques, debajo de un puente, las que lo hacen de pie, pasándose por la espalda una correa que luego se atan a la rodilla, o en las iglesias, o en los *calvaires* [29]. Y las que no se han dado nunca un revolcón y ya no tienen catorce años, que jamás se acostarán con hombres, que no se les pasará el adulterio por la cabeza, ni el engaño, ni la traición, que no se mancharán nunca.

Son todas unas santas, unas benditas.

—Anzí… Debes de estar entre los santos… ¿Te has fijado —te dije una noche— en ese cuarentón bajito y mal vestido que vende pipas y se pasa el día mirando a tu ventana?

—Sí, hace más de un año. ¿Qué querrá?

—Tus favores. Llámale una noche a tu habitación.

—¿Estás loco? ¿Qué quiere de mí?

—Tu bravura.

—Eres un grosero. Siempre he tratado de no hacer lo que no me gusta. Debe de oler mal…

—Mejor aún.

Esperaba que se enfadase. La vi ensombrecerse, recapacitar. Me arrepentí de mis palabras.

No volví a ver a aquel hombre. Desapareció. Nunca más volví a su casa.

Anzí…, no puede ser de otra manera. Y después llamamos valientes a quienes no temen a la muerte.

¡Si existiera una mujer bautizada con aceite de pescado! Con la carena pintada de minio, calafateada con alquitrán, la saliva salada, el pelo de algas, tentáculos en lugar de brazos, los ojos de agua, las piernas…, no, mejor sin piernas, como la de la vitrina de Acuario en… No, en ninguna parte. Tan solo en mis sueños. Que se llame Marina. Que hable la lengua de los peces.

Los pistones de la máquina se detuvieron. Un montón de chatarra engrasada. Si colisionáramos… Si nos quedáramos varados… ¿Conducimos nosotros a los barcos o nos conducen ellos? Los llaman «chatarra», «hojalata». Hay barcos con nombre masculino y son femeninos. Y a la inversa. Hay unos que te rechazan en cuanto les pones el pie encima, te expulsan, te zarandean, te hacen tropezar con las cañerías, con los imbornales, y otros que te acogen como si fueras uno de sus tornillos, de sus cazonetes, de sus clavos.

Estandarte. Hierros. ¡Qué me dices! Ahorrar un poco de dinero y mandarlos para siempre al diablo. No volver a bajar al mar. No acordarse más… Y, sin embargo, ¿quién ha visto heridas más sangrantes que las que producen la herrumbre o el minio añejo en las costillas? ¿Quién ha oído quejido más humano que el de la chimenea al copular con la bruma, o el que percibimos cuando hay

tempestad, sin que mano alguna haya tirado del alambre de la sirena? Ella brama sola al desposarse con el viento…

Dos ojos. Uno es verde como una esmeralda. El otro, rojo como un rubí. Los llaman luces de navegación, luces de banda. Pero son ojos. No conducimos nosotros a los barcos, son ellos los que nos conducen.

Anónimo: Autorretrato
A mi hermana Zenia

Tengo náuseas. Como cuando de pequeño me mareaba en el mar. Qué desagradable es el mareo… Vómitos, bilis. Te quedas hecho un asco. No piensas más que en desembarcar en cuanto llegues al primer puerto. Pero cuando llegas te olvidas de todo y continúas tu camino. Empiezas a acostumbrarte. Eso crees. No te marea ya el vaivén, pero el cabeceo te sigue removiendo. Esto también se te pasa. Te queda habituarte al vaivén y al cabeceo juntos. Cosa hecha. Se muda uno. Cambias de barco y tienes que acostumbrarte al balanceo del nuevo. Cada barco posee el suyo. Un marinero mercante se marea en un paquebote. Extraña enfermedad: el único remedio es la tierra firme. Los sordos, los que han perdido el olfato, no se marean. Ni tampoco los locos.

Recuerdo a un serrano que veía el mar y navegaba por primera vez. Desde Volos a Kavala. Violentas borrascas con nieve. Al bordear la península de Casandra, la mar estaba embravecida. La gente, tirada por los suelos. El paleto, entre tanto, había abierto su saco y estaba atiborrándose de pollo.

—¿No te mareas, abuelo? —le dije.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que si con el movimiento no te sientes revuelto.

—El mulo también se mueve —respondió.

Aposté con el contable a que conseguiría que el viejo se marease.

Cuanto más se movía el barco, más comía él.

—Dime, abuelo, ¿qué es lo que se mueve, la montaña o el agua?

Estuvo bastante rato mirando alternativamente el mar y la tierra. Finalmente, vomitó.

—¡Tú también te mareas!

—¿Quién ha hablado? Tengo miedo. Es una voz conocida, la recuerdo. Acabo de escucharla una o dos veces hace un momento. Y, sin embargo, no pertenece a ninguno de los marinos con los que navego.

—¿Quién ha hablado?

—Pues bien, tú, que cuando te lo propones puedes conseguir que

los pasajeros se mareen, que llevas veinte años en el mar, que has atravesado veinte veces el ecuador, en ambos sentidos, dime: ¿de qué lado duermes?

—Media noche del derecho, y la otra media del izquierdo.

—¿Y cuando hay tempestad?

—Boca arriba.

—*All right*… Confiesas que te mareas. Y ahora cuéntame la historia de Marie Laure.

—¿Quién eres? No te veo…

—No te preocupes. Cuenta…

—Deja que me siente.

—No. Y no te apoyes en mí, que me vas a manchar. Venga, cuenta.

—Marie Laure… No recuerdo… Hazte a un lado… Quiero irme, tengo sueño.

—Ya dormirás en el puerto. Tienes doce días para hacerlo, ya que puedes. Habla.

—Hoy no.

—Te escucho.

—No recuerdo.

—Habla.

—Ah, sí… Espera… Te refieres a aquella francesita en Bandol. La rubia que no se pintaba, que no jugaba a la ruleta, que se tumbaba en el balcón de aquel hotelucho. ¿Eh?… ¿A esa te refieres?… No sé… No la he vuelto a ver… No me atormentes así… No la quería. Te lo juro por el mar por el que navego. No… Lo único que tengo es el mar…

—No quieres ni a tu propio cuerpo. Cuando dices «yo», se te llena la boca. Navegas porque te asusta la tierra firme. Vas de putas porque eres un cobarde. Has superado la náusea por necesidad. Estás lleno de tatuajes. No son más que máscaras. No te los has hecho por fidelidad a la tradición marinera. Todos se tatúan cuando están borrachos y después se arrepienten. Tú fuiste sobrio. Te lo hiciste para poderlo mostrar. Apariencia. Estás dispuesto a hacer el tonto en cualquier momento para hacer reír a la gente. Eres más payaso que…

—Calla. Basta ya. Te puedo hablar de Grechita, de Oraya, de…

—¡De Marie Laure!

—Dame el pañuelo.

—Toma.

—Dame la botella.

—Está rota. Cuando termines, te daré un trozo de cristal. Ya me entiendes.

—Entonces…, dame un cigarrillo.

—Se han abierto con la humedad. Se ha salido el tabaco.

—Está bien. Escucha: tan solo recuerdo sus ojos. *Acqua marina*. Los más inocentes que jamás haya visto. Aquel invierno estuve vigilando un yate en Bandol. Me contó que había trabajado en un circo desde los siete años, que se había dislocado las piernas y que ya no podía subir al alambre. Trabajaba tres meses al año en los cabarés de Oriente Medio. Era un retaco. No tenía más de veinte años. Sí, la quise. Le pedí que se casara conmigo. Se rio de una forma extraña y me dijo:

»"Lo aceptaría gustosa, pero un día alguien se reiría de ti".

»"No te preguntaré por tu pasado. Aunque hayas trabajado en una
'casa',
me trae sin cuidado".

»Me miró asustada.

»"Es algo peor. Mil veces peor. No puedo contártelo".

»Traté de persuadirla de que nada podría asustarme. A media noche había conseguido acorralarla. Llegamos a acostarnos. De repente, se levantó y me empujó:

»"Vete. Que no te vuelva a ver. Largo".

»Había oído que la mayoría de las mujeres se comportan así en esos momentos. Si reculas, te mandan a la mierda, te consideran un idiota y les das asco. La arrastré a la cama. Entonces sacó de debajo de la almohada una pistola que parecía de juguete.

»"Te las voy a embutir las seis".

»De artimañas con pistola no había oído hablar nunca. No sentí miedo. Fueron sus ojos los que me asustaron.

»"Una palabra… Solo una palabra quiero decirte".

»La sujetaba con fuerza. Se soltó. Oí un clac, una bala silbó junto a mi oído y fue a incrustarse en la pared. La otra mano me señalaba la puerta. Tenía el pecho totalmente descubierto. Salí a la escalera. Dudé un instante. Una franja de luz se filtraba por la abertura de la

puerta. Oí su voz, débil como un murmullo, dolida:

»“*Good luck… God bless you…*”.

»Oí cerrarse la puerta con cuidado. Cuántas puertas… Ya basta. El resto no es para contar.

—He dicho que termines.

—Entonces levántame y sácame un ratito a la puerta… Necesito respirar.

Había amanecido. La bruma se había disipado. Todo rezumaba humedad. Las estrellas se habían ocultado. Solo una relucía aún. Se apoyó sobre la cofa del vigía y después se fue alejando. A babor, la silueta del territorio chino comenzaba a perfilarse.

—Bueno, entonces la culpa también será tuya. Al cabo de cinco años, ya la había olvidado. Del todo. No me quedaba ni la picazón que en días de lluvia te produce la herida de un navajazo. Ni siquiera el nombre. Un año antes de la guerra, descargamos madera en Mex. La primera noche vino mi viejo amigo Hassan con su galera.

»“¿Adónde va, jefe?”.

»“A los establos”.

»“Vergüenza… *Mafis* [30]. Ir con negritas ser mejor”.

»“A los establos, Hassan”.

»Nos dirigimos hacia el canal de Mahmudia.

»Era por aquel entonces el espectáculo más caro de Alejandría. Una libra. Ahora ya no hay establos. Por fin llegamos. Un olor a estiércol te invadía la nariz. La galera se detuvo algo más adelante. Di una contraseña para entrar. Había dos o tres turistas viejas, una chica con manchas en las mejillas y dos marineros extranjeros uniformados, todos de pie. En el centro del establo había una pista rodeada de rejas. Un árabe vestido con una chilaba sucia vendía fotografías y cigarrillos de hachís. Otro iba recogiendo las libras. Dos más trajeron a rastras a un burro del Nilo, enclenque y contrahecho, y lo soltaron en el centro de la pista. Una mujer saltó con garbo la reja. Llevaba un kimono negro, con pájaros rojos bordados, abierto de arriba abajo… No puedo seguir. Vuelve mañana y terminaré de contártelo.

—*Go on, dirty mate* [31].

—Entonces Marie Laure se colocó delante del dócil animal y comenzó a acariciarle con suavidad la cabeza…

»Las viejas, con sus impertinentes, observaban atentamente cada detalle. La chica se tapó los ojos con las manos y se apartó gritando. Los dos marineros reían.

»"¡Hawaga!", me gritó un árabe. "No tires la colilla al suelo, que se le va a prender fuego a la paja".

»Una campanita tintineó dulcemente.

»"Hassan…, sigue a aquel coche. Procura no perderlo. Tendrás propina doble".

»El látigo chasqueaba. Nos metimos por callejones. Atravesamos la calle Kinena. Las mujeres cimbreaban el vientre y nos gritaban: "*Uahat selín* [32] ". Vimos las luces de Ramleh. Nos detuvimos en un local de la Corniche. Hassan no quiso marcharse.

»"Jefe enfermo… *La, la, filús* [33] … Yo espero hasta *bocra* [34] ".

Ella se sentó en un taburete alto, de espaldas a mí. En media hora se bebió cinco *whiskys* sin soda. Y yo, otros tantos. Le hice una señal al camarero. Se sonrió irónicamente:

»"Espera a que termine y te llevaré a algún sitio mejor".

»"Quiero a esta".

»"Oye, paisano…, ¿no te da asco?".

»"Bueno, si puedes. Si no…".

»"Sí, sí. Espera".

»Me la trajo a la galera. Nos fuimos a su habitación, en el Sporting.

»Cuando nos miramos frente a frente, recité en voz alta un verso que ella me había confesado que le producía náuseas: « *une pitié inmense pour les coutures de son ventre*
J'ai
[35] ».

»"Marie Laure… Recuerda, el disparo en Bandol…".

»Vi cómo se le agrandaban los ojos… *Acqua marina*… Cómo se convertían en un mar, en un abismo, y yo, me ahogaba en ellos. En la puerta me esperaba Hassan.

»"*Babur* [36] ".

»"*Iuá* [37] ".

»Me enteré de que dos meses después la encontraron colgada de una liga en un hotelucho de Bandol.

—Y tú, ¿por qué no te has ahorcado?

—Yo… Me ahorqué aquella noche de las infectas vigas del establo. Todavía no me han descolgado.

—Eres un asesino.

—No. Tengo otra historia…

—Me das asco… Me voy… Apestas.

—Ahora te vas a quedar cuanto yo quiera. Tengo otra historia. Sin amor, sin sentido, sin razón. Quiero verte vomitar sin que haya tempestad.

—No, no quiero. Das lástima. Me voy.

—Haz lo que coño quieras. Te vayas o no, pienso desahogarme.

El *Cafard*… Trescientas toneladas… Zarpábamos de Marsella y rastreábamos la costa de África. Salíamos a escondidas del infierno de Gibraltar y arribamos a Casablanca. Una porquería de barco. No le faltaban más que ruedas en los flancos. Nunca iba cargado a tope. Jamás lo desinfectamos. Por la noche, las ratas cantaban como canarios. Eran del tamaño de un gato. A un carbonero argelino le mordieron la nariz mientras dormía, y quedó desfigurado. A un francés, la oreja, y a un maltés, sus partes. ¿Sabes cómo muerden? Con delicadeza. No lo notas. Una vez echamos un gato a la bodega y no volvimos a verlo. Había que dormir con pistola debajo de la cabecera. No por las ratas, sino por el vecino. En cuanto al menú: sopa de fideos y pan duro. Pero ganábamos dinero a espuertas. Cada dos meses arribábamos a Marsella y permanecíamos allí una semana. Tenía una amiga, Gaby, y todo lo «invertía» en ella. Vivía en una buhardilla por las callejas que hay al pie de las Accoules. Una chica bastante guapa, pero puta de los pies a la cabeza. Mentirosa y ladrona. Una noche —al amanecer zarpábamos para Argel—, en vez de despertarme a las cuatro, como le había pedido, lo hizo dos horas antes.

Era invierno. Mientras me vestía, no dejaba de hablar. «Tráeme esto y lo otro… No lo olvides, anótalo…». Se apoyó en el marco de la puerta con la vela en la mano —no había electricidad en la casa — y, no había alcanzado a bajar cuatro o cinco peldaños, cuando cerró la puerta y me quedé a oscuras. Busqué a ver si tenía cerillas, pero las había olvidado. Tuve que escoger entre subir otra vez o bajar… Me arrimé a la pared y comencé a descender con precaución las escaleras. Imperaba un silencio sepulcral unido a un intenso olor a moho… Mis ojos comenzaron a adaptarse a la

oscuridad. De pronto, tres disparos de pistola silbaron junto a mi oído. Otros dos desde arriba. Alguien se abalanzó sobre mí y me rodeó con sus brazos para desplomarse acto seguido y caer rodando escaleras abajo. La puerta volvió a abrirse y alguien salió corriendo.

Yo permanecía inmóvil, con la espalda pegada a una de las puertas. Mis manos se apoyaron en un gélido pomo. Lo giré con suavidad, sin hacer ruido. Di dos pasos hacia atrás. Ahora me encontraba en una habitación con la puerta cerrada. Me palpé desde la solapa hasta las piernas. Estaba mojado. Era algo espeso. Tenía las manos pegajosas. Me las acerqué a los ojos, a la nariz, procurando no tocar nada con ellas.

La habitación olía a medicamentos. Entonces tosí sin querer. Escuché un débil silbido. Una o dos veces. Después cesó. Un rayo de luz vino a estrellarse contra mis ojos. Los cerré enseguida y di unos pasos en falso, como un borracho. El foco de la linterna hizo un círculo y volvió a detenerse a mi derecha. Abrí los ojos y pude ver. Una mano blanca, como suspendida en el aire, me llamaba.

—Por favor… Baje un poco la luz para que pueda acercarme —murmuré.

Me respondió un silbido como el de la cobra.

Al instante, la luz descendió. Se detuvo en mis talones y avancé hasta la cama. Las mantas se retiraron, y me dejé caer vestido y con zapatos junto a un cuerpo caliente. La luz se apagó. Busqué un cigarrillo en el bolsillo, pero sentí que una mano me lo impedía.

De pronto, oí ruido en la calle. Motocicletas silbidos y ladridos. El alboroto ascendía por la escalera, se aproximaba. La mano tiró de las mantas y me tapó la cabeza. Un olor cálido me acarició. Cuerpo de mujer… Te quita el miedo, te calma, te da protección. A su lado y sobre él te olvidas de que un día morirás. Me acarició la frente. Oí abrir la puerta sin llamar… «*Permettez… Police…*».

¿Cuántos serían? ¿Cuánto tiempo permanecieron allí? Oía sus pesados pasos. Abrir y cerrar armarios, buscar debajo de la cama.

«*Excusez, mon enfant…*». Y, poco antes de cerrar la puerta… «*Pauvre Calamité*!».

Se oyeron sus pasos en el piso de arriba. Oí blasfemar a Gaby. Saqué la cabeza y busqué los Gauloises. Me detuvo nuevamente, como si me regañase. Sentí que una delicada mano me acariciaba. Lo único que no me dejó hacer fue besarla. Y mientras estuvimos

forcejeando, aquel silbido —ahora continuado— me ponía los pelos de punta. Conseguí besarla. Un beso vacío, parco, que parecía resbalarse y escapar. Tanto en la casa como en la calle volvió a restablecerse el mismo silencio sepulcral.

¿Qué hora sería? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? El *Cafard* habría zarpado. Un momento… Un minuto… Encontrar el silbido y me marcharía. Acaricié su delgado rostro. Nariz pequeña, labios finos, mentón minúsculo. La garganta… Mi mano se detuvo en un objeto liso, frío, metálico, una especie de anillo. Introduje el dedo gordo y bloqueé la abertura. Lo mantuve un momento. Sentí que su cuerpo se alteraba, temblaba violentamente… ¡Zarpábamos al amanecer! La besé en la frente. Estaba fría. Bajé las oscuras escaleras de caracol, sin pensar en nada… Asesinato… Policía… Cuentos. Solamente frotaba con suavidad el pulgar contra el índice. La calle estaba desierta. Recogí una colilla encendida del suelo y prendí fuego a mi cigarrillo. En un reloj dieron las seis. Sin prisas, sin necesidad de buscar, cada calle me conducía a la siguiente. Una mujer a quien había visto a las seis de la tarde acicalada como una novia en medio del frío, hambrienta pero maquillada, me miró sin ánimo ya de hacerme señas. En la otra esquina se abrió una ventana y una palangana vació el agua sobre mí. El Porto Vecchio. Enfrente, la abadía de San Víctor. El puente… Había ido a salir demasiado lejos. Un tipo vestido con mono de trabajo pasó a mi lado corriendo, tiró un objeto reluciente, torció en el fuerte de San Juan y se detuvo en el muelle. En ese momento, en la orilla de enfrente sonó la trompeta de la *Legión*. El tipo del mono se tiró al mar. Bastaría con diez brazadas. La puerta de la *Legión* permanecería abierta cinco minutos más. Le faltaban dos brazas para llegar a tiempo. Entonces decidí saltar yo también. Una barca repleta de policías le cerró el paso a una braza del muelle. Reculé. Oí a mi lado una carcajada que apestaba a ayuno y a fósforo. Eché a correr. Vi la chimenea del *Cafard* echando humo. Cien metros… Cincuenta… Veinte… Subí la escalera en el momento de levar anclas. Miguel, el contramaestre, me dio un empujón y fui a caer sobre un montón de cabos enrollados. Alguien me echó un cubo de agua fría en la cabeza. Entonces creí estar ahogado en el río Hudson, al amanecer, flotando entre preservativos usados.

Dónde has podido olvidar, sobre qué mesilla de noche, el

amuleto que te prendió tu madre en la camiseta aquella mañana en que zarpaste por vez primera… Existen árboles, jardines, montañas, corrientes de agua dulce, cabellos de Venus, camas que no se mueven, mujeres que no se maquillan, hombres que no blasfeman. Habitaciones encaladas en el campo, sin remaches ni vigas metálicas en el techo. Te vendría bien alejarte un poco de estos objetos que de noche te has acostumbrado a mirar, a tocar y a oler antes de dormirte, a verlos balancearse hasta que se te cierran los ojos.

Beatrice d'Este

… Pienso en tu primera noche, cuando te encontraste sola con aquel hombre cubierto de malla que acababa de regresar de la batalla y apestaba a caballo, a vino y a guerra. Las chicas que se casan, ¿cómo pueden acostarse por primera vez con un hombre al que no conocen, cuyo aliento no han respirado antes?… ¿Cómo pudo mi madre?… Es algo que me revuelve el estómago… *Beatrice*… Voy a retirar de tu lado el retrato del joven florentino, puesto que te hace sufrir. Lo leo en tus ojos. Sus manos… Todo en este retrato ha sido concebido para mostrar sus manos. Una, colgando con el dedo retorcido, y la otra, que aparece a medias, apoyada —cuatro dedos— en la manga… *Andrea Foscari, mignon du Cardinal de Raguse*…

Cuando me recuperé, nos encontrábamos más allá de Planier. El capitán me recibió con los peores insultos por el retraso. Nunca había hecho peor travesía. Tocamos Argel, Tenes, Mostaganem, Orán, Tánger, Rabat y Casablanca. No bajé a tierra. En cada puerto compraba lo necesario a los vendedores ambulantes que subían al barco. Cada vez que llegábamos a un puerto, esperaba que la policía me detuviese. ¿De qué tenía miedo? Ni siquiera lo sabía. En Tánger decidí escaparme. Me arrepentí en el último momento. Un día de primavera vimos despuntar la corona de Notre-Dame de la Garde rasgando la bruma.

Subiré descalzo por la parte de atrás de la colina a brindarte mis plegarias… Sálvame de la injusticia. Atracamos. Hacia las cinco de la tarde, todos los marineros se vistieron con su ropa de domingo y descendieron a tierra. Yo estaba delante de la cocina pensando. No ha venido nadie a buscarme. ¿Me detendrán en la calle? ¿Salgo o no

salgo? El cocinero, un argelino borrachín y fumador de hachís que se presentaba cada día ante el camarero con una botella vacía y le pedía vino para el estofado —nunca hemos comido tal cosa en el *Cafard*—, salió a la puerta secándose la cara picada de viruela con su sucio delantal y me dijo:

—Griego, no me gusta tu cara. Para no bajar a tierra, en algún lío andarás metido.

Se sonó la nariz y se limpió los dedos en la chapa. Lio un cigarrillo, le dio una buena calada y me lo pasó.

—Ni en tu boda vas a tener ocasión de fumar una cosa así. Lo acabo de tostar.

Aspiré con avidez. Repetí la operación. Me lo arrancó de la boca maldiciendo:

—Bastardo de la casba, te lo has fundido.

En aquel momento pasó el capitán. Le dio el olor y se detuvo frente a mí. Era un corso cincuentón, buen marino y mejor persona. Todos lo respetábamos, sin necesidad de que maldijera ni insultara. ¿Qué hacía un tipo como él a bordo de ese cacharro?

—Mañana por la mañana —me dijo—, ven a cobrar tu salario. Estás despedido. El barco va a permanecer en el muelle. No tengo ninguna queja de ti, todos sois de la misma calaña. Cuando te enteres de que zarpamos, ven a buscarme al café Samaritain.

Todavía lucía ese tenue resplandor, ese encanto de Marsella, que separa el crepúsculo de la noche. Tal y como estaba, con el mono sucio, salté al muelle.

Me planté ante el aduanero y, sin que me hiciera señal alguna, le ofrecí un cigarrillo. Me puse a charlar con él. ¿Por qué motivo? Para jugar con el miedo. ¿Y si me registraba? Iba enfajado en una tela de seda de unos diez metros y, dentro, le había embutido dos kilos. Eso sin contar la parte que me tocaba de las mercancías robadas de la bodega que nos repartiríamos aquella noche.

Subí las escaleras que conducían a la *cathédrale* y vi al aduanero fumando allí abajo. ¿Y si me pescaba?… Bah… Mañana sin trabajo. Qué importa. Tengo para ir tirando dos meses.

Cuando llegué a la *place* de Lanche, ya había anochecido. Se oían voces de niños que jugaban. Llorando, una niña se había alejado de las otras. Saqué una chocolatina del bolsillo y se la di. Yo también era un niño. La pequeña la tomó, la miró un momento,

después la arrojó al barro y comenzó a llorar con más fuerza.

Una mujer humildemente vestida agarró a la criatura, la zarandeó y le dio dos azotes en el trasero. Después, volviéndose hacia mí, me insultó arrastrando las palabras. Mala señal que no te quieran los niños y que te rechacen los mayores. Me detuve ante el espejo de una tienda a mirarme. Me asusté. La cara se me había quedado chupada a causa del cansancio y del miedo. Las orejas semejaban pequeños cuernos. Tenía unas ojeras enormes. Los labios inflamados y partidos por el papel de fumar. Llevaba una gorra de fieltro y un mono de trabajo que algún día fue azul. Tenía razón la mujer.

El miedo… Una vez en la puerta de una aduana, el vigilante paró a un marinero:

—¿Qué llevas encima?

—Pues dos mil quinientos dólares, o tal vez más, no los he contado. No he tenido tiempo.

Lo miró con un profundo desprecio y le dio un empujón:

—Sí, hombre, no hay más que verte. Largo de aquí, cretino.

Una aduana india de techos bajos. Un marinero, en un abrir y cerrar de ojos, coge el tampón del inspector mientras este habla con unos pasajeros y sella una maleta repleta de bebidas y especias. El impuesto, altísimo; la pena, dos años de prisión. Se aproxima a la puerta de salida. Está algo nervioso. El guardia del turbante caqui le sonríe, mira el sello y le da una palmadita en la espalda.

En otra ocasión, otro marinero esperaba ante las rejas de un puerto a que llegara el contacto al que tenía que pasar veinticinco libras de oro. El barco dio tres insistentes toques de sirena. Pensó en arrojarlas por la alcantarilla. Cerró un segundo los ojos. Algo más allá, un campesino egipcio estaba vendiendo habas. Cogió un periódico, hizo un cucurucho con él, puso el dinero en el fondo, lo tapó con un papel arrugado y gritó: «¡Llénalo!».

El cucurucho se llenó hasta los topes —lo sostenía por abajo con las dos manos, no podía hacer otra cosa—. El guardia le registró los zapatos, cogió algunas habas y se las comió. Más adelante también le registró uno de la secreta, le cogió unas cuantas habas y se fue. Al final llegó al barco. Los marineros estaban izando ya la escala. Los aduaneros de guardia lo registraron y metieron también su golosa mano en el cucurucho. Un poco más y llegan a las libras. El segundo

de a bordo gritó en su lengua: «Basta ya. Dejadlo pasar». Vio desenrollarse la escala. Sintió un escalofrío. La escala requiere las dos manos. ¿Las dejaría caer al mar? «¡Venga, date prisa!», le gritaban los de arriba. De repente, arrugó el cucurucho, que había comenzado a deshacerse, y se lo metió por la abertura del cuello. Llevaba un mono ancho que se fruncía a la cintura con un cordel. Subió. Los otros lo miraban con interés desde la barandilla. Saltó a cubierta. Las monedas tintinearon alegremente. Nadie las oyó. Todos le miraban a los ojos.

Los tres marineros —qué curioso— tenían los mismos ojos: bobalicones y turbios, siempre adormecidos. Y después dicen que el miedo no se puede disimular.

La *rue* de la Loge en todo su esplendor. Las chicas hacían la calle. Ninguna me llamó. Entré en el local del chino y pasamos a la trastienda. Llegamos a un acuerdo. Le dejé el hachís y me llenó los bolsillos de dinero. Y ahora… Gaby… Cómo voy a subir la escalera… Recordé las manos mojadas, el silbido. Comencé a frotar de nuevo el pulgar con el índice. Caminando como un sonámbulo, llegué a la puerta de la casa y me senté muerto de cansancio en la silla del bar de enfrente. No tenía hambre, no tenía ganas de tomar nada, ni de mujeres. Solo quería saber. Desatar los nudos del miedo que se había introducido en mi cuerpo. Titín, el camarero, me trajo sin que se lo pidiera un anisete amarillo. El olor insoportable que subía de sus pies me obstruyó la nariz. No apartaba los ojos de la puerta del edificio de enfrente. La callejuela bullía. No tardará en bajar. Es la hora en que suele salir en busca de clientes. A menos que se haya metido a trabajar en alguna «casa» o que haya dejado de hacerlo por cuenta propia. O que esté muerta. Si no baja en cinco minutos, tendré que ir a ver.

Salió un indochino abrochándose la bragueta. Después, una vieja *cocotte* y un marica alisándose el pelo, seguidos de un enano, una vieja y un marinero. Una mujer tomó mi copa de anís, se la bebió y cogió un cigarrillo de mi paquete.

—¿Puedo sentarme?

—No.

—Qué duro. ¿Esperas a alguna?

—Sí, ¿conoces a Gaby?

Se rio burlona:

—*Mon enfant*. En cada esquina hay una Gaby. Yo también me llamo Gaby. *Alors, tu viens*?

Le di un franco, y se marchó. En un reloj dieron las nueve. Nadie se fijaba en mí. Y, sin embargo, sentía que todos me miraban. Me levanté. Dos metros me separaban de la puerta. Parecía un acróbata que hubiera perdido el equilibrio. Tenía la impresión de encontrarme en un caique… Me cago en la puta… Este es mi secreto. No lo sabe nadie, ni siquiera mi madre. Helo aquí: me es

imposible subir a bordo de esos barcos. Esa tabla que une el muelle con el puente, nunca he conseguido pasarla. ¿Por qué motivo? Lo peor que me puede suceder es que me caiga al mar. Y nadar, nado bien. Sin embargo, siempre me he sentido lleno de pánico ante ella. Si alguien de a bordo sujeta el extremo de un hilo, y yo, el otro, entonces sí, entonces puedo pasar tablas de doscientos metros. Pero si suelto el hilo, seguro que me caigo. En aquel momento sentí que me encontraba a la mitad de la tabla y sin hilo. Traté de mantener el equilibrio. Algún apresurado me empujó, y me encontré dentro del edificio. Subí el primer piso, el segundo, el tercero. Estaba ante el pomo. La puerta se abrió, y salió alguien. Esperaba que se me echara encima y se desplomara. Bajó silbando los escalones de dos en dos. Una bombilla iluminaba desde el techo los pocos peldaños que me faltaban. Llamé a la puerta de Gaby. Vino al instante, vistiendo únicamente unas medias negras.

—*Chéri*… Vuelve dentro de un cuarto de hora. Tengo un cliente. ¿Qué me has traído?

—Un anillo.

—Dámelo y vete.

Me quedé esperando en la puerta. Pasados diez minutos, entré.

—Siéntate. Espera a que me lave.

Se ocultó tras el biombo. Oí correr el agua. Vino y se sentó en mis rodillas. Llevaba el anillo de piedra verde. Aceptaba sus caricias con desgana.

—Te quedarás toda la noche conmigo. Pero tienes que ir a comprar algo. No hay nada en casa. Date prisa y no tardes.

—Escucha, Gaby, llevo dos noches sin dormir. No tengo ánimos para andar bajando y subiendo escaleras. Toma esto y vete a hacer la compra.

Se puso una bata deshilachada y se fue.

Me quedé solo, mirando las fotografías amarillentas y las flores artificiales. Sobre un infiernillo, la tapadera de una cacerola se zarandeaba rítmicamente. La destapé. De la pared colgaba la eterna lavativa. Su cánula se apoyaba sobre el grabado del corso con la gorra de gendarme. Debajo estaba el bidé. Por suerte, estamos en primavera y no hay uvas. El verano anterior lo habíamos pasado a base de uvas. Ella tapaba el desagüe del bidé, lo llenaba de hielo y las depositaba encima. El hielo se deshacía y las comíamos frías. Me

acerqué a la ventana. Daba a unos tejados medio en ruinas. En un rincón estaba apoyada la pierna de madera de Samra. La había manipulado muchas veces a bordo, cuando la ayudaba a esconder los Camel —cabían ciento cincuenta paquetes—. Una vez llegamos a ocultar sin dificultad cuatro kilos de *nieve*. Ahora debía de tener una pierna nueva. Gaby estuvo trabajando bastante tiempo para encargar a París una más ligera, con más cabida. A Samra nunca lo registraban en la aduana. Había perdido la pierna en Ypres y llevaba la insignia en el pecho. Gaby volvió con los brazos cargados.

—He comprado pescadilla y escorpinas. Vete a dar una vuelta mientras cocino.

Me negué. Me tumbé sin quitarme los zapatos. A los pies de la cama, el típico trapo —desteñido— que hay en todos los burdeles del mundo. La vi retirar la cacerola del fuego y vaciar en el lavabo los trapos que acababa de hervir. La llenó de agua y echó dentro el pescado. Cuando terminó, se tumbó a mi lado.

—Es muy bonito el anillo que me has comprado. ¿Es de oro?

—Sí.

Me besó.

—¿Qué me has traído?

—Un pañuelo.

—¿Dónde está?

—Lo llevo atado a la cintura.

—Quítatelo enseguida. Se habrá deshilachado.

Comenzó a desnudarme. Sus manos trabajaban con avidez.

—*Cochon*. ¿Qué pintan aquí estos imperdibles?… ¡Oh! ¡Qué seda tan bonita! ¿Es para mí?

—No. Es un encargo.

—*Mon loup*. Entonces, quítatelo que te lo guarde.

—Déjalo. Lo esperan esta noche.

—Pero… ¿no vas a quedarte conmigo?

—Me iré, pero volveré enseguida.

—*Mon vieux*… ¿Cuándo zarpáis?

—No sé. Me quedaré unos dos meses.

—*Magnifique*! Dormirás aquí por las noches. Te saldrá gratis. Es decir, barato… ¿Por qué no hablas? *Tapette*.

—Quiero…, cómo decirte…, una habitación para mí solo. Aquí al lado… En el piso de abajo… Eso es… Que estemos cerca…

Debajo de la tuya, según se baja a la derecha.

—Tonterías… Está alquilada.

—¿Desde hace mucho?

—Sí. Desde que encontraron a Calamité muerta… Bueno, asesinada. Así que te quedas conmigo. En verano iremos a Cassis.

—¿Calamité? ¿Quién era?

—Paquita, *mon maquereau*. Una maestra. Bueno, ¿cuánto has ganado?

—Pues… unos siete mil… ¿Y cómo la encontraron a esa…?

—Ya te contaré. ¡Siete mil francos!… Es mucho. Yo te los guardaré. Tengo una caja de hierro. Tú tendrás la llave. Bésame… Cómo has cambiado… Estás de un frío…

—Bueno, respecto a la habitación, si pudieras preguntar un momento…

—Oh, me sacas de quicio. Aunque estuviera vacía, no te dejaría alquilarla. Vivía una enferma. Murió mientras estabas ausente.

—¿Y cómo fue?

—Aquella noche se cometió un asesinato en el piso de abajo. Mataron a un contramaestre brasileño. La culpa la tenía la mujer con la que se había acostado. Eso le pasa a uno por irse con mujeres que no conoce. Y tú no te cuidas lo más mínimo, rufián. El asesino tuvo el valor de meterse después en la habitación de Paquita. Seguramente para esconderse. No la encontraron golpeada, pero había manchas en las sábanas y en su cuerpo. Manchas de sangre. Parece que el canalla trató de quitarle la platina. Fíjate qué monstruo, qué valor. A mí se me revolvería el estómago.

—¿De qué platina hablas?

—Paquita tenía la laringe cerrada. Para respirar le habían puesto una *canule*…

—¿Qué enfermedad padecía?

—No lo averiguaron. Cáncer… Tuberculosis…

—¿No sería sífilis?

—No, no tenía aspecto. Era una buena chica. Honrada. El bestia la violó antes de marcharse. Lo dijeron los médicos.

—¿Lo han detenido?

—No. O tuvo tiempo de enrolarse en la legión, o se escapó en algún barco.

—¿Era guapa?

—¡Qué va! Un palo. Rubia. Buena chica. Pero bésame, hombre, ¿por qué te quedas ahí como un tonto?

—Gaby, dime, ¿se me nota ronco?

—Sí. Dios sabe qué habrás fumado, qué habrás bebido durante la travesía.

Me levanté.

—Vuelvo en un cuarto de hora.

—Bueno, pero deja aquí tu dinero. A estas horas es arriesgado.

—Ahora precisamente voy a cobrar.

—¿Voy contigo? No vayan a engañarte en las cuentas.

—No estaría bien. Alúmbrame simplemente con tu lámpara hasta que baje la escalera.

—¿Qué lámpara?… O estás borracho, o loco. Tú no estás bien.

Giró el interruptor y la escalera se iluminó. Se detuvo un momento en el primer peldaño.

—No tardes…, *ma tapette*.

Me paré ante la puerta de Calamité. Tocar el pomo un instante, tan solo rozarlo. ¿Con qué mano? Con las dos. Alguien se disponía a salir, otro subía. Dejé la puerta entreabierta a mis espaldas. Cientos de puertas. No volví a pasar ante ella. No volví a ver a Gaby. Pero, a menudo, incluso en verano, se me enfrían las puntas de los dedos y, entonces, no puedo tocar ningún metal. Ni siquiera el oro.

Cocky, el papagayo, se subió al techo de la cabina de radio, replegó sus desplumadas alas y gritó:

—*Merde, Signor del Mundo*.

Marmaro, la mona, dejó caer de su boca la roída correa de su collar y le dijo:

—Barcaza de mierda… A ti nunca te atan.

Una serpiente se deslizó junto a ellos. Cocky reculó. Mordió el cátodo de la antena y se encaramó a él.

Marmaro se acercó y le preguntó:

—¿Dónde has embarcado?

La serpiente silbó:

—En Sabang.

—¿Muerdes?

—No. Un mago me ha quitado los dientes.

—Gastas mucho en zapatos… ¿Cómo has venido?

—En una cesta de verduras.

—¿Y eso?

—Estaba durmiendo. No lo he hecho adrede. ¿Esto qué es? ¿Una cárcel?

—Un barco.

De pronto cantó el grillo.

—Carraca —dijo la mona—. Si no fuera por ti, nos habríamos vuelto locos. Me recuerdas…

—La tierra firme. La tierra firme —la interrumpió Cocky.

—Gilipollas —murmuró esta—. Yo vengo notándolo desde ayer. Y después presumes porque el portugués te llevaba sobre el hombro.

—Rospu… Kahpé… Kaltak [38]. Tierra.

—¿Y de qué te sirve si te tienen atado y no te puedes ir? Yo me escaparé en cuanto toquemos costa.

—¿Cómo te cogieron? —le preguntó la serpiente.

—Con un lazo. Hace dos años.

—¿Y cómo te va?

—No se lo desearía ni a mi peor enemigo. Ayer un marinero me embadurnó de minio. ¿Por qué lo haría?…

—Polijronis, presta atención, no lo dejes a la deriva.

—*Querotiro… Puta quetaparios* [39].

—¡Cállate la boca!

—¿Quién ha gruñido? —preguntó la serpiente.

—Ah, es un hombre de allá abajo.

—¿Se está muriendo?

—Qué va… Está como una cuba.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha bebido. Un día me echaron alcohol en el agua. Bailas, chillas, después te duermes.

—*Tabacos… Cigarros…*

Cocky está enviciado. Fuma. No perdona ni las colillas. Es un rufián, por eso lo quieren aquí.

—*Omak…, abuk…*

Un estruendo. Y después, como si una nube descendiera. El gran pájaro cayó ante ellos con las alas abiertas.

—Muy buenas, cabrones —dijo Cocky.

—Has ido a caer en el lugar apropiado —dijo la mona.

—Un halcón… Estoy perdido.

La serpiente salió por pies.

—¿De dónde vienes?

—Del continente.

—¿Cómo has venido a parar aquí?

—Viajaba hacia las islas.

—¿En viaje migratorio?

—No comprendo… Me iba. Me habían herido. Hay guerra allá fuera.

—¿Hay nueces en la zona? —Cocky comenzó a descender—. ¿Mango? ¿Piña tropical? He decidido escaparme.

—Si coméis cadáveres, quedaos. Os hartaréis de comer. Llega la mejor comida. El agua, las uvas, el arroz y los árboles están envenenados.

—¿Quién les echa el veneno?

—Los blancos.

—¿Quiénes combaten?

—Los amarillos.

—¿Por qué luchan?

—¡Quién sabe! Parece ser que son muchos. El país se les ha quedado pequeño.

—Bueno, pero si se mueren…

—Es que nacen otros.

—Que se los corten.

—Esa es su razón de vivir.

El gran pájaro extendió sus alas. Se dio la vuelta y cayó sobre cubierta, ante la puerta de la cabina de radio… Amanecía.

El sol. Un rayo de luz cae sesgado sobre su cara y reverbera. Otro rayo que entra por el tragaluz dibuja la rejilla sobre él. Ya no tiene voz. Sus labios simplemente se mueven.

—¿Por qué no te has marchado?

—*Shutt up your crook*… *fucken mate*… Horca y cuchillo. Podredumbre y enfermedad. Te alimentas de su aliento. Engordas y vives… Te desprecio.

—Me da pereza limpiarme la cara, ¿quién eres?

Recuerda aquel libro semidestrozado, *En el mar*, que encontraste sobre una cómoda en Asso. Llena de grabados: «Van Vreis y el pequeño Will», «El Baobab», «El rey Dingo Bingo»…

Nos separamos una noche, hace ya muchos años, en el muelle del Pireo, detrás de las popas de los barcos. Tú cargaste con un

macuto de marinero y yo me quedé con un libro en la mano. No me atreví a seguirte.

—Sí… Ahora recuerdo. Llevabas un sombrero de paja de arroz con un cordoncito fino… En Fiscardo… Tenías una caña con anzuelo y estabas pescando. No cogías más que lampugas y peces de colores. Nunca aprendiste a nadar como tus hermanos. A tus reclamos nunca acudió un mirlo o un jilguero. Tan solo un cuco: todo el pueblo se reía. Verano en el campo. Los otros chicos acariciaban a las muchachas que estaban de veraneo. A media noche te llevaba a escondidas de la mano y te hacía subir la deteriorada escalera de Vasilikí, la mujer de Lefkada, cuyo colchón olía a leche y suciedad… No nos separamos. Te me fuiste. Cobarde…

—Basta.

Ya no tiene voz. Sus labios solo balbucen.

—Socorro.

TERCERA PARTE

Anónimo XIV sec.:
Trionfo della Morte

A Eva Delí

Llévame de la mano a mostrarme el mundo. El planisferio desgarrado. La geografía perdida entre libros inútiles. El sextante sin lentes. Los sacamos para encender los cigarrillos. El catalejo roto. El paralelo roto. La aguja del compás se ha vuelto loca y fluctúa. Una lampuga ha cortado la corredera, o quizás un tiburón. ¿Clepsidra? Sí, pero la arena no quiere pasar. Así que midamos la trayectoria del sol con los dedos. ¿De cuál de todos ellos?

—Un poco de pan…

—Toma… ¿Por qué escupes?

—Agua.

—Se ha acabado.

—Me dijiste que te cortarías las venas por mí.

—Mira. Me las he abierto. No cae ni gota.

—Tierra. Mírala. Tres palmeras.

—No. Cinco… Siete… Miles… Millares. No nos separa ni media milla. Estamos muy cerca.

—Dame los remos.

—Están podridos del todo.

—Entonces vayamos a nado.

—Mira la boca del tiburón; te está esperando.

—Échale el mendrugo.

—Lo vomita y lo lanza de nuevo sobre nosotros. ¿No ves? Espera. Voy a saltar. Quedará saciado y te dará tiempo a alcanzar la orilla. Se ha levantado viento. Es contrario. Nos alejamos de la costa. Está lloviendo. Bebe. Duérmete, yo te velaré.

—Estoy durmiendo. Hace mucho tiempo que duermo.

—¡Qué lindos son tus cabellos! Déjame que les quite la sal.

—No.

—¿Por qué te escabulles de entre mis manos? ¿Dónde estás? Quiero mostrarte un nuevo tatuaje. No te despiertes… Tal y como estás, te voy a poner como figura de proa… Nenita. Tómame de la mano y enséñame el mundo.

—No tengo mano. El mundo no existe.

¡Faltan dos! ¿Los recuerdas? Uno de ellos se ahogó al poco de ser nombrado capitán. En Sigri. El mar vomitó uno de sus zapatos. Del número cuarenta y cinco. ¿En el interior de qué pez viajará su anillo? A la mañana siguiente, el mar no sabía nada. Relucía como un lago al sol del invierno. La noche anterior había retorcido el hierro. Por la mañana se sentía saciado. Su único adorno, unas manchas de aceite, dos o tres barriles y unos maderos esparcidos. Un cacillo de cobre flotaba sobre un corcho. Dieciocho de una vez. Nadie sobre la espuma. Un flotador blanco ribeteado con cordeles choca contra una caja. Uno de esos salvavidas con los que los pasajeros de los paquebotes posan para fotografiarse. Somos pocos los que sabemos que no están ahí solo para figurar. Meticulosamente pintado en letras negras:
«ESPERANZA - EL
PIREO». El barco de línea estuvo rastreando la zona hasta que se hizo de noche. Recogió los restos del naufragio. Se los entregará a las autoridades portuarias. Lo tacharán del registro y escribirán en el margen con tinta roja: «Perdido en el naufragio al NO de las costas de Mitilene el 20 de enero de 1939». Nada más.

¿El otro?… Con veintinueve años capitaneaba un carguero. Despabilado, vivo, hábil en las maniobras. Se sabía la teoría al dedillo. Una noche se encontró con una inclinación de cuarenta y cinco grados a estribor, sobre un banco de arena, en los mares del Sur. La ruta era correcta. Las aguas profundas. Cuando vio que no había forma de desprenderse, entró en el *charter room* y comenzó de nuevo. Lo midió, le dio todas las vueltas posibles al asunto. Nadie tenía la culpa. ¿Un error del mapa? Se encerró en su camarote y se suicidó. Justo en aquel momento llamó el segundo de a bordo para decirle que el barco se había elevado por sí solo, que no hacía agua por ninguna parte y que venía a darle la ruta.

Un kanaka que los había bordeado con su barca —ya podía haber pasado una hora antes el bastardo—, le explicó al segundo el secreto. Cada seis años, a medianoche, las aguas fluyen en masa hacia fuera. Retornan al cabo de tres horas, antes de amanecer. Al contarlo, se reía mostrando su blanca dentadura: «*Every six years*».

No estaba escrito en ningún libro. Lo anotaron después. Como siempre.

Volvieron a adentrarnos en el mar. Una vez allí, lo arrojaron por la borda. Eso es lo que pasó con el otro. Con miles de ellos. Un fondo repleto de huesos y aderezos. Peces sin ojos, sin color. Hay también un cofre de hierro lleno de cartas, y sobre él se halla una especie de mano consumida. La que las escribió duerme ahora en otro lecho. Jadea bajo el aliento de otro. Nada altera sus sueños. Ni siquiera el mar que viene desde lejos a romper contra el umbral de su casa isleña. Si es una madre, condena las ventanas, las pinta de negro por fuera y nunca vuelve a cocinar pescado. Si es una hermana…, un día deja de llorar… La única que no se cansa de llorar es la madre, hasta que cierra los ojos.

Los adultos no lloran. Pero un nudo te atenaza la garganta, te estrangula. Es eso lo que empuja a los de tierra firme a escribir libros y a los marinos a tallar o a introducir barcos en botellas y a tatuarse el cuerpo. Cuando los libros son bonitos, los barcos están bien hechos, y los tatuajes, bien dibujados, entonces…

¡El mar de las costas! Todas las cloacas del mundo desembocan en el mar. Los sumideros, todos los jadeos de la noche. Igual que las cloacas.

La playa está llena de latas de conserva, de mechones de pelo, de patas de sillas, de zapatos de tacón rotos. Llena de chicas que nadan y disfrutan con el agua. Os las regalo.

Café para el piloto

Sale el sol. Un junco inmóvil sobre el agua. Un marino completamente desnudo sostiene dos peces enormes en las manos y los balancea de arriba abajo. Otro, colocando las palmas a modo de bocina, grita: «*Wota*[40]… *Wota*…». Intercambian agua por pescado. El *Pytheas* pasa a su lado, con las grúas levantadas desde muy temprano, las roldanas y chigres engrasados, el cemento roto en el escobén. El contramaestre acciona el molinete de proa para comprobar si funciona. El oficial Yerásimos se detiene ante el camarote del radiotelegrafista. Lleva un deslucido casquete colonial.

—¿Te estás afeitando?

—Sí.

—Buena curda te cogiste anoche. No has esperado a bajar a tierra.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Eres tonto o te haces el emigrante chino? Te encontró el camarero tumbado en la cabina del radiotransmisor. Como una cuba. Vino a despertarme. Te trajimos en brazos al camarote… Madre mía, ¿sabes en qué estado te encontrabas? Pues como para cogerte por los pies y arrojarte al mar, que se dice.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¿Te has picado?

—No, hombre, no… ¿Recuerdas a Nikita? Lo extrajo una draga de entre el cieno, en el Plata.

—¿Se suicidó?

—Sí. Se ató de manos y pies y saltó.

—Eso es imposible.

—Tonterías… El cómo pudo atarse él solo con aquellos nudos es otra historia. Parece ser que antes de saltar se golpeó la cabeza con un hierro.

—¿Al caer?

—No. Antes de caer.

—Vete al infierno, a estas horas me vienes con esas… No recuerdo nada de eso. ¿Cómo fue?

—Cuando meten mujeres en los mercantes y tienden la ropa interior y la lencería sobre los enrejados y las barandillas, qué se puede esperar.

—¡Pero qué estás diciendo! Nosotros, los marinos, somos gente de fiar. No ponemos los ojos donde no debemos.

—Pero nuestras mujeres no. En el mar, la sal y el yodo las descomponen. Les viene la regla dos veces al mes.

—Venga ya…

—Te lo juro. Me lo dijeron unas camareras y lavanderas de los paquebotes. Otro radiotelegrafista subió al puente, lo invitaron a café y se fue directo al otro mundo. Vosotros sois un gremio. Os contratan de tres en tres. Yo, en cambio, voy solo.

—Hoy no aguantas ninguna broma. No vuelvas a la bebida.

—¿Has encontrado alguna botella en el suelo?

—No. Te la habrás bebido. En tu mano está, haz lo que quieras. Pero no debemos hacer el ridículo ante la tripulación. ¡Ah! Se me olvidaba, han encontrado junto a tu cabeza un pájaro enorme del continente con una pata rota.

—¿De colores?

—Sí. Azul, verde y blanco, manchado de sangre.

—¿Lo habéis tirado?

—Lo tiene el contramaestre. Le ha entablillado la pata. Le ha puesto Jristóforo, en honor del patrón de Farsa.

—¿Cuándo arribamos?

—Dentro de tres horas detendremos el barco para que suba el práctico. A las cinco estaremos en el puerto.

—¡Estupendo! No hemos tardado nada.

—Tarde o temprano, el caso es llegar. Otros se ponen en marcha y no llegan nunca.

—Sí… Mira, bonito día. Los que se ahogaron ayer hoy se habrán arrepentido.

—Tonterías… ¿Qué va a pasar con el agregado? Yo no puedo salir, ya sabes, los consignatarios, la seguridad, los estibadores y toda esa farra. No podemos dejarlo así. La cosa se está poniendo fea. ¿Te apetece ir con él? Debe de ser contagioso, además.

—Menuda cosa. Si uno de los treinta y tres (¿cuántos somos?) te asegura que no la tiene, que venga a decírmelo a mí.

—Exageras…

—Y el que no la tenga la pescará esta noche.

—¿Le vas a llevar o no?

—Sí, hombre, sí. Sin falta. ¿Habéis dado el agua?

—Desde esta mañana. Anda, date un baño, a ver si te espabilas.

—Vaya prisa que os habéis dado. Apestamos.

—¿Qué querías que hiciera? De mugre no se muere nadie. En cambio, de sed… ¿O te crees que me divierte lavarme por partes en un cubo? Bueno, pensemos a dónde vais a ir…

—¿Podemos preguntarle al médico del servicio sanitario?

—No.

—¿Al práctico?

—Tampoco. A algún estibador, quizás, y, aun así, con cuidado. ¿No has dicho que tenías un *shore leave*? ¡Pues búscalo!

—Espera. Saõ Domingo… Santos… No lo trae.

—Mira por Sw.

—Suva… Swansea… Aquí está Swatow. Escucha: « *home; None. agencies; None. Hospitals; None. Venereal disease physycians; None. Dentists; Yes. Doctor Lin*
Seamen's
Seamen's
». ¡Qué maravilla de puerto! Ya podía habérsele picado la muela al chico. Escucha, vas a ver qué gracia: «*Note: Nothing of interest to bring men ashore. Vicious conditions. Avoid riksaw men at night…*». Ja, ja, ja… Justo lo que necesitábamos. Díselo a los muchachos y vas a ver cómo se contagian. Bueno, trata de convencer a algún chino de los de la agencia. Espero tu respuesta. Hay que terminar con esto esta noche. Me preguntó tres veces durante la guardia y desde que me he levantado me va siguiendo como un perro faldero. En cuanto acabéis, ven a contarme qué es lo que tiene. Si estoy durmiendo, despiértame, y si da positivo, compra todas las medicinas que te recete el médico. Había pensado proponerte, si quieres, que las paguemos a medias nosotros y, después, ya veremos.

—Sí, claro. Yo también quería decírtelo. Te me has adelantado. ¡Ay, me cago en diez!

—¿Qué pasa?

—Que me he cortado. Pásame el algodón y el alcohol. En el estante, a la derecha. Gracias. Les tengo miedo a los cortes.

—Déjalo correr y después presiónalo con fuerza. Así… ¿Por qué no te afeitas con cuchilla? Es más cómodo.

—La cuchilla es ligera, delicada… Hay momentos que te dan ganas de…

El contramaestre lo interrumpió:

—Hemos desenredado las redes de los mástiles de carga, hemos bombeado el agua. Todo bien. He revisado las anclas para que estén listas. ¿Ordenas algo más?

—Nada. Preparad los cordeles, los globos y demás defensas. Y la escala del viento.

—Todo está sobre cubierta, listo.

—Bien. Las guardias cesarán como de costumbre.

—¿Y sobre el dinero qué les digo?

—Mañana a mediodía. Los *over time* [41], también, todo junto. Y no olvides decirles de mi parte que abajo hay guerra y que harían bien si no se quedaran a pasar la noche en los burdeles. Que vayan en grupo. Nunca solos. Que no beban agua, pues está contaminada. Tampoco bebidas alcohólicas, que están adulteradas.

—Entonces, ¿qué van a beber, meados?

—Es asunto suyo. ¿Qué tal el pájaro?

—Se ha marchado. Estaba como muerto, pero, de repente, dio un aletazo impresionante. Al instante ya había ganado altura… Me voy a comer.

Yerásimos preguntó:

—¿Había cesado la hemorragia?

—Sí. Serías un buen pope de pueblo, Mema, los domingos los reunirías a tu alrededor. Ellos te traerían ofrendas.

—¿Y te ríes? Mucho mejor que el trabajo que hago sería.

—Solo que de vez en cuando se te iría el santo al cielo y te pondrías a blasfemar.

—Los rufianes de la plaza de Omonia son mucho mejores que nosotros. Por la mañana leen el periódico en la cama, con el café al lado. ¿Sabes qué estuve pensando anoche durante la guardia? Que para nosotros, los marinos, no hay infierno en la otra vida. Lo vivimos dentro de esta chatarra, antes de morirnos. Estamos

perdonados hagamos lo que hagamos.

—¿Tú comulgas alguna vez?

—Sí, en mi pueblo.

—Yo nunca.

—Haces bien. Tienes una boca inmunda, después de meterla donde la metes.

—Y tú blasfemas.

—¿Lo mismo es? Escucha, te vas a partir de risa. Ayer el cabrón de Spiros estaba desmontando su mechero sobre el parapeto. Se le resbaló un tornillo y se le cayó al mar. ¿Qué crees que fue a maldecir?

—Ni idea.

—El mulo que montaba Jesucristo al entrar en Jerusalén.

—¡Vaya tío!

—¿Llegaste a conocer a un marinero llamado Spiros Trisatos, de Pylaros?

—No.

—Ese sí que era un tío increíble. Le dabas los buenos días, y maldecía. El capitán le impuso un chelín de multa por cada palabrota. «Que no te oiga blasfemar mientras estás a bordo», le dijo. Por la noche, la sanción ascendía a un mes de sueldo. Al día siguiente, no aparecía por ninguna parte hasta que, de pronto, surgieron de la popa gritos y blasfemias. Era domingo. Buscaron en el puente, nada. Se asomaron a popa y ¿qué vieron? El marinero se había instalado fuera de la popa del barco. Sentado sobre una tabla, balanceaba las piernas por encima de la hélice, fumando y blasfemando. Había atado su macuto al lado con un cordel.

»"¿Qué haces ahí, pedazo de bestia?", le gritaron. "Te vas a romper la crisma".

»"¿Qué queréis que haga so animales? ¡Ojalá se os meta el diablo en el cuerpo, y que sea macho y hembra a la vez! He desembarcado. Y decidle al cabrón del capitán que maldigo fuera de su barco".

—Pues así me pasa a mí. Si pierdo algo, no lo puedo encontrar si no mando a todos al diablo. Pero no son blasfemias fuertes.

—Mejor que blasfemases.

—¿Por qué?

—Uf… Me llevaría mucho tiempo explicártelo. Vamos a comer.

—No tengo hambre.
—Me voy.

Su nombre en hebreo es Abadón,
y en griego tiene por nombre Apolión.
APOCALIPSIS

La campana toca un redoble. Son las doce menos veinte del mediodía. En el puesto de proa, sobre una mesa de madera sin barnizar, llena de manchas, Linacherás come con avidez. Polijronis mastica una raíz de orégano, y Yácumos, el carpintero, rebaña el plato de aluminio con miga de pan. Cuatro literas sobre el tabique de estribor y dos en la proa, superpuestas, deshechas. El tipo del mar Negro, sentado sobre la más alta, está cortándose las uñas de los pies.

—Cosmás, deja ya de manosearte los pies, nos estás poniendo nerviosos.

—Bueno, resumiendo, allí en el Barrio Chino, en Barcelona…

—¿Antes de la guerra? —saltó Polijronis.

—Calla de una vez, animal —le dijo Linacherás—. No haces más que interrumpirlo. ¡Qué mala costumbre!

—Sí, antes de la guerra. Me había bebido no sé cuántas botellas de Madeira. Abordé a una allí, en las callejas… Guapa. Algo delgada. Cerramos el trato.

—¿Cuánto? —le interrumpió Polijronis.

—¿Cómo quieres que me acuerde?… Subimos… Nos metimos en la cama. Una ropa interior…, todo seda y encaje. «¿Quieres al estilo de las mujeres o…?». No comprendí. Total que le meto mano y me topo con un arrecife, pero no veáis de qué dimensiones.

—¿Qué era?

—Era un tío, hombre, un tío vestido de mujer. Un maricón, que los llaman. Me vestí para marcharme y se organizó una gresca que revolucionó a toda la manzana. Empezó: «Me vas a pagar un

completo. Te has metido conmigo en la cama. ¿Quién te ha impedido terminar? Me vas a pagar». Unos berridos… Parecía una carraca. Salí pitando… Aún debe de estar maldiciendo. ¡Le arreé un buen par de hostias!

Linacherás encendió un cigarrillo y sonrió:

—Eso es si queremos creerte, Cosmás. El año pasado en el *Cardiff* te pasaste una semana en el calabozo. Entonces, cuando te pillaron dando caramelos a los niños en el *Roath Park*. En Róterdam, si no llegas a subirte al tranvía en marcha, aún te estarían zurrando. En Dinamarca, la proa estaba llena de golfillos a los que regalabas sellos usados. Y podría estar hablando una hora… ¿En Barcelona te fue a entrar la vergüenza? A otro perro con ese hueso.

—No lo niego, Linacha. Mira lo que me ocurre: puedo acostarme con una mujer vestida de hombre, pero, cómo explicarte, con un hombre vestido de mujer, no sé, se me quitan las ganas. Y punto. ¿Comprendes?

—Y yo me lo voy a tragar —murmuró el otro.

—¿Es que es lo mismo ver a un chaval de catorce años con pantalones cortos, con los muslos enrojecidos en invierno por el frío y el calzón de lana? A eso en mi tierra le llamamos un bombón. Métetelo en la cabeza. Las mujeres apestan, ¡puaf!

El carpintero cerró la navaja, recogió las migas de pan y dijo sin mirar a nadie:

—Decidme una cosa, porque estoy hecho un lío. He leído en un libro que quien cojea de un pie, cojea también del otro.

—En los retretes lo habrás leído, pedazo de animal —le interrumpió el del mar Negro.

—Sí, en la plaza de Mohamed Alí, el día en que te vi esperando en la puerta del urinario, a ver a quién se la meneabas.

El otro se levantó colorado como un tomate.

—Esperad un momento —dijo con cierto tacto Linacherás—. Habla más claro, Yácumos.

—Pues… cuando fríes pescado, ¿cómo lo pones en la sartén?

—Primero, por un lado y, después, por el otro.

—Eso es… Hay un refrán que dice que el edredón de seda, te lo eches por encima o por debajo, calienta lo mismo.

Estallaron en carcajadas.

—Me cago en todos vosotros —rugió el del mar Negro—. Me habría gustado conoceros de jóvenes, pedazo de bestias.

Hizo un corte de mangas al carpintero y se marchó maldiciendo.

—Ya se le pasará —dijo Linacherás—. No es la primera vez. No le duran mucho los enfados al negro. Ya volverá a dirigirnos la palabra. ¡Menudo turco está hecho! Ayer le preguntó el contramaestre que por qué no se casaba, y le contestó que esperaba a que el obispo permitiera el matrimonio entre hombres. Y tú, ¿por qué no te casas, Rosos? Ya no eres ningún jovencito. ¿A qué esperas?

El carpintero escupió en el suelo y dio un golpe en la mesa:

—He hecho la promesa de no bajarle las bragas a mujer pasada por el altar. Además, me asustan los cuernos. Una vez amanecimos en Argostoli con *La Suprema*. El cocinero estaba degollando unos carneros y arrojaba los cuernos al mar. Uno cayó en una barca. El barquero lo cogió, lo observó detenidamente y preguntó al de la barca de al lado: «Eh, Luretsos, ¿qué diablos es esto?».

»No había tenido tiempo de responder cuando comenzó a caer sobre la barca una lluvia de cuernos. Luretsos, haciendo bocina con las manos, gritó: "No es *na*, Sigondo. *Na*, que el capitán y la tripulación se están peinando, *na* más".

—Lo he oído contar. A propósito, ya que estás interesado en las bragas, te diré que las más raras que he visto nunca las llevaba una judía. *To* encaje, botones y cordones. Me temblaban las manos.

—¿Y por qué no la dejaste que se las quitara sola?

—Así no tiene gracia.

—¿Quién lo ha dicho?… Tú, tumbado, fumando y contemplando el panorama. Las deja caer. Después se las lleva hasta el pie derecho, de ahí a las uñas, sin tocarlas con las manos y les da una patada. ¡Todo el placer está en ver cómo las lanza!

—Cuestión de gustos. En cambio, aquí, en China, todas las chicas llevan unos calzones de percal que les llegan hasta las rodillas, unidos por un cordel. Viendo lo crías que son, casi te da pena.

—Si las comparas con esas de nailon que se venden hasta en las verdulerías, mejor las de percal. ¿Recuerdas las que llevaban hace treinta años las amas de casa?

—No.

—¿Cómo describírtelas? Eran como pañales de bebé, grandes, anchas y con una abertura en el medio.

—¿Y cómo te acuerdas tú de eso con lo pequeño que eras?

—Ya a los nueve años no dejaba ni un cesto de ropa sucia sin registrar.

—¿Qué me dices? Eso es vicio, y lo demás es tontería.

—¡Y eso no es *na*! Los hay peores.

—A mí también me gusta mirar. Aquel cine Cochon, en Marsella… Después, el teatro Bataclán, en Buenos Aires, con personas de carne y hueso. En cuanto te oían jadear un poco, se te pegaba enseguida una mujer. De un extremo a otro no se oían más que gemidos.

—¿Te acuerdas de las casas de hombres en Marsella?

—¿De los de la acera de enfrente?

—No, hombre, no. Todo lo contrario. Eran mujeres las que iban a darse el gusto. Escucha lo que me ocurrió una vez. Tenía un amigo fogonero, Minás. Buen mozo, pero vago como él solo. Aborrecía la pala y el atizador. Trabajaba en aquella casa, con cartilla de la policía y todo. Un día fui a verlo por la puerta de atrás, y nos sentamos en la cocina. Al patrón, un español, yo le había caído bastante bien porque le regalaba puros. «Pasa a ver el salón y, si entra alguna clienta, te vas».

»Sentados en los sofás, un marroquí, un mexicano y dos o tres blancos. Todos con camisas azules y pantalones claros. De repente, se presenta una caterva de americanas. Antes de que pudiera poner los pies en polvorosa, una de ellas me cogió de la mano. Tenía la cara envuelta en un echarpe de seda. Intenté escaparme, pero el español me empujó y me encontré en el interior de una habitación. Se quitó el echarpe. ¡Virgencita mía! Los setenta no los cumplía. Más fea que un loro y, además, lo quería a la manera del lugar.

—¿Y qué hiciste?

—Lo que me pidió… Al marcharse me dio un dólar.

—Mucho es… Eh, maderero, ¿tú ya has estado en el sitio al que vamos?

—No, más arriba, en Amoy.

—¿Crees que habrá casas?

—Ni idea… Pero despídete. Las están cerrando en todas partes. Ya solo quedan las de Beirut. Por eso no es nada extraño que el mal

francés se haya extendido por todas partes. ¿Has visto al agregado?

—Sí, parece ser que se ha contagiado. Se pasa el día cuchicheando con el Marconi. Otro que también la ha *cagao*. ¡Eh, Polijronis! Deja ya de hurgarte la nariz… Me revuelve el estómago. ¿Crees que terminarán poniendo médicos en los cargueros?

—¡Qué dices, Linacha! ¿Estás en tus cabales? ¿Para hacer qué: comer y cagar?

—Solo con verlo ya te sientes mejor.

—Yo te digo que no sabes lo que dices —respondió el carpintero —. He trabajado en paquebotes y los he conocido de cerca. ¿Qué médico que merezca la pena se mete en un barco? Una vez se nos enfermó un pasajero justo en el ecuador. Un coloso. Un tipo de unos cuarenta y cinco años. A los tres días lo enviamos a medir el fondo del océano Índico.

—Estaría de Dios que se muriese. ¿Qué culpa tiene el médico?

—Tenía pulmonía. No le puso ni una de esas nuevas inyecciones. Por pura dejadez. Había otro que se pasaba el día tumbado en una hamaca leyendo libros sobre árboles. Si le pedías una aspirina, te ponía mala cara. Si le decías: «Doctor, me duele el costado». Daba un profundo suspiro: «Aaaaah». Y añadía: «A mí también me duele».

»Una noche, en Génova, se cayó un obrero a la dársena. Despertamos al médico. Lo primero que dijo fue: “Pues buen momento ha escogido para caerse. ¿Cómo voy a bajar a estas horas? Me caeré yo también”. Era un carcamal. Estaba para el arrastre. De arriba gritaron: “¡Coged al doctor!”. Lo bajaron entre tres. Y otros tres sacaron al obrero. Muerto.

»En otra ocasión, lo llamó una señora de la primera clase: “Doctor”, le dijo, “tengo…”. No la dejó terminar. Suspiró: “Ay, yo también”. Y ella: “Tengo hemorragia, doctor, usted ya comprende, problemas de matriz”.

Linacherás se echó a reír.

—¡Qué exagerado eres, tío!

—Y tenía un vicio, el viejo maricón. Una noche nos quedamos acechándolo. De ponérsete los pelos de punta. ¿Has oído hablar del columpio?

—¿Lo de las poleas?

—No, no… Te dejas caer…

Cuatro redobles de campana interrumpieron la conversación.

Los tres se precipitaron a cubierta.

En cuanto dejó de sonar la campana, dos hombres sudorosos, manchados de carbón y grasa, avanzaron hacia la bodega número 1. Llevaban pantalones azules, camisetas sin mangas, agujereadas, y zapatillas negras. Uno de ellos, Remuscos, se sentó en el parapeto y se limpió la frente con el trapo de faena. Tendría unos cincuenta años, pero aparentaba sesenta. Cojo, con la cara deformada, de cuerpo delgado y tostado por el fuego. El otro, el de Ténedos, de la misma edad, fornido, mordía la punta del pañuelo de malla que le colgaba del cuello. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes.

—¿Por qué te sientas? —dijo el de Ténedos—. Vamos a lavarnos. ¡No pensarás comer así!

Remuscos se levantó con dificultad y se dirigió a la proa. Soplaba un suave viento continental. El engrasador, que salía de guardia con el jefe de máquinas, un viejo libertino al que apodaban la Sillera[42], se acodó en la barandilla a contemplar la tierra.

—¡La que se va a organizar esta noche! —murmuró el jefe de máquinas—. Untaos con vaselina, que llegamos. Yo quiero dos para mí solo.

—Sí… ¡Menos lobos! —El engrasador se rio—. Y después te tendremos que dar friegas de alcohol y te nos quedarás tres semanas postrado, como la otra vez en Lomé. ¡No me jodas!

—¿Yo? —replicó contrariado—. ¿Yo? Te apuesto lo que quieras. Dejo por los suelos a muchos veinteañeros.

—Mejor, cógete algunas fotografías de las que tú sabes y vas que chutas. En el estado en que te encuentras, tú solo sirves para hacer de patrona. ¿Te acuerdas de la Jardinera?

—¿Cómo no me voy a acordar? Si la tuve durante dos años seguidos. Y de Papiro, en Corfú, y de Lemoniá y la Culona, en Syra, y de la Barquera y de Dubina. Esas sí que eran patronas, y no las de ahora.

—¿Y de la Sillera? A esa la conocías mejor. En los tiempos de Otón.

—Y la madre que te parió, maricón de mierda.

Le hizo un gesto insultante.

El carbonero, un hombrecillo de Syra, los llamó:

—A comer…

Remuscos se sentó sobre la tapa de la escotilla, al lado del de

Ténedos, y comenzaron a comer arroz con carne del mismo plato.

—No comes nada, tío —le dijo el otro al poco rato—. Tres cucharadas yo y una tú.

—¿Y le llamas comida a esto? Seguramente habrá cartas. ¿Las traerá el práctico?

—Yo que sé… Otro engorro, el del retraso de las cartas. Muchas veces mojadas, que no hay forma de leerlas. Y lo que es peor, puede llegarte un sobre con las cartas del viaje anterior, mientras que las nuevas se encuentran en el fondo de algún cajón en Port Said. Nadie nos tiene en cuenta. Nos ignoran. El año pasado pasé las fiestas de Pascua en casa. Cuando me senté a comer con mi señora, llamaron a la puerta: era el cartero.

»Una carta repleta de matasellos y tachones. Fíjate qué recorrido: Saint Vincent, Rosario, Halifax y Moji. A ningún puerto llegó a tiempo. "Rómpela", me dijo mi mujer. "No", le respondí, "déjala cerrada y me la llevaré para leerla algún día de fiesta en altamar, cuando lleve bastante tiempo sin recibir ninguna". Nos echamos a reír.

—Pues no es para tomárselo a risa —murmuró Remuscos—. Estoy a punto de volverme loco. Hace cinco meses que no recibo carta.

—Te pusieron un telegrama en altamar.

—¿De qué me sirve? «Estamos bien de salud». ¿Quién me asegura que es verdad?

—¿Y con la carta sabrías si dicen la verdad?

—La carta es otra cosa. Si pasa algo (toquemos madera), aunque no te lo digan, lo captas. Conozco la letra de mi hija a cien metros de distancia. Tendrías que ver qué caligrafía. ¡Y las cosas que dice! En la última carta me ponía: «Papaíto, no te canses, come mucho, diviértete», y más abajo, «en pocos años te relevaré. Te sentarás en una hamaca y no harás nada». ¡Hay que ver las cosas que dice!

—¿Es mayor?

—Ha cumplido doce años. Los mayores no le llegan a la suela del zapato. Lo que a ella le gustan son los libros. Y no cualquier folletín o revista, sino los libros serios. Hace dos inviernos, pasé con ellos un mes, y todas las noches me leía un rato. La tristeza me va a enviar al otro mundo, tío.

—¡No seas gafe, hombre! ¿Por qué?

—¿Que por qué? Porque es…, cómo explicártelo… Durante la Ocupación estuve ausente. La dejé cuando tenía cuatro años. ¿Cómo quieres que salga adelante una mujer sola con una niña? Hojas de col y judías. ¡Si hubieran tenido las conservas que tiré al mar cuando la guerra! Muchas privaciones. Además, una vez la hirieron en una pierna. Hace tiempo que cicatrizó la herida, pero, mira por dónde, ha quedado…, bueno, que no anda bien con la izquierda. «¡Vaya cosa!», me dice. «Me importa un bledo, papá».

El carbonero llegó con un cacillo de café. Lo depositó a su lado.

—¿Habéis terminado?

—Sí.

—Lavaré vuestros platos junto con el mío. ¡Habéis tenido suerte! Menos mal que estamos llegando.

Recogió los platos y se fue. El de Ténedos se atusó sus grandes bigotes.

—Lo mires por donde lo mires, las cosas no son de color de rosa. Pero las hay peores. Yo crie a un chavalote tan grande como la copa de un pino; bueno, a decir verdad, fue su madre la que lo crio. Mientras ella lo paría, yo estaba fumando narguile. Esto es lo injusto. Tendríamos que sentir nosotros algunas punzadas debajo del ombligo mientras nuestras mujeres están pariendo. Tenía tres años cuando regresé del viaje. «Es un niño difícil», me dijo mi mujer, «no hay quien lo gobierne». La regañé. Tenía un tirachinas y derribaba los sombreros de los viandantes. Una vez cogió unas nueces, las partió por la mitad, las vació, les echó alquitrán fundido y herró con ellas a tres gatos. Los oías por la noche sobre el empedrado, tac, tac, tac, y parecían caballos. Lo cogí por las buenas y le hice comprender. Estuvo tres días batallando hasta conseguir limpiarles las patas. A los dieciocho años tenía el corazón más grande del barrio. Trabajaba como carpintero. No dejaba a ningún mendigo sin comer. A los veinte años, durante la Ocupación, un alemán le dio un coscorrón en la plaza de Omonia porque lo había empujado. Entonces mi hijo le dio un cabezazo que le dejó la cara hecha un Cristo, después le bajó los pantalones y le metió la pistola por el culo. Hasta la culata. Te puedes imaginar lo que pasó. Otros tres descargaron sus armas sobre él. Lo dejaron como un colador. Me dijeron que en el momento de morir sacó la lengua para burlarse de ellos. Remuscos, preferiría que estuviera cojo de las dos

piernas, ciego, paralítico. Al menos tenerlo, poder verlo… ¿Qué has dicho?

El otro tenía la cabeza gacha. El gato del barco había saltado sobre sus rodillas y se restregaba contra él.

—¿Qué estás arreglando, Diamandís? —preguntó el radiotelegrafista.

El agregado se volvió sorprendido:

—Me las veo y me las deseo para planchar esta camisa…

Había extendido una manta sobre el *gross bunker* y una camisa húmeda por encima. Sostenía con dos paños una botella llena de vapor de agua caliente —vieja técnica marinera— y trataba de alisar la camisa.

Se detuvo un momento y lo miró con disimulo. Bajo el sudor de la frente observó dos marcas rojas. El pelo rubio le escaseaba cada vez más y tenía la cara más chupada.

—Me estoy preparando. ¿Vamos a ir?

—Sin falta. Mañana a esta hora estaremos allí —titubeó—. Sabremos algo. Deja la botella y no te canses. Tengo una de seda sin estrenar. No me está bien. Ven que te la dé.

—No sé si debo…

—Pero si es un regalo, hombre. Venga, vamos.

—Espera. Si tengo… Es decir…, si estoy enfermo, ¿tendré que quedarme en el puerto?

—¡Estás loco! Es una enfermedad que se pasa de pie. Te recetarán inyecciones. Yo te las pondré.

—¿Son muy caras? Espero cobrar cinco billetes. ¿Será suficiente?

—Diamandís… Cuando seas capitán o segundo y tengas que ayudar al agregado o a cualquier otro, ¿qué harás?

—Pero…

—No hay pero que valga, vamos…

—¡Eh! ¡A la proa! Escalera de cuerda y remolque a sotavento —gritó el puente.

—¡A sus puestos! —respondió el segundo oficial desde la serviola.

El capitán llevaba un uniforme de lino blanco, cuatro galones en cada manga y trencilla dorada sobre la visera. Cincuentón, alto, exuberante, las mejillas teñidas de un rosado ceniciento y

amarillentas ojeras bajo sus ojos de buey. La papada le caía por la abertura del cuello de la guerrera.

—*Lentameeeeeente* —dijo el primer oficial, que sostenía el pulsor del telégrafo. El aparato respondió con un tintineo melódico.

—*Stooooop* —añadió algo después.

El motor se detuvo. El *Pytheas* redujo velocidad.

—Todo *reeeecto*. Tal y como está.

—Recto —repitió Linacherás.

El barco piloto se acercó.

—Diamandís, arría la G e iza la H.

—Café para el práctico y coñac —ordenó el capitán.

El chino subió al puente.

—Tsingua Ho. *What engine? Draff*?

—*Twenty three af*.

—*OK. Dangerous cargo*!

El capitán se inclinó y le dijo algo al oído. El chino sonrió.

—*How many tugs want*?

—*Two*.

—*Speed*?

—*Eight*.

—*All right*.

Le pasaron un cabo a los remolcadores.

—*Starboard* —dijo el práctico.

—Todo a estribor —dijo el capitán—. El ancla izquierda preparada para fondear.

El barco entró en el canal. El aire olía a estiércol, a algas podridas y a guerra.

A izquierda y derecha, cientos de casas flotantes. Un cadáver transportado por la corriente. Va vestido de color caqui. Navega en dirección al mar, a menos que se enrede en la vegetación del río. A lo lejos se oye el estruendo de los cañones. Se divisan los pontones de madera. Están llenos de inscripciones, como en la mayoría de los puertos. Ya podíamos leerlos. Los marineros que pintan los barcos acostumbran a escribir sobre los maderos. Ante nosotros aparecía escrito en holandés: «Hemos arribado en un féretro de cincuenta años. ¡Viva Holanda!».

Más abajo, en griego: «Puerto de mierda. El vino se sube a la

cabeza. Las mujeres son ladronas, apestan y tienen piojos».

Un poco más allá, en francés: «A diez mil millas de la *place* Pigalle. *Sale*…».

Otra decía: «De noche salid con navajas».

—Estamos llegando. ¿Por qué no se ríe? —me preguntó una pasajera una mañana en que arribábamos a puerto tras una larga travesía.

La miré sin comprender.

—*Sorry*… No me he explicado bien. Quiero decir que si no está contento de arribar. Tiene usted la misma expresión en los ojos que cuando zarpamos.

—Quizá sea porque este no es el *Home port* —respondí.

—Seguro que es por eso. He debido comprenderlo antes.

En aquel momento, pensé que, si no le había dicho la verdad, al menos le había respondido lo correcto. Lo mismo me preguntó años después una india cuando, regresando del sur, comenzaron a divisarse las luces del Pireo. Afortunadamente, en aquel momento me llamaron a mi puesto… El puerto de mi país… El peor del mundo. Regresas. Ya en el antepuerto te anda buscando el empleado. Te lo dice a medias.

—¿Qué quieres decir, que tengo que desembarcar?

—Sí.

—¿Vamos a amarrar?

—No.

—Entonces, ¿me va a sustituir otro?

—Sí.

—Hombre, podíais haberme enviado un mensaje al mar para que tuviese mis cosas preparadas. Partimos dentro de tres horas… Bueno, me voy. Oye, dime, ¿he hecho algo para que me despidan?

—Yo qué sé. Órdenes de la oficina. Yo hago lo que me mandan. Soy un simple empleado.

Entonces te quedas como un tonto mirando a tu alrededor. Has vivido en este camarote seis meses o un año… Ahora eres un extraño. Abres los cajones, llenas primero el petate; después, la maleta, el macuto. Terminas. Pero quedan un montón de pequeñeces. Las guardas también. Ahora tienes que dejar algo en un rincón (antigua costumbre marinera). Dejaré este frasco de yodo, esa caja de inyecciones de bismuto a medio acabar. Quién sabe…

Hay quien deja medio chelín o un par de calcetines desparejados. Sales al muelle. Por alguna parte cuelga la manga del uniforme con los galones. Póntelos mañana para ir a pasear a la plaza de Sintagma. Si coincide con el carnaval, mejor que mejor. Y aun así. Están remendados, manchados de aceite, de pintura, de sal, de sudor. De sangre… «Cuéntenos alguna historia de marinos». Pues he aquí una, señora… Al día siguiente te vas al sindicato y te inscribes el último, tras otros doscientos que esperan embarcarse. «Acabas de trabajar», te dicen. «Vas dado». Te quedan cuatro perras. El marino en tierra es una basura. Se convierte en basura al día siguiente, en cuanto se aleja una milla del mar. Te pasas meses sentado en un banco de un jardín público desgastando el pantalón. Cortas el cigarrillo en dos. Suprimes la taza de café. Te queda el *comboloi*[43]. Se te rompe y pierdes la mitad de las bolas. Para estar sin trabajo, mejor en el extranjero. Que no te vean los amigos y muevan compasivamente la cabeza. Que no se cansen de ti los tuyos. En Cardiff, en el

Sailor's

Rest. El plato y los cubiertos fijados a la mesa por unas finas cadenas. La sopa la sirven con un aparato que recuerda las lavativas. Por la noche te acuestas con la ropa puesta para no perderla. No por los del oficio, sino por otros tipos que, sin ser marinos, se mezclan con ellos. Cuando hace sol, te tumbas en el césped del Roath Park y contemplas los patos. No hay peligro de que te aborde mujer alguna… Entonces aprendes a jugar a los dados, dedicándote a mirar en Bute Street. Una vez un tipo ganó cinco libras con un chelín. No se las metió al bolsillo. Se detenía a cada paso, las contaba y no daba crédito a sus ojos. En una esquina se las birló un cubano —a plena luz del día— y salió corriendo. Se quedó mirándose las encallecidas manos. Después llega el día de partir. Te has hartado de subir y bajar escaleras. Te dan un papel y ahí comienza el martirio: Casa del Marino, Emigración, Policía, Botiquín, Capitanía del Puerto… ¿Estará todo en regla? Terminas. Cobras el anticipo y pagas las deudas. Subes la escala y estás para el arrastre. Zarpas. Navegas. Y vives siempre con la angustia de que te despidan. Hay que estar loco, me dirás. Tal vez. Una vez un marinero había batallado durante dos años por embarcarse. Apenas recibió el papel, lo hizo pedazos y regresó al Jardín de las Delicias.

Al atardecer se quitó la vida con sus propias manos.

—Arría el ancla de babor.

El contramaestre soltó el freno de la polea y el ancla descendió produciendo un gran alboroto.

Contó con una campanada el paso de cada eslabón. Una, dos, tres.

—Sostén la cadena.

—Sostenida.

—Al revés.

—Al revés.

—Mantenla ahí.

—Mantenida.

—Que tire más el remolcador de proa.

—Tirando.

—Fuera los cabos.

Dos cordeles finos fueron lanzados al muelle y, tras ellos, atados, los gruesos cabos. Cuatro o cinco chinos encapillaron los cabos a las bitas.

—Tensar en proa y en popa. Soltad *springs*… Tensa más lentamente.

El barco atracó con suavidad en el muelle de madera. El primer oficial se encontró con el contramaestre al pie de la escalera del puente.

—¿Todo listo? ¿Las luces?

—Todo. ¿Los embudos para las ratas?

—También… ¿Han traído las cartas?

—Sí. El práctico.

—¿Las habéis repartido?

—No me martirices tú también como los otros, Vanguelis. Se lo he dicho dos veces… «La gente está esperando». «Pues que espere», me ha contestado. «Dámelas, que las reparta yo directamente». «No. Te he dicho que no…».

—¡Me cago en él y en toda su estirpe! ¿Sabes por qué lo hace? ¡Ojalá lo cocease una mula con las cuatro patas [44] ! Para jorobar a la gente.

—Para despegar los sellos, más bien.

—Venga, hombre.

—Te lo juro por mi madre. Que me muera sin pisar tierra. ¿No

lo sabías?

—El médico está en el muelle —gritó alguien.

Se marcharon precipitadamente.

—Baja la escala.

La escala bajó rechinando hasta el muelle.

Poco después, el primer oficial salió del comedor y llamó al contramaestre.

—No arriéis la bandera de cuarentena. Que se reúna toda la tripulación en la proa para vacunarse.

—Otro engorro. ¿Viruela?

—No, peste.

—Allá voy.

El primer oficial permaneció de pie rascándose la frente. Apareció el tercero procedente de proa.

—¿Las habéis repartido?

—Más tarde.

—Guárdatelas, me importa un bledo.

—Entonces, ¿por qué preguntas? ¿Es hablar por hablar?

—Por costumbre.

Se retiró y se acodó en la barandilla. El primer oficial se alejó cojeando. Dos fogoneros, el ayudante de cocina y un carbonero se acercaron a la puerta del salón. Golpearon bruscamente.

El camarero del capitán —alto, delgado, de pelo blanco y bizco — entreabrió la puerta.

—¿Qué pasa, chicos?

—Nuestras cartas.

—No puede ser. En estos momentos, está hablando con el médico y el práctico.

El carbonero alargó la mano y sacó un sobre del bolsillo del camarero.

—¿Y esto qué es? Ve a decirle que te las dé inmediatamente o entramos a cogerlas por la fuerza.

La puerta se cerró.

—Rufián… Tarado. Un buen chapuzón no te vendría nada mal.

La puerta se volvió a abrir.

—Decidles a los otros que vengan aquí en vez de a la proa. Para vacunarse y recibir el correo.

—¿Me ha llegado algo? ¿Has visto? —preguntó el ayudante de

cocina.

—No lo sé.

Comenzaron a entrar de dos en dos, sin armar jaleo. Salían arremangados, presionando con un algodón el brazo dolorido. Algunos llevaban carta. Se dispersaron. Se aislaron en un rincón. Uno lee en voz alta, otro mueve simplemente los labios, otro sonríe. Remuscos salió con la cabeza gacha. El ayudante de cocina se le acercó.

—¿Hoy tampoco has recibido nada?

No respondió.

—Yo he tenido cinco. Dos del año pasado. ¿Quieres que las compartamos?

Se dirigió a proa, se sentó en una bita y sacó un cigarrillo. El de Ténedos le dio una palmada en la espalda.

—Por tus muertos, haz el favor de leérmela.

Remuscos la cogió y, con la escasa luz que aún quedaba, comenzó a leer. Sobre la barandilla, el castillo de proa y la popa se habían posado infinidad de pájaros.

En el muelle esperaban dos hombres de la agencia, algunos aduaneros y un práctico. Todos vestían camisas blancas que les cubrían los pantalones hasta las rodillas. Uno de ellos se había aproximado a una portilla y había entablado conversación con el negro del cuarto de máquinas. El aduanero lo echó con improperios.

Una mujer vino a esperar al pie de la escala. Llevaba una flor en la mano, un sol de China. Un perro apoyó sobre ella sus patas delanteras.

Despertarse y encontrarse en un país al que vas por vez primera. Te frotas los ojos, enrojecidos y cansados. Ves borroso. Personas que nunca habías imaginado. A fuerza de tratarlas, te encariñas con ellas. Luego, te vas. Los recuerdas cuando te quedas un tiempo en casa, a la hora de acostarte. El recuerdo solo tiene valor cuando sabes que vas a iniciar un nuevo viaje. El rechazo más fuerte, la mayor desesperación, llega cuando echas ancla en tu país y vives de los recuerdos.

En una iglesia gótica hay unas sillas que tienen talladas imágenes obscenas en la parte de atrás. Mucho más obscenas que la de los templos de piedra de la India. El anónimo artesano había trabajado por propio placer. Estaba harto de trabajar para los otros,

por la fe, por las ideas. No lo hizo para divertirse, sino para dejar su impronta. No hay nada en el mundo que no pueda hacerse. Lo más increíble, lo más horroroso. Basta con que alguien lo haya pensado.

El mejor café de mi vida me lo tomé en Moka. El mejor té, en Colombo. Cuando le pedí la tercera taza al indio que lo servía, se enojó: «¿Qué quieres, perder lo que has ganado?», me dijo. El peor café que le he llevado a mi madre lo compré en Moka. El peor té que he comprado en mi vida, en Colombo. En los mismos establecimientos donde lo había tomado.

El pintor Petridis, un refugiado ruso que lustraba zapatos en Drapetsona[45], pintaba su caja y decía que empleaba la técnica que le habían enseñado en la Escuela Politécnica de Moscú. Se trataba de un pequeño guache. Representaba un papel de estraza con unas cuantas aceitunas, dos cebollas —una con tallo—, un pedazo de pan moreno y unos cuescos al lado. Pero el tema era otro: la lámpara con el cristal roto. No cabía en el cuadro. Quedó colgada de la pared, alumbrando un lado de la mesa.

Atardecer de invierno en Martigues. A mi lado, la muchacha no paraba de hablar. Redes colgadas, casas de pescadores. Estrellas y caballitos de mar clavados en las puertas. No debemos llevar a una mujer con nosotros cuando queremos conocer un paisaje, oír música o ver un museo. Con ellas no merece la pena que compartamos ni siquiera la cama. De pie contra el borde, como los soldados, como los marineros. «Vamos a coger ostras. Mira: *La Venise provençale*. ¡Vamos a comer a casa Crespi!».

¡Qué pena! Ella no había visto la sombra que, surgida del canal, caminaba a nuestro lado. Era aquel que desde niño había sentido la humedad en sus finos dedos, la niebla en sus narices palpitantes. La caja de las pinturas colgaba de su cintura, el caballete bajo el brazo. Había comenzado desde muy temprano a pintar la bruma del estanque, que amaba más que a las playas de su patria, y estaba cansado.

«Calla. Escucha. Aprende. Niña estúpida. Adorable. Tus cabellos se debaten aún con los restos de pintura. El gris plomizo lucha con la púrpura. Ahora se lo traga. Entonces él se arrodilla de repente, abre su caja y, sobre el reverso aterciopelado de una camiseta de lana, pinta las chalanas podridas, el olor del pescado en tus cabellos. Su semblante es sombrío, como antaño en la triste casa de

las rejas, en el Ática. El pintor de Missolonghi, de Provenza, Mijaíl Iconomu».

Los marineros son acróbatas. Llevan monos de trabajo azules o caqui desteñidos, llenos de manchitas rojas, verdes, negras, blancas… Pueden subir por una cuerda hasta la cima del mástil, sin servirse para nada de los pies. Pueden sostenerse un instante suspendidos por los dientes, caminar por una cuerda tensada mientras por debajo de ellos corre el agua. Sus manos están cubiertas de cicatrices y de heridas. A algunos les falta un dedo; se lo cortó una polea, un tambre, un torno. Permaneció un rato en el suelo, aún caliente. El gato lo olió y se dio media vuelta. El perro del barco lo reconoció y lo lamió. El grumete lo barrió junto con los otros restos de basura.

Cuando se preparan para una difícil maniobra, he oído a los marineros decir por lo bajo frotándose las manos: «Y ahora vuelve a desgarrarte, María». El nombre cambia de una boca a otra. Se convierte en Eleni, Teodora, Esperanza. Es el nombre de su madre. En aquel momento sufren los dos: la madre y el hijo. La madre sufre más. El doble. Aunque esté lejos. Es un segundo parto, unido por un hilo a la muerte.

Cuando el barco echa anclas fuera del puerto, en una rada, en un río, se sientan sobre la escotilla y trenzan las cuerdas con tres, cinco o nueve hilos. Unas veces recubren las botellas con paja, y otras las pintan. Les gustan las pinturas. El contramaestre las mezcla y encuentra el tono adecuado. Antes de pintarlas, juegan con ellas. Dibujan algo por divertirse. Por mucho que se laven, siempre despiden un rancio olor a aceite de pescado, a robín o a ese veneno que se llama aguafuerte. El olor que gusta a las prostitutas y a las madres de los marineros.

Cuando veáis en algún pueblo a un hombre con la espalda apoyada en una pared, fumando o jugando con su *comboloi*, es un marinero jubilado. Ha encallado, como suele decirse.

En Port Sudan hay una raza de negros altos y secos, con un mechón de pelo rizado en la cabeza y una horquilla de madera colgada del cuello para rascarse. Llevan tan solo unos calzones y se dedican a descargar los barcos.

Me encontraba tumbado en mi camarote con los dos ventiladores en marcha, muerto de calor, cuando uno de ellos

apareció en el quicio de la puerta:

—Yo… Idomeneo, hijo de Iskender[46] … Tú dar ropa.

Le di una camiseta vieja. Me abrazó y me besó. Yo esperaba que se fuera.

—Querer papel —me dijo.

—¿Para qué?

—Inglés creer yo robar… Pegar.

Le hice un certificado de donación. No se fue.

—Necesitar sello.

Se lo puse. Al rato vino otro:

—Yo, Calcas.

Se llevó unos zapatos y un certificado.

Después vinieron Agamenón, Protesilao y Filipos. Por la noche, en una sórdida calleja me encontré a uno de ellos y me reconoció:

—Yo, Critón… Tú venir.

Me habían dicho que en toda la región, hasta Yibuti, no se metían con los griegos, así que lo seguí. Entramos en una cabaña. Una muchacha nos dio la bienvenida. Llevaba una toalla blanca a la cintura que le llegaba hasta las rodillas y se estaba arreglando el pelo ante un espejo. Un candil alumbraba un icono… «Hermana mía… Bonito… María». La muchacha se volvió y me sonrió. Tenía unos dientes preciosos. Me ofrecieron una bebida que olía a pimienta y a nuez moscada. Critón encendió el fuego y colocó encima una cacerola llena de agua. Yo estaba sentado sobre una caja vacía. Me levanté. Si no te gusta —me dio a entender el amigo —, vamos a otro sitio. Parecía molesto. Volví a sentarme y esperé a que nos dejara solos. La muchacha tendió una manta en el suelo, se sentó encima y me hizo señas de que me acercara. Critón echó unos granos en un incensario, y la cabaña se llenó de humo. Se arrodilló dándonos la espalda y comenzó a salmodiar.

Pasó bastante rato. Me levanté a orinar. El descendiente del macedonio dormía de rodillas. La muchacha me dio a beber de aquella bebida. La boca me echó chispas. Al amanecer nos sentamos los tres en el suelo a tomar una infusión de salvia. Yo me preguntaba si debía pagar. Le di diez chelines. Se levantó, rebuscó en un bote y me devolvió un *half-crown*[47]. Le dije que se lo quedara. Se lo puso en la frente y se lo colocó entre el cabello, exactamente igual que hacen las madres de los marineros en

Cefalonia; cuando sus hijos les dan el primer sueldo ganado en el mar. Después me tomó la mano, se la llevó al pecho, a la boca y a la frente. Era muy joven —unos quince años— y se llamaba Amisa.

¿Te ha ocurrido alguna vez llegar al muelle y que tu barco haya zarpado para una travesía de diez mil millas, de noche, con la niebla ocultando el río, estando a tres horas de tu consulado? Ni un duro en el bolsillo y el paquete de cigarrillos vacío. Es el error más grande que puede cometer un marino. Durante años te señalan con el dedo… «Ese que perdió una vez el barco en…».

Nochebuena… Por muy borracho que estés, se te pasa al instante. Te sientas en una bita de hierro y reflexionas. Los cargadores salen de su trabajo y pasan ante ti indiferentes. Aguzas el oído por si acaso oyes hablar en tu lengua. Sales del muelle y te pones a dar vueltas por los barrios obreros. Ves las luces tras los cristales empañados y los visillos de encaje. Se abre una puerta, y un olor a cocina, a guiso casero, te da en la nariz. En esos momentos, tu madre está sacando del horno los *curabiés*[48] y piensa en ti. Poco antes ha estado llorando, pero lo disimula. Ha tenido una pesadilla. Un barco bajo los árboles: «¿Cuándo volveré a lavarle la ropa?». La ropa sucia, manchada, humedecida por el agua del mar…

A lo lejos se oye un piano. Registras por tercera vez tus bolsillos. A tus pies brilla un chelín. Te agachas. Te has equivocado. Llueve. Encuentras un refugio de la Primera Guerra Mundial y entras en él. Apesta, pero está caliente. Tropiezas con gente que blasfema. Te adormeces sentado en el suelo. Te despiertas en cuanto despunta el día. Uno que está liando un cigarrillo te mira y comienza a soltar maldiciones. Te golpeas las piernas al salir. Encuentras una colilla mojada… A unos cincuenta metros ondea una bandera azul y blanca.

Nueve y cuarto.

—Yerásimos, nos vamos.

El oficial acaba de hacer la suma, deja el portaplumas y se levanta. El radiotelegrafista lleva un traje arrugado y un sombrero verde. El agregado espera fuera.

—Bueno, ¿te has enterado? A las tres de la madrugada zarpamos. Querían largarnos antes, pero no hay bastante agua para salir antes de esa hora. Dos pies tan solo, y no sería suficiente para

mantenernos en el muelle.

—Pero ¿adónde vamos?

—A Formosa, ¿adónde si no? ¿No has visto que han abandonado el lugar? Caerá sin lucha.

—Pero ¿no oyes los cañonazos?

—Están lejos. ¿No ves que tienen las luces encendidas como si estuvieran en fiestas? ¿Te has fijado en los barcos de guerra ingleses a la entrada del canal?

—No.

—Cuatro. Listos para recoger a las autoridades y a algunos de los suyos.

—Los cuervos acuden adonde hay carroña.

—Querrás decir que las moscas acuden a la mierda.

Diamandís comenzó a toser.

—Bueno, no perdamos tiempo. Estad atentos a la sirena: cuatro largos de silbato. Espera un momento. ¿Qué es eso que llevas en la cabeza? Quítatelo.

El otro reculó.

—No la toques. Me trae buena suerte.

—Eso es una antigualla. ¿Por qué no te compras un sombrero como Dios manda?

—Cada vez que me compro un sombrero, desembarco. O me pongo enfermo, o me despiden.

—Tonterías. Daos prisa. Los coches están requisados. Tomad dos *rickshaws* y moveos rápido. Que os vaya bien.

Apagó la luz de su camarote, bajó la escalera y dio una vuelta desde la proa hasta la popa. Le tenía cariño a ese montón de chatarra, a pesar de que no paraba de maldecirlo a cada momento. Lo cuidaba como a la niña de sus ojos. Conocía sus defectos y sus virtudes. Quería a la tripulación, aunque discutiera con ellos. Era honrado y justo. «A la mar», decía, «no debes llevarle la contraria. Hay que mostrarle estima. Y tomarle la delantera».

Había sido torpedeado dos veces durante la guerra. Amaba a una prima hermana, pero no se lo había confesado jamás. La casaron con un bala perdida que la zurraba. En su reloj guardaba una fotografía de ella cuando era joven.

Se acodó en la húmeda barandilla y encendió un cigarrillo. Recordó que tocaba la mandolina. «Tus labios de coral…».

Evantía… Dio una patada para que se le desentumeciera el pie. Se lo dejó lisiado una inyección que se puso él solo en altamar y que, por error, fue a dar en vena. En cuanto terminó el cigarrillo, subió a su camarote, corrió la cortinilla y se tumbó boca arriba en el canapé, con la ropa puesta y la luz encendida. Un pájaro de mal agüero comenzó a graznar. En la habitación de al lado se oía ir y venir al capitán, hablándole al jefe de máquinas.

—No haces más que quejarte —le decía—. Hemos cargado carbón cinco veces esta travesía. Más de cuarenta libras te calculo. Eso sin contar los materiales.

—Y tú tampoco te quedas manco —respondió el mecánico—. Regalos del agente, de los proveedores de agua dulce…

—Tú no estás bien de la cabeza. Material militar es lo que transportamos… Como si no lo supieras.

—¿Y del avituallamiento?

—Entonces es como si dijeras que estoy robando las provisiones de a bordo…

—Qué va. ¿Quién dice una cosa así? ¡La pasamos a base de bacalao!

—Me cago en tus muertos —gritó el capitán dando un puñetazo en la mesa—. ¿Te ha faltado algo alguna vez? ¿Has pedido algo que no te hayamos dado?

—No, si yo no me quejo… —Gruñó secamente el otro—. Pero la tripulación…

—¿Quién?… ¿Se ha quejado alguien? Dices lo primero que se te pasa por la cabeza.

—Bueno, para tener tema de conversación…

El capitán bajó la voz.

—Cuando se está decidido a robar… En la guerra española, un tipo de Ítaca vendió tres veces la carga. Unas veces, a los rojos; otras, a los falangistas.

—Bueno, mejor para él. Eso quería oír. ¿No se puede hacer nada?

—Ni pensarlo… Aquello era otro tipo de guerra.

El primer oficial levantó los brazos y las piernas hacia el tabique que los separaba de ellos y les hizo un corte de mangas con todas sus fuerzas. Después se quedó amodorrado.

—Se ha quedado inmóvil, el cenizo… —murmuró Linacherás, el

marinero de guardia en cubierta, como si hablara consigo mismo.

—Sí… —le respondió desde el cuarto de máquinas Antonio, el Jaquecas, que había atado un trapo a una cuerda y se dedicaba a hacer sufrir al gato—. En mi pueblo no creemos que traigan mala suerte, salvo que vengan a maullar a tu propio tejado. Yo no creo en esas cosas.

—¿De veras?… Pues escucha una cosa, porque eres joven y aún tienes mucho que aprender. Era de madrugada, nada más disiparse la bruma, el camarerito Durundús subía al puente con los cafés. De repente, se puso a gritar:

»"¡Oficial Panayís! Mira…".

»"¿Qué pasa, gusarapo?", replicó el viejo.

»"Allí, una tortuga".

»"Cállate, bruto, y no mires para ese lado".

»El muchacho no entendía nada: "Pero es verdad, oficial, ahí está". El viejo no se volvió a mirar. Se rascó la cabeza a dos manos.

—¿Hizo algo malo el chico?

—Claro que sí, marino de paquebote. Es lo más gafe de todo lo que flota en el agua. Nunca se la debe nombrar.

—¿Y con eso qué se consigue?

—Hacen bien en llamarte el Jaquecas. ¿Qué más quieres? Aún no habíamos echado el ancla y ya nos habían obligado a zarpar. ¿Te parece buena señal?

—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Se encontraban junto a la escala de viento. Sobre la escotilla había un plato con sardinas y aceitunas. Un poco más allá, un cacillo. Se oyó a alguien subir. Linacherás se asomó a ver.

—¡Vaya hombre! Tenemos visita. ¿Estás afeitado?

El otro dejó el cordón y se acercó. Una mujer subió y se detuvo en el enrejado de la escala. Apestaba a ajo y a violeta.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el Jaquecas.

—Ha venido a tomarnos las medidas. Un poco duro de mollera eres tú. Si te gusta, llévatela, que no se quede ahí en la escala esperando.

—O sea, que… ¿se puede?

Linacherás le hizo una señal, y ella se acercó sonriente. Los ojos le hacían chiribitas.

—¿Adónde la llevo?

—A vuestro puesto de proa o, mejor, a la bodega. Y, cuidado, no se os vaya el santo al cielo y le peguéis fuego a algo. No se os ocurra fumar.

—¿Y si me llaman?

—Venga, hombre, venga. Aquí estoy yo.

Se dirigieron a la bodega.

—Felices bodas —le gritó.

Se sentó en un taburete con la espalda vuelta a tierra y comenzó a tararear una canción.

La gata descendió la escala y desapareció tras el hangar.

El Jaquecas regresó y se acercó al oído del marinero.

—¿Tienes…?

—Busca en mi casillero. Es el número cuatro. Dentro de una caja de Camel. ¿No querrás que vaya yo también a buscarle el…?

Se oyó una voz en el muelle:

—¡Guardia!

—¿Qué pasa, hombre?

—Baja a buscar unos puros para el capitán.

Era Polijronis.

—¿Qué llevas en el papel?

—Dos pasteles, uno *pa* ti y otro *pal* Jaquecas.

—¿Están ricos?

—Al menos son *ricientes*. Huelen a soja.

—¿Está abierto el comercio?

—Sí, algún tenderete. ¡Y hay unas mujeres!… Y, además, baratas.

—Lástima, te han puesto guardia.

—No importa, estoy ahorrando. Anda, vete. Y no te olvides de los puros. Los *quie*
p'ahora
.

—Está bien.

Se marchó y al instante volvió refunfuñando:

—¿Qué fumaría en su pueblo el so tacaño, habanos? Mira que no darme siquiera uno, el muy cerdo… A la gente, bien que sabe incordiarla.

Fue a sentarse sobre un cajón. Aún no lo había hecho cuando unos estridentes chillidos le obligaron a incorporarse.

—¿Qué diablos será eso?

Comprendió. Llamó a la gata, pero no aparecía por ningún lado.

—Ah…, hija de la gran puta, bestia sarnosa… Se ha *esfumao*.

La volvió a llamar por su nombre, pero… nada.

El Jaquecas llegó jadeante:

—¿Tienes dos chelines?

—Espera. —Buscó en los bolsillos—. Toma… ¿Vais a repetir? Llévate estos dulces… *pa* reponer energías. Y date prisa.

Volvió a buscar a la gata. «Espero que ese condenado de chino no le haya hecho daño…».

Recordó a Rocambole y a Ririca. Su expresión se ensombreció. Los salvó de volverse locos dentro del barco. Se estaban haciendo viejos. En el 36 había llevado el *Jaralambos*, de la compañía Yanulatos, a Tyne, para venderlo como chatarra. «Suéltalos», le había dicho el capitán en Róterdam, «nos vamos a meter en líos con los americanos». No le hizo caso. ¿Cómo los iba a dejar abandonados en el muelle? Los escondió en un cesto con la intención de sacarlos por la noche, pero los encontraron. Linacherás, delante, y el inspector del *Sanitary*, detrás. Bajaron la escalera del cuarto de máquinas. Les pasó dos sogas por el cuello y a continuación los arrojó con sus propias manos al fuego. Lo recuerda y se le ponen los pelos de punta. Se acodó en la barandilla húmeda. El Jaquecas tardaba. A esos clientes les dan con la puerta en las narices, y sus mamás los llaman pegajosos.

Aborrecía a los marineros de los paquebotes. Había pasado una breve temporada entre ellos. Y le daban pena. ¡Volvían con unas caras de sus salidas nocturnas! «La conocí durante la cuarentena», decía uno de su mujer. «Le entró un dolor de riñones y no pudimos hacer nada», decía otro. «Fueron a decirle que yo tenía una querida en Volos, y me echó de la cama», añadía un calderetero.

—Aunque tuviera la mejor *cocotte* —le había dicho el tío Teodoro, el ayudante del contramaestre—, me saldría más barata que mi mujer.

—¿Por qué?

—¿Y aún me lo preguntas? Llegamos un domingo a mediodía para zarpar de nuevo por la tarde. Voy a mi casa y nos sentamos a la mesa a comer. Los niños no se levantaban. Pasa el tiempo… Diez dracmas al mayor para el cine… Desaparece. Quince al segundo

para montar en bici… Se larga. Diez al pequeño para el partido… Otro que se va. Queda la chica.

»“Anda, vete a hacerle una visita a tu tía”.

»“No tengo ganas”.

»“Anda, preciosa, ve entonces a cogerme un poco de manzanilla”.

»“Ya te la he cogido y la he puesto a secar”.

»Ella adora los pasteles, así que le digo:

»“Ve a comprar algún dulce, hija. No de por aquí. Toma el autobús y ve a la pastelería que está junto al Teatro Municipal”.

»Haz la suma, Linacherás: ya pasa de cien.

El Jaquecas llegó tosiendo. A su lado, la china.

—¿La quieres tú? —preguntó.

—No, hombre, no. Deja que se vaya.

Les estrechó la mano. Al bajar, se tropezó con la gata, que regresaba a casa. Se agachó, la tomó en brazos y la besó. El ronroneo del animal semejaba el de un motor en marcha.

—Adiós. Y si de aquí al próximo año te quedas a dos velas, escríbeme… Ven acá, minina. —Se la puso sobre el pecho—. Tú, al fin y al cabo, te has dado el gusto. Conque arañándome, ¿eh, bandida?

—¿Era china? —preguntó el Jaquecas.

—¡Y yo qué sé!… Las mujeres, de la cintura para abajo, no tienen patria.

—¿Y eso?

—¡Ay! Me sacas de quicio.

—Una mujer así… Es la primera vez que…

—No me vas a decir que era doncella…

—¿Pues sabes lo que te digo? Que me ha dicho unas cosas…

—¿En qué idioma, huevón? Si no fuera por el griego, estaríamos mudos. Anda, vete a preparar dos cafés y déjate de cuentos. Y mañana, ni pío, si no quieres que se rían de ti.

Desde tierra llegó el compás de una serenata lejana, acompañada de guitarra y mandolina.

«We saw Cassandra
sprawling in the streets».

A Thanasis Karavías

¡Deshaz con los dientes los nudos de la alambrera! Sube a la cima del mástil y da tres vueltas con el ombligo sobre el pomo blanco y carcomido, tal y como hacían los marineros que murieron hace años.

Noche estrellada. El camino cortaba en dos el arrozal. De vez en cuando se distinguían las luces de las chozas construidas sobre postes clavados en el cieno. De repente llegaba un inefable olor a carroña que desaparecía por un instante para volver después aún más intenso e insoportable. Unas veces eran cadáveres humanos; otras, de animales. Al pasar junto a las casas subía un olor a orín y mierda. Buitres encaramados sobre las rocas. Un perro extraviado permanecía en medio de la calle sin saber adónde ir. No se oía más que la respiración profunda de los dos *coolies* uncidos a los *rickshaws*. En uno iba el marinero con el sombrero verde calado hasta los ojos. Se lo levantaba a cada instante para ver brillar la camisa blanca del joven que ocupaba el coche anterior. De repente, todas las estrellas descendieron de manera espectacular. Tanto que ocultaban a un carrito del otro: las luciérnagas.

El agregado tenía fiebre. Las sienes le martilleaban. Tenía la mano en el bolsillo del pantalón y se palpaba de vez en cuando. Si pudiera, encendería una cerilla para ver. El día anterior había comenzado a disminuir de tamaño, pero le dolía. El chancro no duele; lo había leído. Ahora sería del tamaño de una luciérnaga, la más pequeña de todas. Mira, parece como una piedra preciosa que vi hace tiempo en Kasado Shima, y no tenía dinero suficiente para

comprarla. Un día se reirá al acordarse de todo esto. Este que viene atrás tiene la culpa, el sabiondo, y también el primer oficial, que tiene miedo hasta de su sombra. Le entraban ganas de detener al *coolie* y volverse atrás. Ir a reunirse con los otros. Una casa apareció justo en el lugar donde terminaba el arrozal de la derecha. El *rickshaw* se detuvo bruscamente. El otro hizo lo mismo. Uno de los *coolies* silbó metiéndose los dedos en la boca.

Una mujer salió con dos cubos de agua en la mano. Los depositó en el suelo. Los *coolies* se arrodillaron y bebieron sin hacer el menor ruido.

—Diamandís, ¿qué vas a hacer ahí detrás?

—Un momento, voy a mear.

—Mea aquí. Venga, que nos vamos.

—Tengo sed —lloriqueó el agregado—. Pídeles un poco de agua.

—No debes —le respondió el otro con suavidad—; venga, ten ánimo.

Los chinos volvieron a sus puestos. Partieron en el mismo orden. Ahora corrían más. El camino se ensanchaba y, a la derecha, aparecía una serie de postes.

Diamandís se puso a contarlos.

Los carritos avanzaban velozmente. Iban uno junto al otro, como si fueran de paseo. Los *coolies* comenzaron a hablar. Recordaba el murmullo de dos tórtolas al besarse.

—El agua —dijo el joven.

—Ya la oigo. Es un afluente del Han.

—Podríamos tirarlos.

—No podemos.

—Tienes miedo… ¡Ni que fueran los primeros! Nadie los ha visto montarse.

—No llevan dinero.

—No lo digo por el dinero, simplemente por ser blancos.

—Si fueran de tierra adentro, no me negaría.

—¿Y eso qué cambia?

—Pues… que, al igual que nosotros arrastramos a las personas, ellos arrastran los barcos en el mar.

—¿Con las manos?

—Peor aún… Con el alma.

El puente de madera comenzó a crujir bajo sus pies. Los blancos

dormían profundamente; soñaban. El joven *coolie* se detuvo.

—Continúa —dijo el viejo.

—Tienes miedo.

—Tal vez. A tu edad maté a tres cónsules blancos en Pekín.

—¿Has estado en Pekín?

—Pasé cuatro años allí. Trabajé en un burdel.

—¿Te has acostado con alguna blanca?

—Muchas veces.

—¿Y cómo son?

—Repugnantes. Una de nuestras viejas con diez hijos es tres veces más estrecha que una blanca de veinte años.

—¿Por qué?

—Por el agua. ¿No lo sabías?… Si bebieran de nuestros ríos…

Habían pasado el puente. El joven se detuvo de nuevo.

—¿Has tropezado con alguna piedra?

—No. Te digo que volvamos atrás.

—Mira, el marinero joven está enfermo… ¿Has ido a la escuela?

—Nunca.

—Pues entérate de que no se mata a los enfermos.

—Ellos sí que los matan.

—Me refiero a nosotros. Afortunadamente, no somos iguales.

—Bueno, vamos.

Diamandís está soñando. Todos los dragones que ha visto antes en la ciudad lo persiguen. Están a punto de atraparlo. Lo lamen con sus lenguas de fuego. Hay una mujer entre ellos. Los domina. Sus cabellos son pequeñas víboras; sus ojos, cuevas repletas de áspides. Su cuerpo, de la cintura para abajo, barro y fango. Sus manos… Se parecen a las de su madre, con aquel fino anillo de piedra verde que dejaba sobre el mármol de la cocina cuando fregaba los platos.

El otro duerme… Con los fenicios en Sidón… Es mediodía… En Esnum se venden mujeres. Una jovencita, raptada en Lesbos, esconde su desnudez con las manos. Un viejo señor de Bushir le palpa las piernas de abajo arriba; después, el pecho. Se abandona, baja la cabeza y llora. El viejo cuenta el dinero. El marinero tira una bolsa de oro a sus pies y la cubre con su túnica. Se embarcan los dos rumbo a Grecia.

Es un puñal… Espadas, estiletes. No están sostenidos por mano alguna. Caen como lluvia. ¿No quedará en su cuerpo algún lugar

para el último que resplandezca?

Se despierta y se frota la mano. Una cicatriz a la que tiene cariño. Vagaba una noche por los muelles de Róterdam. Una chica, apoyada en el pie de una grúa, está comiendo plátanos podridos. Una caja, procedente del barco blanco que han descargado un poco más allá, se encuentra a sus pies. La grúa vecina la enfoca con su proyector; al girar, la deja en la oscuridad para volver a enfocarla de nuevo. Es fea y lleva el vestido sucio.

El marinero de la camiseta la aborda.

—¿Cómo te llamas?

—Dédée.

—Ven a comer a bordo.

—No quiero.

—Espera, te traeré algo.

—No. Ya me conozco vuestra cortesía. Para llevarme al final al catre. Vuélvete de este lado… Ponte así… Ahora con el… Ya os conozco. En cuanto termináis, encendéis un cigarrillo y no os volvéis a mirar atrás. Un marinero me desvirgó… Me dio perlas falsas. Le divertía verme llorar. Primero me emborrachó. Cogió el cigarrillo encendido cuando estaba tumbada con las piernas en alto y me lo metió por detrás. Llamó a su compañero y se pusieron a jugar a pares o nones con los pelos que me arrancaban de las ingles. Ojalá os pudráis todos… Hijos de perra.

Hizo ademán de acariciarle el pelo, de consolarla. Le agarró la mano y se la mordió como un perro rabioso. No la retiró. Le dolía, pero la dejó hacerlo. Le tiene cariño a esa cicatriz. Alguna vez le pica y, entonces, la recuerda. Era la mujer más auténtica que había conocido… Vuelve a dormirse.

Los dos marineros soñaron que daban un paso en falso al bajar las escaleras.

Los dos *rickshaws* se inclinaron a la vez. El agregado saltó primero. En un bancal vallado, a la izquierda del camino, había una casa de dos pisos con las luces encendidas.

Los *coolies* se tumbaron boca arriba.

—Voy a contar las estrellas —dijo el joven.

—Yo, las luciérnagas —dijo el viejo.

La enfermera los subió a un pequeño recibidor y desapareció. Permanecieron bastante rato de pie. En el centro, un jarrón con

madreselva sobre una mesita de fumador. Dibujos en tinta china colgados de las paredes. Una litografía en colores: *The blue plate*, de Cézanne. Más allá, *El auriga de Delfos*. La chica regresó.

—Pueden sentarse —dijo—, el doctor vendrá enseguida. Les ruega que le disculpen.

Era bella como una muñeca de porcelana. Sin afeites. Daba gusto verla. Volvió a marcharse. Se quedaron delante de la biblioteca.

—Le has gustado, Diamandís. ¿Has visto qué sonrisa? ¿Qué harías si la tuvieses a tus pies?

Diamandís esbozó una sonrisa. Una puerta se abrió tras ellos. El doctor Ma Tuan hizo una reverencia.

—¿Griegos?

—Sí.

—A su disposición.

Hablaba inglés con un tono nasal. Se inclinó y arregló las flores del jarrón. El radiotelegrafista —en un inglés que no envidiarían los negros— le explicó la situación lo más brevemente posible. Movió la cabeza, posó la mano en la espalda de Diamandís y lo condujo al laboratorio.

—Espere usted aquí, no tardaré.

—Escuche, doctor, yo creo que…

—Seamos serios —dijo el chino cerrando la puerta.

—Duro de roer —murmuró el radiotelegrafista.

Se acercó a la biblioteca y cogió un libro. Lo hojeó y lo cerró bruscamente frunciendo el ceño. Volvió a colocarlo en su sitio.

—Me cachis en la mar… Me tope con la enfermedad que me tope, siempre voy a dar con mi caso.

Tomó otro y comenzó a leer:

«*Lo mio maestro disse: Quegli è Caco che sotto il sasso di monte Aventino di sangue fece volte laco*… **[49]**».

—Otra vez he metido la pata.

Pasó un gran número de páginas.

«*Lo corpo mio gelato in su la foce trovo*… **[50]**».

La china está cerca de él, con la expresión triste.

—Un momento. El joven, su amigo, lo llama.

La siguió hasta el laboratorio. Vio a Diamandís sentado en un pequeño taburete, con la cabeza gacha y sujetándose las rodillas.

Junto a él, un vaso de limonada.

—Diamandís, ¿qué pasa?

Le levantó la cabeza.

—Se le pasará pronto —dijo el médico—. Hemos escarbado un poco con la platina y le duele. Los marineros sois cobardes ante la enfermedad. Vamos, bebe.

Le alargó el vaso y se dirigió al autoclave.

Estaba vuelto de espaldas. La enfermera salió. Entonces el radiotelegrafista destapó un frasco que se encontraba a su lado encima de una mesita de cristal y en cuya etiqueta aparecía estampada una calavera. Metió el índice dentro y se lo llevó a uno de los orificios de la nariz. Hizo lo mismo con el otro orificio. Devolvió el frasco a su sitio y se metió las manos en los bolsillos. Inspiró profundamente… Diamandís se había recuperado.

El médico regresó junto a ellos.

—Tendrán que esperar al menos dos horas. Pasen al salón. ¿Desean café o té?

—Café, si es posible.

—Enseguida estaré con ustedes.

—Pero… ¿usted cuándo duerme?

Sonrió.

—Al mediodía, tres horas.

Tenía unos treinta y cinco años, algo más alto de lo normal y unas bonitas y finas manos. Consultó el cronómetro de su muñeca.

—*Just eleven* —murmuró.

El agregado cogió un *Geographic Magazine* y se puso a hojearlo. El otro se metió el dedo en la nariz y entornó los ojos sin dejar de observar a Diamandís, que pasaba las páginas sin leerlas. «Qué diablo hago yo aquí a estas horas», pensó. «A mí no me acompañó nadie cuando me contagié. La ducha de agua fría me la llevé yo solo. En estos momentos, podría estar acariciando a una china, en vez de…». Se arrepintió al instante. «A medida que envejezco, me voy haciendo mezquino, malo…». Recordó a otro agregado… Entonces tendría la misma edad que este. En el mar Rojo, las semillas de lino se habían recalentado y tuvieron que abrir las bodegas. Se resbaló y cayó rodando como una bola de plomo hasta el fondo. Cuando, un mes más tarde, descargamos en Motzi, sacaron una momia al puente. Tuvo el valor de acercarse a ver. Tan solo

quedaban unos cabellos rubios. Lo quería tanto como a este, como quiere a todos los que navegan por primera vez. Lo mismo que a esas muchachas que sus madres le entregaban para que las acompañase en el *Corinthia*, y que llevaba consigo durante toda la travesía. Les tocaba la frente para ver si tenían fiebre, las sujetaba cuando vomitaban, las llevaba a la estación de Saint Charles para tomar el tren de París y, si no llegaban a tiempo, dormía en la habitación contigua del hotel para que no tuviesen miedo. Llevaban unos sombreros y unos trajecitos que olían a naftalina. Con ninguna de ellas se le había pasado nada malo por la cabeza. Una le había suplicado que la llevara a la calle de las mujeres de mala vida. La condujo a un local de las callejuelas de la ópera. Las mujeres —que no tenían trabajo— hicieron un círculo en torno a ella. Una vino a traerle caramelos. Todas alababan su buen francés. Sus manos la rozaban como queriendo acariciarla. La sacaron en brazos a la calle. Le besaron los cabellos. Mientras se alejaban de allí, le apretó la mano con fuerza. Antes de llegar a la Canabière la oyó sonarse la nariz. «Te has resfriado», le dijo. «No… Pero no son tan malas como se dice», respondió llorando.

Ninguna de esas niñas le había escrito nunca unas letras.

Abre una revista *Life*… «*Can-can in Paris*…», la arroja lejos de él. ¿Quién me lo dijo?… Qué chivato… Qué rufián… La hija de Blanche ha colgado los hábitos y está bailando cancán en Montevideo… Al fin y al cabo, qué me importa a mí. La de Mitilene murió el año pasado en Atenas durante el parto… Todo lo que toco se pudre… No se muere, se pudre… Abre un *Paris Post*. Se pone a leer. *Parfums de Coty*… La chica de Amberes… La cabecera de la cama y las sábanas olían a Styx. Y después… No, no puede ser… Sin embargo, lo recuerdo bien, pero no quiero confesarlo, también llevaba Styx la mujer que me detuvo cuando iba con las dalias y los pasteles al hotel para ofrecérselos a la desconocida con quien compartía el lecho. Aquella mujer gorda y fea, con carmín en los labios, en la cara, en la frente… Aquella…, la misma… No puede ser…

El médico apareció ante ellos sonriendo. El radiotelegrafista se levantó, y Diamandís hizo lo mismo.

—Esto lleva su tiempo. Tengan calma, siéntense.

—¿Ha viajado alguna vez? —preguntó el radiotelegrafista por

decir algo.

—Sí. He vivido dos años en Berlín. Después fui a Inglaterra y a América por una temporada.

—¿Estudió allí?

—Tuve que hacerlo. No podía ser de otra forma —dijo con amargura—. Sin embargo, mi abuelo, que era curandero, podía curar lo que ni yo ni los europeos con los nuevos medicamentos podemos.

—¿A qué se refiere?

Su expresión se ensombreció.

—El primer enfermo del mundo era chino. Naturalmente, también el primer médico —dijo apretando los dientes.

—Pero ¿y los griegos?

—Los egipcios…, los griegos. Las Santas Escrituras vinieron miles de años más tarde. Puede que sepan mucho de geografía, pero también es necesaria la historia. Antes han dicho que eran griegos. Los creo.

—¿Lo hace por quedar bien?

Sonrió.

—Lo creo sin reservas. Pero, dígame una cosa, ¿por qué los blancos que aparecen grabados en las antiguas monedas de oro y en las vasijas, o esculpidos en mármol, no se parecen en nada a los actuales habitantes de Europa? Usted no me recuerda en nada al macedonio. Pero si coge la moneda china más antigua que encuentre, ¡verá en ella mi fiel retrato!

El otro no estaba en condiciones de enojarse. Evitando mirarlo, preguntó:

—¿El cáncer…?

—Va demasiado deprisa. El siglo pasado la espiroqueta produjo el doble de víctimas que haya podido ocasionar hoy en día el cáncer. Y de una forma más atroz. Ahora ya se ha olvidado. Han venido los dos del otro lado del mar, asustados, sin motivo. Es cuestión de diez días.

—¿Se cura con seguridad?

—Sí. La nueva… ¿Tiene valor? Sígame usted solo.

Abrió una puerta y avanzó en la oscuridad. Del vestíbulo llegaba un poco de luz. En el centro de la habitación se distinguía una camilla quirúrgica cubierta con una sábana. El chino pulsó un

botón, y el reflector inundó la camilla de luz. Retiró con unas pinzas la parte de arriba de la sábana. Una masa de carne podrida en el lugar donde debía verse una cara. Ni ojos ni nariz. No quedaba ni resto de los labios. Una papilla. Una enorme llaga abierta. Unos bucles castaños caían a derecha e izquierda.

De repente, oyeron un sollozo, como el sonido lejano de un buque faro en la bruma. El médico se volvió bruscamente.

—Ve a esperarnos al salón —dijo al agregado con sequedad—. A ti no te he llamado.

Cerró la puerta.

—*Lupus*… —murmuró el radiotelegrafista.

—*Still mate*… No diga tonterías… El *lupus* se cura. Esta enfermedad es tan antigua como la China. No destruye más que la cara. Mire.

Retiró la sábana hasta los pies. Un cuerpo delgado, gracioso, intacto.

—Ninguna marca —continuó el chino—. Observe con atención. Ni la menor señal.

—Tápela —dijo el otro—. Debe de tener frío.

El doctor Ma Tuan lo interrumpió súbitamente:

—Dejó de sentir vergüenza y frío una hora antes de que vinieran ustedes.

—¿Era china?

—Pero ¿no la está viendo? Debería haberse dado cuenta desde el primer momento, nada más verle las caderas. Era francesa. Del norte. No había dejado ningún hospital americano sin visitar. Probó todos los medicamentos que acababan de salir al mercado sin resultado alguno. Me la trajeron ayer.

—O sea, que ha muerto de esto…

No respondió. Tan solo lo miró severamente.

El otro bajó los ojos, como si se sintiera avergonzado.

—Si se encuentra aquí mañana al mediodía, venga, y le diré el nombre de la enfermedad y su remedio.

—Pero ¿cómo es posible?

—Hay un viejo en la orilla del río que sabe: vendrá esta madrugada. Es amigo mío. El microscopio no revela nada. ¿Comprende?

Una bomba explotó en las cercanías. La casa vibró. El doctor

indicó el norte con el dedo.

Están bajando. Ni ellos ni los que se retiran aman al hombre. Los parias, a fin de cuentas, tienen razón.

—¿Por qué no se va usted?

—Discúlpeme. Eso es asunto mío. Vamos.

Apagó el reflector. El radiotelegrafista cerró los ojos y permaneció inmóvil. El médico lo tomó por los hombros y lo condujo al vestíbulo. Diamandís ya no estaba allí. Se detuvieron ante el Cézanne.

—¿Le gusta? —preguntó el doctor.

—Sí. Hemos progresado desde entonces

—Ellos han progresado. ¡Picasso, Kandinsky, Klee son unos genios! Basta con que no hablen de pintura.

—¿Qué quiere usted decir?

—Desde Giotto hasta Dalí todos los grandes pintores han sido los peores maestros. La verdad la han dicho algunos marchantes de su entorno.

—Tiene razón.

—Un pintor mediocre puede explicarnos con palabras cómo trabaja. Un creador, nunca.

—¿Por qué?

—Está ebrio. Solo entonces puede tomar un papel, una cajetilla de cigarrillos vacía, un pañuelo, estrujarlo mientras habla, arrugarlo a su manera y abandonarlo después. Si el que lo encuentra no está ciego, sentirá el aliento, gozará de la forma. De lo contrario, lo tirará a la basura. ¿Comprende?

—Más o menos.

—*Sorry*. Tengo trabajo.

Entró en su laboratorio.

«¿Dónde se habrá metido este crío?», pensó el radiotelegrafista. Le entraron ganas de rascarse debajo del ojo, pero se contuvo. Recordó… Oyó unos pasos en la escalera. El agregado entró sonriendo. Su cara resplandecía.

—He estado con la… Me ha enseñado una colección de mariposas. ¿Quieres verlas?

—No.

—¿Tenemos que esperar mucho aún?

El médico y la enfermera pasaron por delante de ellos y

descendieron la escalera. Apenas se hubo borrado el ruido de sus pasos, el radiotelegrafista se levantó y abrió la puerta del gabinete.

—¿Adónde vas?

—Voy a ver… Ya te lo diré… Estate al tanto.

Volvió al cabo de un minuto moviendo las aletas de la nariz.

—¿Has visto algo?… ¿La tengo…?

—Duerme, si puedes. Yo tengo sueño. No he podido ver nada.

El agregado lo miró extrañado. Se quitó su camisa blanca y la colgó en el respaldo de la silla, con cuidado. Estaba arrugada, empapada de humedad. Se sentó en otra silla. Cruzó los brazos. El mentón reposaba sobre el pecho. Se adormeció.

A Tatiana Milliex

Catherine…, la pelirroja de Glasgow. Embarcó a medianoche, en el antepuerto de Melbourne. El viento del ciclón que había sacudido Tasmania había roto dos veces los cabos y poco faltó para que los aplastara contra los pontones de madera de Williamstown. Llevaba un chubasquero rojo con capucha. Entregó sus papeles al control y descendió precipitadamente las escaleras de la primera clase. Me fijé en ella. Una carita menuda, toda roja, una nariz no mayor que un dedal. La oí insultar a los porteadores. La puerta de su camarote se cerró con tal estruendo que el marinero de guardia se quedó atónito.

Atracamos de madrugada. Ningún práctico subió para ayudarnos a salir del puerto. Llevábamos ochenta pasajeros a bordo. Hasta pasado el cabo de Leeuwin no habíamos visto a ninguno de ellos. Durante cinco días viajamos como si de un carguero se tratase. Los camareros servían a los pasajeros en sus camarotes.

—Alguien ha hecho guarrerías en el puerto —murmuró el contramaestre—. Para que amaine debemos arrojar a los sodomitas por la borda.

—Entonces tendremos que empezar por ti —le gritó un joven camarero.

El puente estaba desierto. Tan solo la escocesa, con un grueso abrigo y botas de caucho, iba y venía de la proa a la popa. Fumaba como un *coolie*. Se había liquidado cuatro o cinco Drambuies en un día, y le sacaba la lengua al mar.

—Esta tía gafe tiene dominio sobre el mar —me dijo una mañana Androyanis—. Está como una cabra, créeme. Ayer por la mañana me llama a su camarote y me dice: «Tráeme filetes de arenque». Se los llevo. Los huele. Y me dice: «Llévatelos. Pásalos por

el fuego». Vuelvo otra vez. «Tráeme los zapatos». Le digo: «*Take, please*». Y ella: «Estos no».

»Siete pares tenía debajo de la cama. Jugamos a las adivinanzas. Me dieron ganas de ponérselos por montera. Fíjate en lo que hace el putón ese cada día. Deja el grifo del agua caliente abierto y se marcha. Ayer se lo dije. "Hago lo que me viene en gana", me respondió. Cuando toca el timbre, se diría que le clava un alfiler. Solo le falta disparar, como hacía un compatriota suyo, capitán de corbeta, cuando necesitaba al camarero. Es de vergüenza, pero te lo voy a contar, paisano; ayer cuando se metió en el baño, entré a arreglar el camarote. Un auténtico fumadero. El suelo lleno de colillas, y la colcha tenía dos quemaduras tales que podías meter la cabeza por ellas. Las bragas estaban encima de la cabecera y, ¿cómo explicarte?, una mierda…, una roña…, tiesas como un hule, de tanta mugre. Las levanté con un palo y me quedé mirándolas. Voy a ahuecar la almohada y la encuentro mojada… Si tres personas hubieran estado llorando, no se habría mojado tanto. Me dio lástima. Tan cría… Apenas diecisiete años. ¿Qué diablos le podía pasar?

¿Dónde estará Androyanis? Me quería lo indecible, el cabrón. Era un lince. Te daba gato por liebre y encima se lo agradecías. Y todo el tiempo andaba con secretitos… «La pareja del 4 ha estado de juerga esta noche. Han descuajeringado la litera. La francesa del 18 tiene la regla. El polaco es topógrafo. Tenías que ver sus sábanas, ¡un mapa geográfico! ¿Y cómo no, si el bestia duerme boca arriba? La vieja australiana, la de las gafas, hace siete días que no va al baño. Va a reventar. El belga aquel orina en el lavamanos». Se metía la mano en el bolsillo y decía: «Toma una pera, paisano. Para la guardia».

Llegamos por la mañana a Fremantle. Me vestí y me dispuse a bajar la escalerilla. Con la mano izquierda sujetaba la toallita que llevamos al hombro. Antes de bajar el primer escalón, alguien me tironeó del brazo. Me di la vuelta. La escocesa estaba ante mí y me miraba fijamente con sus ojos azules. Tenía en la mano un paquete de cartas y media libra.

—*Sorry*, ¿puedes echarlas al correo?

—Dáselas al agente —le dije.

—Se ha marchado ya. No he llegado a tiempo.

Me di media vuelta. Me volvió a llamar.

—Hazme el favor.

Cogí las cartas e inicié el descenso. Cuando iba por la mitad, la oí gritar.

—Dame las cartas.

—Tu puta madre —murmuré sin volverme—. Tía guarra —añadí, y salté al muelle.

Una hora más tarde, la vi en un establecimiento chino, frente a correos, tomándose un vaso de leche.

Por la tarde zarpamos para Colombo. A los cuatro días, estábamos en las cercanías de Cocos. Calma chicha. Del frío polar habíamos pasado al calor tropical. Dejamos los camarotes abiertos para que se aireasen.

En cuanto salí de la guardia fui a acostarme. Me temblaban las piernas. Iba a entrar, pero me detuve. Tras la mesita de fumador se encontraba la escocesa. Había extendido ante ella más de cien reproducciones de pinturas, mezclando a los fresquistas con los cubistas, el Renacimiento con los *impressionistes*, a Lautrec con Raffaello. Se me subió la sangre a la cabeza. Tenía la intención de insultarla. Se levantó y me tendió la mano.

—Te estaba esperando —me dijo con angelical sonrisa—. Quiero darte las gracias. Siéntate.

Obedecí como un colegial. Estoy seguro de que hasta le sonreí:

—He estado curioseando tus libros. ¿Te importa?

—En absoluto. Puedes coger el que quieras… ¿Te apetece tomar algo?

—*Whisky and milk*.

El camarero trajo la bandeja.

—¿Y tú no tomas nada? —me preguntó.

—No.

—¿Por qué?

—Yo ya he bebido lo que tenía que beber.

—Lo siento. No creo que pasemos un buen rato juntos.

—¿Dónde vas a desembarcar?

—En Génova. Si no me arrepiento… Este año he terminado los estudios y este es mi primer viaje. He ido a las Indias Neerlandesas y a Australia. Ahora quiero ir a Brasil o más abajo. Mi padre me ha

abierto crédito por un año.

Encendía un cigarrillo tras otro. Cambiaba bruscamente de tema y, a menudo, perdía el hilo. Todo lo que tocaban sus dedos lo hacían añicos.

Encendía al menos cincuenta veces el mechero, un Ponson que pensaba regalar en Grecia.

—¿Cuándo llegamos a Colombo? —me preguntó.

—Pasado mañana por la noche.

—¿Bajarás al puerto?

—Pues claro.

—¿Conoces las ciudades?

—He estado allí dieciocho veces.

—¿Quieres que salgamos juntos?

—Encantado.

—¿A qué hora estarás de guardia esta noche?

—De doce a cuatro.

Se levantó y me dio la mano. Llevaba *shorts*. Tenía las piernas delgadas, cubiertas de una pelusilla roja.

—*Night*… Me gustaría ser un chico.

—¿Para hacerte marino?

—No. Me dais asco.

Pensé en ella una o dos veces durante la guardia. Me gustaba mucho. Si quiere, me lo dirá ella misma antes de llegar a Colombo. ¿Qué habrá visto en mí? Tiene un montón de mozalbetes a su alrededor.

En cuanto terminé la guardia, me fui a tomar un baño. Entré desnudo en el camarote y pulsé el interruptor. Una mano tiró de la mía.

—No temas. Soy yo, Catherine. Quiero hablar contigo.

La vi a la luz de la luna recostarse en mi litera. Me senté en la barra lateral. Tomó mi mano entre las suyas.

—Soy todo oídos —le dije.

—Tienes que ayudarme.

—Si puedo.

—Puedas o no. Debes ayudarme.

Su voz, de suplicante, pasó a mostrarse irritada. Me cogió la mano y la colocó sobre su vientre.

—¿Oyes?

—Sí. Es la bomba del agua. Así golpetea.

—Tonto. No comprendes… Es el bebé.

Retiré la mano.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya te lo he dicho. Que me ayudes.

—Explícate.

—Quiero librarme de él.

—Te has equivocado de puerta. El médico…

Me tapó la boca con la mano. Se incorporó.

—Me arrepiento de habértelo dicho. He ido a dar con la persona más adecuada. Mañana lo sabrá todo el barco.

Cogí el termo y le di de beber.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Espero que tú me lo digas.

—Baños de pies y quinina.

—Tonterías. He tomado *progynon*. No quiere desprenderse.

—Ya está. Te quedarás en Grecia. En una isla. Tu marido está en la guerra… Cuando te liberes de él, lo dejas en una casa que yo te diré y envías dinero para que lo cuiden.

—Imbécil —murmuró—. Me ha preñado un negro.

—Si es así, entonces nos iremos a Adén. Tengo buenos paisanos allí. Encontraremos un médico. Hay franceses también. Todo irá bien.

—A Adén… Tú estás loco. Tenemos que terminar con esta historia en Colombo.

—Aparte de prostitutas y algunos negros que venden piedras preciosas, no conozco a nadie que nos pueda ayudar.

—Somos dos. Un tercero sería demasiado… peligroso… Iremos solos. Abriremos la guía telefónica y encontraremos un médico. Que no sea europeo.

—¿Por qué?

—El hermano de mi padre es una personalidad en Ceilán. Imagínate si se enterase.

—Los médicos no hablan nunca.

—No sabes lo que dices. ¿Acaso prefieres que vayamos a que nos ayude mi tío?

—Bueno…, como quieras.

Agaché la cabeza. Me acarició el pelo.

—Dame tu palabra —me dijo al cabo de un momento.

—La tienes.

—¿Tienes miedo?

—No. Dentro de un año, si lo recuerdo, a lo mejor siento miedo, pero hoy y pasado mañana no me lo permitiré. Y ahora, vete, va a amanecer.

Se levantó.

—¿Quieres que te bese?

—No. Pasado mañana, cuando hayamos terminado.

—¿Y respecto al pago?

—Calla… Estás loca.

Al marcharse, volvió a decirme:

—Entonces, estamos de acuerdo. Dime que sí.

—Sí… Por todos los diablos… Sí.

Oí sus sandalias resonar sobre el puente.

«Te voy a partir la cara, pero terminemos primero con esto».

El monzón agitaba las palmeras aquella tarde en las riberas de Colombo. Atracamos al atardecer. Hasta conseguirlo se hicieron las ocho. Los altavoces anunciaron: «Zarpamos a las tres en punto de la madrugada. No se alejen del barrio europeo».

Catherine fue la primera en descender la escalera. Llevaba una blusa blanca de seda y pantalones. Yo, la gorra verde y una americana impermeable.

—Coge tu chubasquero —le dije—. Va a llover.

—Oh, deja de hacerte el padre.

La lancha nos transportó hasta el muelle de la aduana. La bella tamil de la oficina de turismo, que vendía té, nos saludó. En cuanto subimos. nos rodearon los parias. «*Change money… Wanta gems… gold…*». La cafetería del Grand Oriental estaba desierta. Los camareros, adornados con baratijas y descalzos. Cogimos la guía de la ciudad y nos pusimos a buscar.

—Aquí está —dijo señalando con el dedo—. En la tercera línea… ¡Lo encontramos! Apúntalo en un papel y ¡en marcha!

Hice señas a un camarero. Catherine me tiró de la manga.

—No preguntes nada. Vámonos.

Nos subimos a un taxi. Le dije al chófer el nombre de la calle tan solo. Se rascó la cabeza.

—Si no te acuerdas —le dije—, puedo sentarme delante para

guiarte. He estado allí muchas veces.

El indio dio muestras de recordar.

Llegamos al barrio chino. Pasamos una plaza, un templo budista nuevo, una enorme verdulería. Por fin, salimos al campo.

—Qué alegría se va a llevar —dije en voz alta.

—*Yes*… Nos lleva esperando desde por la mañana. ¿Es indio?

—Por parte de madre. Su padre es inglés. Del Gobierno general. *No more*… —dije al chófer—. Ahí está el Ivor Garden.

—¿Debo esperar?

—No. Pasaremos aquí la noche, con nuestro amigo. Toma.

—*Chankiu*.

Avanzamos a ciegas siguiendo la verja del parque. El chófer nos alumbró con sus faros.

«Vete, cabrón… Bastardo…». Las luces se apagaron y se oyó alejarse el motor. Catherine me agarró del brazo. Le temblaba un poco la mano.

—No veo ninguna luz —dijo.

—No te precipites. En cuanto pasemos el parque, la verás.

Atravesamos un pequeño grupo de casas con pocas luces.

—Ahí está —le dije—. La primera.

Era una casa de dos pisos, sin luces. Encendí el mechero y leí. Busqué el timbre. Tiré de una manilla de alambre, y se oyó un estruendo en el interior, como si tocaran al unísono cientos de gongs. Se abrió la puerta. Una débil luz alumbró la escalera. Subimos. Se abrió otra puerta. Avanzamos y entramos en una habitación bien iluminada. En la pared había colgados un caimán, una cobra y un pájaro. Sobre el grande y pesado escritorio, en un jarrón de cobre, una enorme flor de pétalos amarillos exhalaba un perfume insoportable. Había también un grueso libro abierto, un sextante roto y un horóscopo. Al lado, en una repisa, algunos instrumentos como los que usaban los médicos a bordo de los balleneros en 1850.

Un hombre estaba sentado frente a nosotros, tras el escritorio, con los codos apoyados en la mesa, contemplando una bola de cristal con base de madera, que cambiaba de color. No nos hizo el menor caso, ni siquiera levantó la vista.

—Vámonos —le susurré al oído—. No es el que buscamos.

Catherine me retuvo. Esperamos de pie unos cinco minutos. De

repente, levantó la cabeza y nos miró.

—Les he estado esperando —dijo en tono de reproche—. Se han retrasado.

Era rollizo, cetrino, con unas manos enormes y toscas. Llevaba una túnica amarilla, como los sacerdotes de Buda, abierta hasta la cintura. El resto lo ocultaba la mesa. Entre sus pechos lampiños y colgantes, se deslizaba una piedra azul enfilada en un cordón grasiento.

—Pasa detrás de ese biombo y desnúdate —le dijo a la muchacha.

Le ofrecí un cigarrillo. Lo cogió y lo guardó en el cajón.

—Estoy lista —gritó la joven.

El médico se acercó. Era bajo, de gruesas piernas desnudas. Iba descalzo.

—*Nick*, ven tú también. Tengo miedo.

Me reuní con ellos.

—Estás de cuatro meses —le dijo.

—De dos y medio —respondió enojada.

—De cuatro —repitió suavemente el indio.

—No tiene importancia —murmuré.

—La tiene y mucha. La cabeza del bebé casi es tan grande como la mía.

Volvimos todos al escritorio. El doctor permaneció de pie detrás de la sólida mesa. Colocó las manos sobre ella con los dedos abiertos y contempló la bola de cristal.

—Bueno —dijo la escocesa—, ¿se hará cargo?

—*Sure*… En un cuarto de hora habré terminado. Hoy se quedará aquí. Mañana al mediodía se encontrará bien, más ligera.

—Imposible. Tenemos que marcharnos en cuanto acabe.

—Es peligroso. Les enviaré en mi *rickshaw*.

—¿Sus honorarios? —pregunté con amabilidad,

—*Twenty five golden*.

Catherine se volvió y me miró desconcertada.

El indio se dirigió a la puerta, la cerró, se metió la llave en el bolsillo de la túnica y volvió al escritorio.

—No tenemos tanto dinero —me atreví a decir—. Si se conforma con veinticinco billetes, puede comenzar ya. De lo contrario, tendremos que irnos. ¿Comprende?

—No te preocupes —dijo—, haré que alguien te lleve al barco. Cuando lo traigas, ya habré terminado.

—¿A qué barco?

—Al que os ha traído y va a zarpar de madrugada. Tienes tiempo.

Estamos en un atolladero, pensé.

—No puede ser, doctor. Vamos, Catherine. Buenas noches.

El indio no se inmutó. Tan solo sus ojos se movían.

—¿Conocéis las leyes del país?

—Sí. Y tú también, imagino.

—Es diferente. Vosotros me habéis hecho la proposición. Se supone que no acepto y os denuncio. Estáis en mis manos. —Se inclinó a mirar la bola.

—Abre, doctor —le dije—. Sin duda, estás bromeando.

—En absoluto. Me traerás las monedas de oro, y cuando termine, os podréis marchar.

—¿A qué se refiere? ¿Tienes dinero? —pregunté a la chica, que se había quedado boquiabierta.

—Veinticinco billetes y algunas monedas. ¿Y tú?

—Diez billetes.

—Treinta y cinco verdes —le dije.

—*Twenty five golden* —repitió sopesando sus palabras.

—Déjeme pensarlo un momento.

El canalla sonrió satisfecho. Me metí la mano en el bolsillo. No me había puesto aquella chaqueta desde Nápoles. El mago abrió un cajón y echó una mirada al interior. Metió la mano y quitó el seguro. Entonces, de repente, el escritorio dio un vuelco, y el indio se encontró de bruces en el suelo, con la pierna derecha atrapada por el pesado mueble y la pistola a un palmo de su mano.

—Cógela —le dije—. Rápido.

Catherine se apoderó de ella. El farsante rugió como una fiera herida. Un estilete napolitano brillaba ante sus ojos.

—Y ahora dame la llave, cerdo.

—Libérame el pie. Así no puedo.

El estilete le rozó la nariz. Yo tenía hincada una rodilla en el suelo.

—La llave.

—Cógela.

La lanzó lejos de él. Hacía esfuerzos desesperados para liberarse la pierna.

La muchacha sostenía la pistola y miraba embobada.

—¿Tienes tijeras?

—Sí.

—Corta inmediatamente el cable del teléfono. En cuanto abra la puerta, corta el de la pared. Coge las tijeras con el pañuelo.

Hizo lo que le dije. Abrí la puerta. Cortó el segundo cable. Salimos y cerramos con llave. Me la metí en el bolsillo.

—Enciende una cerilla —me dijo.

—No debemos. La escalera está ahí.

Bajamos. Salimos afuera.

—Un momento, que respire un poco —me dijo.

—Continúa… No es el momento… Más adelante lo harás.

Un *coolie* de pantalón blanco apareció en una esquina del parque. Venía directo hacia nosotros. Cruzamos enfrente. Lo vi meterse en el mismo portal del que habíamos salido.

—Y ahora a correr y que sea lo que Dios quiera —le dije.

El viento había cesado. Tan solo truenos y relámpagos de vez en cuando. Echamos a correr. Comenzó a jadear.

—Dame la mano.

—No puedo, llevo la pistola.

—¿Qué dices…? Tírala enseguida.

La arrojó a una acequia.

Seguimos corriendo. Todo estaba desierto. Llegamos al mercado. Lo hemos conseguido, pensé. Vi las luces de Fort Colombo.

—De aquí en adelante, conozco el camino. Un poco más, corre.

La lluvia del monzón amenazaba sobre nuestras cabezas. Catherine se detuvo bruscamente. La empujé. Me detuvo.

—¿Qué pasa?

—Sangre…

No comprendía.

—Te digo que estoy sangrando, idiota.

Un sudor frío me corrió por la frente.

—¿Mucho?

—A mares…

Comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia. Le puse mi chaqueta.

—Quítate la camisa.

Obedecí.

La rasgó de punta a punta. Se alejó un poco. La lluvia comenzó a caer a cántaros. Miré a mi alrededor con desesperación. A unos cincuenta metros se elevaba el gran templo de piedra. Siempre abierto, día y noche. Para los caminantes, los que se refugian de la lluvia, los fugitivos, los enfermos, los locos.

—Mira, vamos hasta allí —le señalé el templo con el dedo—. ¿Puedes caminar?

—No puedo dar ni un paso. Me duele.

La tomé en brazos y avancé. Era ligera, pero me las vi y me las deseé para llegar al templo. La hice entrar por la puerta pequeña que no tenía hojas, y la dejé sobre un banco de piedra. Estaba oscuro. Olía a cueva. La chica gemía al respirar. Encendí el mechero. Catherine comenzó a aullar como una fiera. Vi que éramos tres. Frente a nosotros estaba Salaya, la mendiga del templo. La única amistad que tenía en Colombo… Siempre que pasaba por la ciudad, aunque fuera por una hora, iba sin falta a darle una limosna. Me llamó por mi nombre. Si en aquel momento hubiera visto a mi hermana, no me habría alegrado tanto.

—Estamos salvados —le dije a la inglesa.

—Me muero —murmuró ella.

Sus manos estaban frías, y el pulso apenas era perceptible.

—Espera —me dijo la vieja—. No temas. He comprendido.

Se perdió en la oscuridad. Oí llorar a la muchacha. Le tomé las manos. La vieja llegó arrastrando las piernas.

—Ten cuidado, no lo derrames. Dáselo a beber. Rápido.

Le di a Catherine el cubilete de bronce. Se lo bebió con avidez.

—Y esto —continuó la vieja, sosteniendo un objeto en la mano — debe ponérselo ahí abajo. Bien adentro. Hasta el fondo.

—Pónselo tú, Salaya —le dije—. Haz el favor.

—Yo… nunca. No puedo hacerlo. Te mancilla para siempre.

Me lo dio y se alejó. Fue a sentarse en el suelo.

—Dame tu pañuelo —le dije a Catherine.

—No lo tengo. Lo he tirado. Estaba empapado.

Pasó un buen rato. Solamente se oía el ruido de la lluvia.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor. Parece que ha cesado. —Intentó levantarse—. Ay…, los riñones. Me duelen a morir. Un poco más.

Oí la voz de la mendiga.

—Serang, ve a Fort Colombo. Trae dos *rickshaws*. Pregunta por Fernando y por Antonio, han sido bautizados por los portugueses. Son de los vuestros.

—No te vayas —lloraba la escocesa—. No me dejes sola con esta vieja urraca. Me da miedo. Me va a hacer algo malo.

Ya te arreglaré yo, pensé al marcharme. Voy a mandarte a la mierda, voy a darte una buena patada en la entrepierna, pero terminemos antes.

La lluvia había cesado. Un cuarto de hora después estaba de vuelta. Salaya esperaba fuera del templo. Catherine a su lado, algo alejada… La ayudaron a subir.

—Ahora podría ir incluso andando. Me siento bien.

La vieja y yo permanecimos algunos segundos cara a cara. Quise tomarle las manos. Dio un respingo. Saqué un fajo de billetes.

—Estás mancillado —me dijo— hasta el fin de tus días. Ya no puedo aceptar nada de tus manos. Nunca.

Dejé el dinero sobre un poyete de piedra.

—Cógelo de aquí.

—Nada puede purificarlo.

—Que Dios te bendiga —le dije.

Subí al *rickshaw*. La vi perderse en la noche.

—Salaya —grité—, *thank you*…

—*Go to hell*…

La oficina de Negris estaba abierta. Unos hombres de nuestra tripulación trapicheaban con los parias.

—Lleva tú mi bolso —me dijo antes de entrar en la aduana.

Un aduanero me miró y se echó a reír. De pronto vi frente a mí a un hombrecillo con pantalón caqui, desnudo de cintura para arriba, con una gorra verde en la cabeza, goteando lluvia. Tropecé con él. Había chocado con el espejo de la oficina de turismo.

Una vez en cubierta, nos separamos.

—Te ha dejado para el arrastre —me gritó el contable—. Te tiemblan hasta las piernas.

Fui a mi camarote y me senté en la litera. Llevaba su bolso. Pensé en bajárselo, pero me arrepentí. Cerré la puerta y comencé a registrarlo.

Tenía dentro un fajo de veinticinco libras de papel y tres

paquetes de quince. Cuarenta y cinco monedas de oro, con la efigie de san Jorge blandiendo la lanza. En una funda de plástico vi la fotografía de un maorí gigantesco, con una red de pescador en las manos.

Androyanis me trajo la chaqueta durante la guardia del mediodía.

—Que me des su bolso —me dijo.

—¿Y por qué no viene ella a buscarlo?

—Está en su cubil. No se ha levantado para nada. Está guapísima hoy. Resplandeciente.

—¿Por qué no se ha levantado?

—Ayer por la tarde terminó agotada. Dice que le diste una buena caminata. Dime una cosa, paisano…

—Te lo diré otro día. ¿Habéis servido la mesa?

—Acabamos de servirla. Se ha puesto morada. Lleva toda la mañana comiendo como una lima. Me ha regalado una caja de bombones. La abro y estaban todos estropeados por el calor. Se lo he dicho. «¿Y qué culpa tengo yo?», me ha contestado. ¡Qué poca educación! Ni una verdulera respondería así. Parece que hoy le ha venido…

—¿Te ha pedido algo?

—No, pero para no levantarse… ¿Quieres piña?

—Luego.

—¿Quieres que le dé algún recado?

—Dale los buenos días.

Por la tarde la vi bailar con un americano afeminado que llevaba una camisa de colorines. A media noche vino a buscarme durante la guardia. Estaba un poco pálida.

—Hola, Nick.

—Hola. Siéntate.

Se acercó a mí.

—Bésame.

La besé en la mejilla. Olía a juventud.

—¿Así besan en tu pueblo?

—Sí. A las hermanas.

—¿Y desde cuando me consideras tu hermana? Ayer salimos bien parados del asunto. Lo único malo es que tuviste miedo.

—Sí… Un poco.

—¿Cómo que un poco? Tenías que haberte visto la cara cuando se resbaló el indio. Se diría que era tu pierna la que estaba atrapada.

—¿Y cómo se resbaló?

—Yo qué sé. No me di cuenta.

—Vete a dormir. Inmediatamente.

—No tengo sueño.

—Entonces, vete de aquí. Tengo trabajo.

Me miró con extrañeza. Encendí la emisora y llamé a Colombo. Cuando terminé, se había ido.

No nos hablamos en cinco días. El día en que llegamos a Adén, vino a verme.

—¿Saldremos juntos? —me preguntó.

—No sé. Tengo muchas cosas que hacer.

Por la tarde estaba paseando al pie de las grasientas rocas del Steamer Point, cuando Abulafa Dionisis, el cartero de Caravado, me detuvo.

—Me iré con vosotros. Ayer regresé de Calcuta. Vete enseguida al local de Fotis, te está buscando una inglesa. Ha removido cielo y tierra.

Tomé un taxi para ir a Sheikh Othman. Había allí unas negritas preciosas. Me detuve ante una tienda para comprar perlas. Cuando regresé al coche, me encontré a la escocesa acurrucada en un rincón.

—¿Molesto?

—No… Me iba al pueblo. Tengo un asunto que resolver.

—Iré contigo.

—Ven, pero tendrás que esperar en el coche.

—Bueno.

Llegamos. Me ausenté un cuarto de hora… Cuando regresé, había oscurecido. Nada más ponernos en marcha, llegó una niña corriendo. Llevaba en la mano mi mechero y mi pañuelo.

Bajamos en dirección al Steamer Point. Ninguno de los dos hablaba. En el Crescent Hotel, Catherine le dijo al chófer que se detuviera. Entreabrió la puerta y puso un pie en el suelo.

—Ven conmigo.

—Tengo trabajo.

—Lo sé. No me he portado bien. Tú también tienes parte de

culpa…

—Pórtate siempre así. Llegarás muy lejos.

—Quiero hablar contigo.

—Yo no.

—Te arrepentirás.

—Vete.

—Bueno, me voy.

Descendió y se detuvo en la escalinata de la plaza. Sus ojos brillaban.

—¡Esclavo! —me gritó al irse—. ¡Lacayo!

Al mediodía siguiente nos encontramos junto a la costa de Abu Zaabal. El *Jamsin* nos llenaba la boca de arena. Androyanis vino a la cabina de radio sosteniendo una caja en las manos. Se quedó de pie a mi espalda.

—¿Te ha telegrafiado? —me preguntó.

—¿A quién te refieres?

—A la inglesa. No quiso despertarte anoche. Vino de madrugada a llevarse la seda. Dice que tiene orden de la agencia de Cory de esperar al *Himalaya*, que pasa hoy. Me ha dejado esto para ti. Adiós.

Abrí la caja… Una camisa blanca de nailon…

A Grigoris Bekakis

Diamandís se levanta y se pone la camisa. Su compañero da algunos pasos, frotándose los ojos. Da patadas para desentumecerse la pierna. Mira el reloj. La una y cuarto. Los ceniceros repletos de colillas. Abre la ventana. El humo se escapa como nube de tormenta. Se asoma y ve a los dos *coolies* sentados espalda con espalda, fumando. La humedad le hace estremecerse.

—Diamandís, tus cigarrillos.

—Me los he liquidado.

Se abre la puerta. El médico entra con un sobre en la mano.

—¿Se ha cansado de esperar?

—Un poco. ¿Qué se debe, doctor?

—Nada.

—Pero no puede ser.

Dio unos golpecitos en la espalda de Diamandís.

—He dicho que nada. Pueden marcharse. Buen viaje.

—¿Era guapa? —preguntó de repente el radiotelegrafista, señalando con el dedo la puerta del quirófano.

El médico sacó de su bolsillo un pasaporte. Se lo tendió abierto.

Lo cogió. Sus ojos se abrieron, torció el gesto.

—¡Melusine!

Se le cayó al suelo. Salió sujetándose la cabeza con las manos. Diamandís lo siguió estupefacto.

El doctor Ma Tuan se inclinó hacia la balaustrada de madera y dijo en voz baja:

—No es culpa mía. Tú me lo has pedido. *I will see you again.*

Los *coolies* se levantaron. El radiotelegrafista se acercó al más viejo.

—Dímelo de una vez —suplicó el agregado—. Déjame el sobre.

—Vámonos ahora. Se nos ha hecho tarde. —Se subió al *rickshaw*.

Diamandís le tiró de la manga.

—Cuando lleguemos.

El *rickshaw* se puso en marcha. Al instante, lo alcanzó el otro.

—¿Sí o no? —gritó el agregado.

Su amigo se metió el sobre en el bolsillo de atrás del pantalón, sin dar respuesta.

Entraron en la ciudad, atravesaron unas calles estrechas, alumbradas con farolillos rojos. Una mujer se interpuso en el camino y detuvo a los *rickshaws*. Se bajaron. Llevaba un kimono negro, bordado en rojo, con lentejuelas plateadas y doradas que centelleaban con las luces de la ciudad. Tenía en la mano un candil de tres mechas.

El radiotelegrafista le quitó el cigarrillo de la boca y le dio una calada. Ella se rio. Los *coolies* cobraron su paga, pero no se fueron. Se quedaron algo apartados. Los ojos de la mujer se agitaban hundidos en una capa espesa de afeite verde y blanco. Una puerta se abrió junto a ellos, y apareció otra mujer. Les hizo una seña:

—Yo vuelvo a bordo —lloriqueó el agregado—. Pero primero dime el resultado.

La mujer lo tomó de una mano, y su amigo, de la otra. No lejos de allí, se oyeron unos estridentes alaridos seguidos de sollozos femeninos. Las dos mujeres y los *coolies* desaparecieron. Unos aviones lanzaban bengalas. Corrieron al lugar de donde venía el alboroto. Vieron a unas chinas semidesnudas que intentaban sacar, por una estrecha puerta, un bulto enorme, depositarlo en tierra y esfumarse. Se inclinaron sobre él y lo enfocaron con la linterna.

—El oficial Panayís —exclamó el joven.

Le abrió la camisa para despejarle el pecho. El otro le tomó el pulso y le tocó la frente. La sirena del *Pytheas* comenzó a aullar.

—Ya está frío…, ha expirado. Cógelo por los pies —dijo al agregado.

Lo llevaron a rastras y llegaron a la plaza donde se encontraban los soldados. Los aviones bajaron en picado e hicieron fuego. Más lejos, el resto de la escuadrilla seguía bombardeando. La plaza trepidaba. Lo dejaron en el suelo.

—¡Eh! ¡Los del barco griego…! —gritó el agregado poniéndose las manos a modo de embudo—. ¡Chicos!…

Las balas silbaban junto a ellos. Después reinó el silencio.

—Vamos, Diamandís. Los pies…

Dos soldados, pistola en mano, los detuvieron.

—¿Está muerto?

—No. Es del barco…, le ha dado un síncope.

—Seguidnos a la enfermería.

—Tenemos que llevárnoslo. Nos vamos. Ayudadnos.

—A la enfermería —gritó el chino moviendo la pistola.

Se volvieron a oír motores que descendían. Los soldados echaron a correr.

El radiotelegrafista se arrodilló y le cerró los ojos al viejo. Sacó con dificultad el anillo del dedo frío. El rubí destelló al entregárselo al agregado.

—Guárdalo.

Al levantarse, un sobre blanco se le cayó del bolsillo trasero del pantalón y fue a dar en el fango.

—Y ahora, valor.

Se detenía a cada instante para coger aliento. Barro por aquí, piedras por allá. En un momento dado, el oficial Panayís se les resbaló de las manos y resonó en el suelo.

Pasaron el puente de madera y llegaron al dique. El *Pytheas* tenía un único cabo amarrado. Solo la escala de viento quedaba colgando fuera.

—¿No habéis encontrado mejor momento para ir de putas? —gritó el capitán desde el puente—. Subid chutando, que nos vamos.

Lo depositaron en el suelo y permanecieron allí, jadeantes, con los brazos caídos.

El primer oficial se asomó por la borda.

—¿Qué pasa, hombre? Daos prisa… ¿Qué lleváis ahí?

—Al oficial Panayís… Baja. Echad la escala o tirad un cabo.

—Al segundo oficial —gritó el capitán con voz ronca y colocó el pie en la escala.

Saltó. Se inclinó sobre él.

—¿Está herido?

—No.

—Ya está frío. Pobre Panayís.

La escala descendió chirriando. El capitán bajó con el jefe de máquinas. Tras ellos, el camarero, con un bote en la mano.

—¿Respira? —preguntó el capitán.

—Ha fallecido —dijo Yerásimos.

—¿Tenéis algún certificado? ¿Le ha visto algún médico?

No respondieron.

—Ha elegido el momento, el hombre —dijo el jefe de máquinas.

—La ley nos obliga a dejarlo —dijo el capitán echando una mirada al jefe de máquinas.

—Sí —rugió el primer oficial—, como pasto para los buitres. Me cago en la ley y en…

—Dos marineros al muelle —gritó el capitán.

—Que no baje nadie. Lo subiremos entre nosotros dos. No perdamos tiempo.

Sin decir palabra, el capitán dobló su enorme cuerpo y agarró al muerto por los pies.

Yerásimos subió de espaldas, sujetándolo por la cabeza. Los escalones venían abruptos, oblicuos, y debía colocar el pie en el borde. Arriba, los marineros de guardia, cuchicheaban asomados a la barandilla.

Lo depositaron en el *gross bunker*.

—Un poco de agua —dijo el capitán sofocado—. No puedo más…

—Un lienzo nuevo —ordenó el primer oficial—. Permanecerá tapado hasta que salgamos a mar abierto.

—No sé cómo diablos vamos a poder salir, con las boyas apagadas y sin práctico —dijo el capitán.

En semejante canal…

—De todas formas, no nos vamos a quedar aquí plantados como si fuéramos un faro… Diamandís cubrirá la guardia de ocho a doce él solo. Y el oficial Pandelís, la del viejo.

—Sí —dijo con suavidad el capitán—. ¿Y ahora quién va a desencapillar las bitas?

—Ya hemos hablado con dos de abajo. Vamos arriba.

El telégrafo sonó como el cencerro de una cabra.

—Levar anclas…

—Aflojar cuerdas.

La proa del *Pytheas* desorilló a babor.

En el muelle, los cabos fueron desamarrados por dos mujeres vestidas con trajes de noche. Cuando terminaron, agitaron sus pañuelos en señal de despedida.

Melbourne,
15-8-1951,
SS Cyrenia
Mar Tirreno,
21-12-1952,
SS Corinthia

Nota del editor

«*Qui erra recorda el paisatge*,
qui arrela recorda els anys».

Fugir era el més bell que teníem, Marta Marín-Dòmine

«Para quien no pertenece a parte alguna,
cada movimiento es un regreso,
porque nada atrae tanto como el vacío».

Los errantes, Olga Tokarczuk

La vez que me he sentido más cerca de estar en altamar fue en un viaje que hice a Menorca. Alquilamos un velero en el Port Olímpic de Barcelona y, después de bordear brevemente la costa catalana, nos dirigimos hacia el difuso horizonte. Más tarde nos enteramos por el patrón que nos acompañaba que ese viejo velero había sido utilizado para el tráfico de drogas; lo había alquilado un hombre mayor para no levantar sospechas, no devolvieron el barco en el plazo convenido y el número de teléfono que habían facilitado estaba apagado (o fuera de cobertura). Finalmente, la policía halló el barco a la deriva, cerca de las islas griegas, en pésimas condiciones y con evidentes indicios del uso ilícito que se le había dado. Cuando las últimas luces terrestres (¿de qué ciudad? ¿Barcelona? ¿Salou? ¿Sitges?) empezaban a desaparecer en la bruma rojiza del atardecer, observaba en silencio las velas quietas, el firme timón, el desordenado camarote y me imaginaba a una pareja de jóvenes traficantes, sudados por el calor y los nervios por los posibles obstáculos a la hora de realizar la entrega. Me los imaginaba hablando en cubierta, bajo la luna llena, de sus esperanzas, de sus ambiciones, su familia, su futuro, mujeres…, una

conversación acompañada de unas cervezas y unas patatas chips, un diálogo constantemente interrumpido para hablar de aspectos prácticos como el modo en que se realizaría la entrega, cuál sería el siguiente encargo o «despliega la vela mayor, Carlos, y apaga el motor» para entregarse al silencioso rumor del mar.

Llegó la noche y con ella olvidé a los dos narcotraficantes que se habrían sentado donde entonces estaba sentado yo, dispuesto a entregarme a mis pensamientos. Es una sensación única la de estar en un velero con el motor apagado, sin tierra a la vista, bajo la luz de las infinitas estrellas que se reflejan en el mar convirtiéndolo en un segundo cielo estrellado. De alguna manera, sientes que has cruzado la frontera de tu mundo y te encuentras en un lugar neutro, vacío y silencioso, sin el ruido de todas las preocupaciones terrestres que conjugan tu día a día. A veces hablábamos, entre nosotros o con el patrón, y nuestras conversaciones adquirían una cadencia más sosegada, conscientes del silencio que nos rodeaba y que nosotros interrumpíamos, tal y como hacía el velero con la estela que dejaba tras de sí en la mar quieta. Esta sensación solo la he vuelto a vivir leyendo las primeras guardias de la tripulación del *Pytheas*.

¿Llegué yo a la guardia o llegó ella a mí? Es casi poético que Trotalibros, desde las montañas del Pirineo, luzca un faro de emblema y empiece su andadura como editorial con una novela marítima como esta. Ha supuesto todo un reto rescatar del olvido la única novela de Kavadías; todos los vientos parecían contrarios a hacerla resurgir de las profundidades del océano. Sin embargo, querido lector, si ahora tienes entre las manos este libro significa que, cual astuto Odiseo, esta novela ha sabido encontrar su camino hasta ti.

Como lector, cada vez que termino un libro, me quedo con ganas de hablar un rato con su autor y su editor, no para que me analicen la obra ni corrijan la interpretación que yo di a cada palabra y personaje (al fin y al cabo, el libro deja de pertenecer al autor a partir del momento en el que sale de su cajón y un ojo ajeno explora sus ambiguos caminos), sino para explorar el solitario proceso de escritura y edición. Por tal motivo, cuando concebía las ediciones de Trotalibros, tuve claro que quería tener un rincón para dirigirme directamente al lector y comentarle por qué decidí

publicar este libro, por qué en este momento, por qué… Evitando entrar en análisis exhaustivos o en rigurosos estudios de literatura comparada que no estoy en posición ni disposición de llevar a cabo, mi intención aquí es comentar brevemente cada libro que publique como si se tratara de una reseña como las que he venido escribiendo en el blog de Trotalibros durante los últimos ocho años. Decidí que este rincón (si el lector decide saltárselo y dar por terminada la lectura realmente no se perderá nada) se llamaría «Nota del editor». Esta es la primera de ellas.

Me gusta pensar que la guardia vino a buscarme a mí cuando estaba trabajando en los fundamentos de la editorial como una estrella fugaz que se puede atrapar con una sacadera de pesca. Siempre me han llamado la atención los protagonistas desarraigados como los errantes que discurren por los mapas aéreos de la novela de Olga Tokarczuk (Anagrama, 2019) o como la narradora de *Fugir era el més bell que teníem*, de Marta Marín Domine (Club Editor, 2019). Desarraigados son todos los tripulantes de este viejo carguero que toma el nombre de Piteas (350 a. C. - 285 a. C.), el marino griego que descubrió la península ibérica (Hispania) y uno de los primeros en cruzar el estrecho de Gibraltar (las Columnas de Hércules). Desterrados de su hogar, exiliados perpetuamente en el vasto ponto. De los continentes solo conocen los bordes; las ciudades costaneras y sus puertos. Viven aparte, ajenos a los vaivenes de la política y las guerras, enfrentándose a los peligros del mar y al rugido de los vientos hostiles para volver a atracar a un puerto y encontrarse con un mundo cambiado y con sus conocidos envejecidos. Y solo entonces, cuando ven sus propios rostros reflejados en las aguas verdosas del puerto, se dan cuenta de que también ellos han envejecido. Almas solitarias que renuncian a tener una familia y un hogar porque son demasiado conscientes de ser extranjeros en tierra, hablan un idioma que no entiende la gente que no vive en el mar, los mismos que observan asqueados sus ropas arrugadas y sucias de sal; hombres de sangre salada, de manos ásperas de tanto aballestar, abitar y aculebrar los cabos, que buscan desesperadamente en cada puerto la calidez de las prostitutas, viejas amigas, las únicas en tierra que los pueden comprender. Reniegan de lo que más aman, los atemoriza más la decadencia de la enfermedad que las fauces de un tiburón, más sus

sentimientos que una tromba marina. Y por esto huyen; no pueden estar muchos días en tierra, huyen al mar de lo que aman y, consecuentemente, temen. Huyen de lo que resonará en sus mentes durante las largas travesías por el mar, cuando vuelvan a instalarse al margen de la vida, del tiempo, y puedan darle vueltas desde este vacío oceánico a todo lo que abandonaron en tierra al zarpar.

Nikos Kavadías fue el poeta que desnudó sutilmente la rudeza de estos apátridas solitarios, mostrando su cara más melancólica y desamparada. Porque lo supo hacer, sus lectores más fieles fueron ellos; aún hoy los marineros griegos se tatúan sus poemas en la piel, en lugar de la tradicional áncora. Nikos Kavadías, teniendo sangre cefalonia, nació en Manchuria y, a partir de la muerte de su padre, prácticamente solo vivió en tierra para luchar en Albania durante la Segunda Guerra Mundial, resistir en la Atenas ocupada por los alemanes y retirarse para escribir y morir. El resto de su vida se lo pasó en los mares y océanos que recorrió trabajando de radiotelegrafista. Con esta biografía apresurada, al atento lector no se le habrá pasado que el radiotelegrafista del *Pytheas* también se llama Nicos. Sin ser unas memorias (en una ocasión, Kavadías dijo que si contara todo lo que sabía, lo matarían), en la guardia volcó su experiencia vital. No creo que sea casualidad que la novela se la dedique a Panayís Yannoulatos y, en su desenlace, sea el viejo lobo de mar Panayís quien muera. Para el *Pytheas* Kavadías reclutó a personas que él mismo había conocido y tratado, intercalando constantes dedicatorias a todos ellos en la narración.

Aunque sea una novela, la guardia está llena de poesía. La relativa tangibilidad de las conversaciones entre los marineros a lo largo de las primeras guardias se disuelve cuando el *Pytheas* penetra en la bruma y el radiotelegrafista acaba con su abstinencia y se emborracha. La narración se embriaga con Nicolas; el pasado se diluye con el presente, los personajes se difuminan y se pierden en los compartimientos y los órganos metálicos del viejo carguero. la guardia nos da más preguntas que respuestas. Si nos limitamos tan solo a su desenlace, ¿qué ve Nicolas en el rostro de la francesa fallecida para que reconozca horrorizado el de Melusina, el hada medieval con medio cuerpo de mujer y medio cuerpo de serpiente? ¿De qué muere Panayís? ¿Cuáles eran los resultados de la analítica de Diamandís, que se quedan en el fango de la guerra? Pero el

eterno *Pytheas* ya se aleja de la costa, va desapareciendo ya en la bruma del remoto horizonte, nos abandona en la efímera realidad terrestre, continuará su rumbo incierto «toda la noche y la siguiente aurora».

Jan Arimany Puig
Andorra, mayo de 2020

Nikos Kavadías nació en Manchuria en 1910. Tras una niñez viajando mucho debido al negocio de importación y exportación de mercancías que regentaban sus padres, se estableció en El Pireo. Aunque se presentó a los exámenes de ingreso a la universidad para estudiar medicina, la enfermedad de su padre lo llevó a trabajar desde muy joven en una naviera para mantener a la familia. Cuando su padre falleció, se embarcó con diecinueve años en el buque *Agios Nikolaos*. Fue el principio de toda una vida embarcado, a excepción de los años de la Segunda Guerra Mundial, en los que primero luchó en Albania y luego permaneció en la Atenas ocupada por los alemanes, hasta el fin del conflicto. La guerra frustró sus perspectivas de obtener el título de capitán, por lo que viajó por todo el mundo trabajando de radiotelegrafista en la marina mercante prácticamente hasta su muerte en Atenas, en 1975. Es autor de una obra muy reducida pero de tal trascendencia que actualmente se le considera uno de los más importantes poetas de la literatura griega. Es autor de tres poemarios: *Marabú* (1933), *Bruma* (1947) y *Navegación de través* (1987). *La guardia* (1954) es su única novela.

NOTAS

[1] Aunque para esta traducción se ha adoptado la transcripción de Pedro Bádenas de la Peña, en los casos en que los griegos adoptan la transcripción internacional, como es el nombre de los barcos, se ha respetado esta última. (N. de la T.). < <

[2] Pueblo de Cefalonia. < <

[3] Estibador. (N. de la T.). < <

[4] Carrito tirado por un hombre. (N. de la T.). < <

[5] El capitán. < <

[6] Largos telegramas. < <

[7] Barrio popular del Pireo. < <

[8] La bodega. (N. de la T.). < <

[9] Libras libanesas. (N. de la T.). < <

[10] Tabaco barato de Marruecos. (N. de la T.). < <

[11] Licor anisado libanés. < <

[12] Mercancía de contrabando. < <

[13] Dulce oriental. (N. de la T.). < <

[14] Deformación de Maitland, nombre del gobernador británico de las islas Jónicas. < <

[15] Viro a estribor. < <

[16] Barrio residencial de Atenas. (N. de la T.). < <

[17] Señal de alerta. < <

[18] Hombre al agua. (N. de la T.). < <

[19] Dos plazas en el centro de Atenas. (N. de la T.). < <

[20] Viento violento del noreste en el Egeo. (N. de la T.). < <

[21] Aguardentería. (N. de la T.). < <

[22] Espere. Volveré a llamar. < <

[23] Maldición cefalonia. < <

[24] Camarote de lujo. < <

[25] Portero negro. < <

[26] Pintor francés. < <

[27] Pintor belga. < <

[28] Bailarina rusa. < <

[29] Reclinatorios < <

[30] No puede ser. (N. de la T.). < <

[31] Sigue cochino. (N. de la T.). < <

[32] Un chelín. (N. de la T.). < <

[33] Un chelín. (N. de la T.). < <

[34] Mañana. < <

[35] Siento una inmensa piedad por las cicatrices de su vientre. (N. de la T.). < <

[36] Barco. < <

[37] Sí. < <

[38] Insultos turcos. < <

[39] Insultos españoles. < <

[40] Agua. < <

[41] Horas extras. < <

[42] Nombre de una célebre patrona de un burdel ateniense, así llamada por las numerosas sillas de que disponía para su clientela. (N. de la T.). < <

[43] Especie de rosario con el que se entretienen moviéndolo entre los dedos. (N. de la T.). < <

[44] Maldición de Cefalonia. < <

[45] Barrio popular del Pireo. (N. de la T.). < <

[46] Alejandro Magno. (N. de la T.). < <

[47] Dos chelines y medio. < <

[48] Pastas orientales típicas de Navidad. (N. de la T.). < <

[49] «Ese es Caco —me dijo mi maestro—, que bajo el peñascal del Aventino formó lagos de sangre muchas veces». Dante Alighieri, Comedia, «Infierno», canto XXV,
25-27.
Traducción de José María Micó (Acantilado, 2018). (N. del E.).
<<

[50] «Mi cuerpo helado fue a parar al cauce». Dante Alighieri, Comedia, «Purgatorio», canto V, 124. Traducción de José María Micó (Acantilado, 2018). (N. del E.). < <